

La historia Y su memoria

Entrevista (s) con el historiador Moisés González Navarro

Guillermo Zermeño Padilla



EL COLEGIO DE MÉXICO

LA HISTORIA Y SU MEMORIA
ENTREVISTA(S) CON EL HISTORIADOR
MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

LA HISTORIA Y SU MEMORIA
ENTREVISTA(S) CON EL HISTORIADOR
MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO

Guillermo Zermeño Padilla

Colección Testimonios



EL COLEGIO DE MÉXICO

972.007202

G6437h

González Navarro, Moisés

La historia y su memoria : entrevista(s) con el historiador Moisés González Navarro / Guillermo Zermeño Padilla. – 1a. ed. – México, D.F. : El Colegio de México, 2011.
156 p. ; 21 cm. – (Colección Testimonios).

ISBN 978-607-462-263-8

1. González Navarro, Moisés – Entrevistas. 2. México – Historiografía. 3. Historiadores – México. I. Zermeño Padilla, Guillermo, 1947 – II. t. III Ser.

Primera edición, 2011

D. R. © El Colegio de México, A.C.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-263-8

Impreso en México

ÍNDICE

Prefacio, Moisés González Navarro	9
La historia y su memoria: giros y retornos, Guillermo Zermeño Padilla	11

LA HISTORIA Y SU MEMORIA

En los comienzos	15
Recordando a Arturo Arnáiz y Freg y Lucas Alamán...	22
Graduación, José Medina Echavarría, Luis González...	27
1945: La polémica, Paco Giner, O’Gorman, Zavala, Gaos...	29
1948: En el Museo Nacional de Historia	34
Daniel Cosío Villegas y la <i>Historia moderna de México</i> .	
Liberalismo versus marxismo	36
<i>Historia Mexicana</i>	44
El juez, el historiador y la ecuanimidad	46
Metodologías	62
En el año de Juárez	63
De historia social, historia contemporánea y mestizaje	65
Historiador de los siglos XIX y XX	74
La fascinación por el archivo, la prensa, los cristeros	75
Intelectuales, política e historia	83
Entre conservadores y liberales	87
Temas por “encargo” y por “elección”	91
Silvio Zavala y el CEH	100
Positivismo, historicismo, marxismo en la historiografía mexicana	107
Formación universitaria e historia	119
La historia, ¿un oficio de artesanos?	122
Enseñanza, divulgación de la historia e investigación histórica	124
Entre la biografía y la obra	130
Cronología mínima	143
Bibliografía mínima	147
Índice onomástico	151

PREFACIO

Conocí al doctor Guillermo Zermeño hace como un tercio de siglo, cuando fui su profesor en la Universidad Iberoamericana. Desde un principio admiré su sólida formación humanística y su gran inquietud en el estudio de la historia. Al regreso de su doctorado en Fráncfort, continuamos nuestra amistad académica y personal. Su generosidad y la de su compañera, Shulamit Goldsmit, los llevó a organizarme un coloquio en la Universidad Iberoamericana en el que participó un variado grupo de colegas mexicanos y extranjeros, quienes tuvieron la generosidad de comentar muchos de los temas que yo he estudiado. El fruto de ese coloquio fue publicado por la propia universidad en el año de 1992, bajo el título *La responsabilidad del historiador. Homenaje a Moisés González Navarro*.

El doctor Zermeño y yo continuamos nuestra amistad con gran provecho para mí, porque ello me permitió conocer algunas de las novedades que en el campo de nuestra disciplina se desarrollaban. Dada nuestra estrecha amistad, no es extraño, por tanto, que decidiera entrevistarme; conversamos a lo largo de los años 2004, 2005 y 2007, sobre tópicos de historia e historiografía. Zermeño centró las entrevistas en el debate positivismo-historicismo, sobre todo a través de don Silvio Zavala y Daniel Cosío Villegas *versus* Edmundo O’Gorman. Yo le propuse que añadiéramos en nuestra entrevista el debate sobre el marxismo, representado en un primer momento por Luis Chávez Orozco y Agustín Cué Cánovas, y más recientemente por Enrique Semo. Así, las múltiples sesiones de la presente entrevista se orientaron en tres ejes temáticos: el porfiriato, la Revolución mexicana y los años recientes.

Quiero invitar por medio de estos renglones al doctor Guillermo Zermeño a que amplíe este ejercicio en la UNAM, el INAH y en la Iberoamericana, así como en los estados. La obra coronaría en una mesa redonda con los textos de ese ejercicio; creo que de este modo tendríamos una buena experiencia sobre el estado actual de nuestra disciplina.

Moisés González Navarro
Cuernavaca, Morelos, primavera de 2008

LA HISTORIA Y SU MEMORIA: GIROS Y RETORNOS

Este libro se trata del recuento biográfico de un joven llegado a la ciudad de México en la década de 1940, al corazón de la nueva urbanización mexicana “revolucionaria”, lugar de la formación de los nuevos centros de investigación y formación de estudiosos en historia y ciencias sociales.¹ Se deja ver la mirada de un historiador que no renuncia a sus raíces. Al tiempo que se reconoce que el tiempo vivido del historiador tiene también una historia por contarse, se sabe que ese tiempo individual no se corresponde exactamente con el tiempo de la historia relatada en su obra.

Es la historia de un historiador contada por él mismo, fruto de una serie de entrevistas y conversaciones realizadas entre el 12 de agosto de 2004 y el 1 de febrero de 2007. Se trata de una trayectoria inseparable de los inicios y la evolución de El Colegio de México. En su dibujo no hubo en rigor una planeación ex profeso; se trataba simplemente de hacer memoria sobre un itinerario cimentado en una obra vasta incrementada notablemente en los últimos años. De los historiadores queda su obra, pero muchas veces no sus pormenores; esas pequeñas anécdotas que atraviesan su labor en medio de una red mayor de instituciones y colegas. Así, esta memoria nos remite a la obra del historiador pero también a ciertos lugares y personas.

El historiador en México suele ser un memorialista; generalmente el memorialista oficioso de la historia nacional. Enmarcado por su época, a la que se debe, se asoma a un grupo, a una situación, se dirige a un sector social o a otro, casi siempre para ofrecer un relato acerca de la forma en que el presente ha llegado a ser una cosa y no otra, con sus problemas y sus posibilidades. Pero, ¿qué sucede cuando a este historiador se le inscribe en el relato de su propia historia como historiador? Aparece entonces el recuerdo reflexivo de su andar, casi siempre azaroso, de sus orígenes y de su inscripción en la investigación apasionada, casi fetichista, del pasado. Un lugar que depende no sólo de su pasión por conocerlo, sino también de personas e instituciones que van apareciendo a su lado. Ahí se revelan los hilos de una red; el juego

¹ Los resultados presentados forman parte de una investigación financiada por Conacyt (51239) sobre la “Historia de la escritura de la historia moderna en México”.

de encuentros fortuitos o programados con personalidades, amistades y colegas, que van haciendo que la historia del historiador se entreteja y adquiere forma. A veces los temas de estudio son menos el resultado de la propia selección y más los encargos recibidos de otros. Generalmente, el entorno suele dictar el qué y el cómo del hacer. Y eso puede suceder en medio del auge o la declinación de alguna ideología política o “filosofía de la historia”.

No obstante mantener en la exposición un orden cronológico, se ha tenido en mente que el despliegue de la memoria no transcurre lineal ni progresivamente. Siempre se puede regresar a la escena que da origen al relato, no siempre detectada al primer giro. La memoria es tenaz y selectiva, y su emergencia depende de situaciones y momentos particulares. Por esa razón, en la edición escrita de esta docena de encuentros se han respetado, dentro de lo posible, algunas repeticiones, que lo son sólo en apariencia. Con frecuencia no hacen sino revelarnos ciertas urgencias y énfasis de quien recuerda o el interés en dejar asentado ese olvido que dota de sentido a lo recordado. Así, bajo la apariencia de la repetición se puede revelar un rayo de luz inesperado, una línea de fuga, un trazo significativo para la memoria, no expresado o puesto de relieve anteriormente.

Se quiso ser fiel a la memoria hecha de reiteraciones, de retornos a veces obsesivos al lugar de los primeros encuentros. En cierta forma se trata de un experimento alrededor de la memoria y el recuerdo, de sus fragmentos y sus constantes correcciones o desviaciones. La memoria se perfila conforme los recuerdos se entrecruzan con los olvidos. Se ha procedido en ese sentido en un clima de libertad y confianza, intentando no forzar los eventos, para poder tallar en el tronco del recuerdo sobre personas, situaciones y anécdotas; sobre aspectos más o menos relevantes, sobre detalles, que al final parecen funcionar como el nudo que ciñe los fragmentos tejidos en el transcurso de las conversaciones. No hay ni hubo en ese sentido un guión inicial. Se fue fraguando al calor de los encuentros, un poco al azar. Nunca hubo completa seguridad del lugar al que se llegaba; se trataba sólo de hurgar en la memoria de la historia.

Sobre la marcha, entonces, se fue articulando este libreto, teniendo presente su obra escrita en el trasfondo. Su finalidad principal consistió en activar la memoria de un historiador sobre su paso por la historia, orquestada con la pausa de los días y alimentada con los humores y reflexiones surgidos en cada encuentro; a la vez, se trata de un ejercicio de historia intelectual relacionada con la formación y evolución de la disciplina de la historia en su etapa de profesionalización. Esbozos que luego pueden redondearse. Por

eso, lo que parecen ser temas repetidos son sólo elaboraciones de una memoria en movimiento. Pinceladas que luego con el tiempo pueden retocarse.

¿Acaso existe un momento “originario” que nos diga cómo alguien se hace historiador? Si eso es posible, tal vez ese instante tenga que ver con un lugar interpuesto por otros muchos: el de la infancia. Si es posible recordarlo quizá se pueda descubrir ahí la razón de ser de esta historia, de este recorrido a través de la memoria. Tampoco eso significa que sin ese retorno a la infancia todo lo demás pierda relevancia. Sólo se sugiere que posiblemente basta un instante para condensar el núcleo de estas conversaciones a la manera de un relámpago fugaz, que de pronto con su luz inunda la superficie de tonalidades que pueden parecer reiterativas e innecesarias. Al no habernos propuesto seguir un guión se deja a un lado la ilusión de la memoria traslúcida y lineal. Lo que aparece en su lugar es quizás el atisbo más próximo a la trama de la memoria, al tocar los linderos donde ocurre el vaivén de recuerdos de eventos fundadores. Por eso, cuando ya se creía haber dicho todo, eso mismo regresa una y otra vez para ser contado de nuevo. Y si vemos en el transcurso de estas conversaciones una serie de repeticiones, éstas se deben no solamente a la impericia del interlocutor o a los impulsos de quien recuerda, sino quizá más bien a la urdimbre de la historia, en la cual un mismo tema, un mismo recuerdo, reaparece una y otra vez en diversas situaciones. Y en esos retornos se revelan quizá los momentos estelares que definen una vocación por y para la historia, la fascinación por hurgar en archivos y bibliotecas, o la inclinación por tratar de descubrir pistas que revelen la trama oculta de un país, de personajes y sucesos del pasado.

A través de este recorrido se ha intentado, sin saberlo del todo, crear un lugar para el lector-espectador, situado entre la obra escrita del historiador y la vivencia que la ha hecho posible. Tocar, palpar —si eso es posible— aunque sea de paso y un poco de prisa, esa pequeña herida de donde han brotado buena parte de esos pasados, de esos personajes y hechos rescatados. Se advertirá que conforme se avanza en el recorrido se irá ganando en fluidez, en medio de una cierta informalidad, abrevada en la confianza indispensable para poder activar los recuerdos, o despertar la memoria silenciada, sin temor a caer en ciertos tópicos, para descubrir finalmente, como en la historia, pequeños oasis alumbrados por fugaces relámpagos de luz.²

² Por la transcripción de los materiales deseo expresar mi reconocimiento a Arturo Ochoa y David Munguía, asistentes del maestro González Navarro. Después también han sido invaluables las lecturas atentas y las sugerencias atinadas de Germán Franco y Pilar Vallés Esquerria en vistas a la edición escrita de estas entrevistas orales.

LA HISTORIA Y SU MEMORIA. EN LOS COMIENZOS

Guillermo Zermeño: Quería preguntarle, ¿cuándo se acerca a la historia? ¿Por qué a la historia, y cómo la encuentra?

Moisés González Navarro: Bueno, ¿por qué me acerco a la historia? Yo fui estudiante de El Colegio de México, en el Centro de Estudios Sociales; tuvimos tres años de clases, de seminarios, 1943, 1944 y 1945. Ahora, el grupo lo formábamos, casi por mitad, estudiantes de Derecho y estudiantes de Economía. Y justo acabo de estar con uno de mis compañeros, que era estudiante de Economía. En aquel entonces, como El Colegio empezaba y no se sabía cuál podría ser nuestro porvenir (para no ser un poco brusco, ¿de qué nos íbamos a mantener después de que termináramos aquí nuestra formación?), nos permitieron que siguiéramos la otra carrera que ya teníamos iniciada. Ya realizados los estudios de Derecho en Guadalajara —llegué hasta el primer año de Derecho en la Universidad de Guadalajara, al lado de un compañero, Donaciano González Gómez—, y cuando nos ofrecieron la beca para venimos al Centro de Estudios Sociales, nos dijeron que no terminaríamos los cursos, pero que podríamos regresar a examinarnos para concluir la carrera de Derecho. Y así lo hicimos. Entonces yo entré con Donaciano González en 1944 a la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Incluso pensando en estas publicaciones provincianas, como *Bandera de Provincias*, que usted debe conocer, que fundó Yáñez en 1929; es una excelente revista.³ Estoy hablando de algo que yo dije hace poco en un homenaje a mi maestro Yáñez, en la Biblioteca Lerdo. En ese homena-

³ *Bandera de Provincias*, 24 números, entre mayo de 1929 y abril de 1930. Una especie de réplica desde Guadalajara a la revista *Los Contemporáneos*, editada en la ciudad de México y que reunió a personalidades como Luis Barragán, Guadalupe Zuno y Efraín González Luna. Luz Palomera Ugarte, “La noción de cultura a través de los textos publicados en la revista *Bandera de Provincias* (1929-1930)”, *Estudios Sociales*, julio de 2007.

je participamos jaliscienses, José Luis Martínez, Emmanuel Carballo, un servidor, Joaquín Díez-Canedo, hijo, que es el actual gerente editorial del Fondo de Cultura Económica, y uno de los hijos de don Joaquín. Quienes me antecedieron en la palabra hicieron referencia a la calidad editorial de la revista. Yo apunté que, aparte de eso, a mí me ha impresionado mucho que don Agustín Yáñez la funda a sus 25 años. ¡Fíjese usted qué joven! Nace en 1904, invita a José Guadalupe Zuno, jefe de la masonería, y por otro lado a gentes como Efraín González Luna, que había sido su compañero en la Acción Católica de la Juventud Mexicana, la que estuvo próxima a los cristeros. Entonces ése es un hombre muy interesante, porque Yáñez tuvo la virtud de tener un criterio semejante al del (Ignacio Manuel) Altamirano (1834-1893) de *Renacimiento*, que invita a republicanos y a imperialistas.

Yáñez primero se fue como director de Educación Pública a Nayarit, ignoro por qué se regresó a Guadalajara, y a él lo veo en el 33 en la revista *Crisol*, que era órgano de la Secretaría de Educación Pública. Es un momento en el que estaba al frente de esa secretaría un marxista furibundo, Narciso Bassols, que tiene como director de *Crisol* a un cristero, o casi cristero. *Crisol* sería una revista que no sé si usted conozca.

G. Z. Sí.

M. G. N. Anótela, porque era una revista editada por la Secretaría de Educación para los profesores de todo el país. Publica temas muy variados, algunos simplemente pedagógicos, otros literarios y otros históricos, así que *Crisol* puede ser muy útil.⁴

G. Z. ¿Y cómo llegó a El Colegio de México?

M. G. N. Un poquito a la manera del historiador voy a buscar raíces. Estaba yo trabajando por encargo de don Silvio Zavala (quien era director del

⁴ *Crisol, Revista de Crítica* (1929-1938). Medio de expresión del Bloque de Obreros Intelectuales de México (BOI). Entre sus colaboradores aparecen los nombres de Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog y Diego Rivera. Véase Roberto Iván Gómez Paz, "Sobre *Crisol, Revista de Crítica*", http://www.cialc.unam.mx/Revistas_literarias_y_culturales/PDF/Articulos&Sobre_Crisol_Revista_de_critica. Gabriela Espinosa, "Intelectuales orgánicos y Revolución mexicana: *Crisol* (1929-1934)", *Revista Iberoamericana*, núms. 208-209, University of Pittsburgh, 2004, pp. 795-810.

Museo Nacional de Historia), y él me hizo el favor de invitarme a trabajar con él en el Museo Nacional de Historia.

G. Z. ¿Cuándo ya estaba en México, o en Guadalajara?

M. G. N. No, ya estaba en México. Yo me vine en el 43.

G. Z. Pero ¿se vino a El Colegio o a la UNAM?

M. G. N. No, yo me vine con una beca de El Colegio. Parta de la base de que yo era estudiante pobre. Mi familia, por su acendrado catolicismo, había hecho que yo estudiara en escuelas particulares, pero pobretonas; no con los jesuitas en el Instituto de Ciencias. Luis, que era rico de pueblo, estoy hablando de Luis González, él sí estudió en el Instituto de Ciencias. Yo estudié con don Paz Camacho. Primero estudié la primaria en una escuela particular (el Colegio Alcalde), con el profesor Gabino Aceves; eran los tiempos en los que no reconocían las incorporaciones a las escuelas particulares, con el motivo de la educación socialista.

El sexto año lo hice con don Joaquín Camacho, porque fueron tres hermanos Camacho allá en Guadalajara. Don Joaquín tenía la primaria López Cotilla, ahí hice yo el sexto año, y me dieron el certificado de sexto, y luego pasé con don Paz Camacho; hice los tres años de la secundaria López Cotilla (que también se llamaba así) y había un tercer Camacho, el padre Ramiro Camacho, con quien hice muy buena amistad, y fue mi profesor con su hermano don Paz en la secundaria. Don Ramiro me trató con cariño... Yo era un chiquillo, y conservamos la amistad. Y entonces — no sé si alguna vez le he platicado, espero no repetirlo, porque los viejos repetimos— que el paso natural para mí, como estudiante que estudió la primaria y la secundaria en escuelas particulares, era ingresar a la Universidad Autónoma de Guadalajara. Ésta tenía su preparatoria y sus oficinas administrativas de la rectoría en el jardín que está frente a la iglesia de San José en las calles de Reforma y Alcalde.

Algunos de los compañeros con don Paz Camacho nos fuimos a la Autónoma, Donaciano González Gómez y yo, porque íbamos a seguir Derecho. Pero los que iban a estudiar Medicina tuvieron el buen tino de irse a la preparatoria de la Universidad de Guadalajara, porque ahí tenían una escuela de Medicina muy prestigiada. Pero como conservábamos nuestra amistad como compañeros nos visitábamos en nuestras casas y alguna vez uno de

ellos, Humberto Vargas Pardo, iba de la preparatoria de la Universidad de Guadalajara, como a unas seis cuerdas de la preparatoria de la Autónoma, a platicar con Donaciano y conmigo. Los tecos⁵ se molestaron porque nos vieron platicar con Humberto, que sabían que estaba en una universidad socialista y quisieron golpearlo. ¿Esto no se lo había platicado?

Entonces yo era un chiquillo de 13 años. Usted se imagina que a mis 13 años o 14 yo era un chiquillo... ¡Insignificante físicamente! Donaciano era mayor que yo; lo defendimos y logramos que se escapara corriendo. Resultado, nos llega un aviso en el que se cancelaba nuestra matrícula en la preparatoria en la Universidad Autónoma de Guadalajara en el segundo año. Fue una sutil expulsión, ¿verdad?

G. Z. Sí.

M. G. N. Entonces el papá de Donaciano, que era un industrial, fue con don Rodolfo Delgado, que era el rector de la Universidad de Guadalajara, a decirle que queríamos nosotros dos entrar a la Universidad de Guadalajara. Rodolfo Delgado lo recibió bien. Sólo impuso una condición para que hiciéramos el segundo año de preparatoria en esa universidad: que aprobáramos exámenes a título de suficiencia. Nosotros habíamos sido buenos estudiantes, y creo que habíamos tenido mejores estudios en la preparatoria de la Autónoma que en la propia Universidad de Guadalajara, así que por supuesto pasamos los exámenes. Nos integramos a hacer el segundo año de preparatoria. Ya integrados al grupo y ya amigos de los compañeros, entramos al primer año de Leyes. Y estando en el primer año de Leyes se recibió un folletito en la clase de Historia de las Doctrinas Económicas que nos daba el licenciado Carlos Osorio, quien fue secretario de Gobierno, si no me equivoco, del gobernador Everardo Topete y después se fue a Baja California con un general que fue jefe del PRI, cuyo nombre no recuerdo.

En ese folletito anuncian la creación de un Centro de Estudios Sociales. Osorio invitó a todo el grupo; sólo nos interesamos tres y, curiosamente, tres González, porque si algo sobra, o a la mejor estorba en este país, somos los González, ¿verdad?

Entonces nos interesamos Donaciano González Gómez, un servidor González Navarro y Carlos González Durán, hermano del poeta Jorge González Durán, compañero de José Luis Martínez y de Alí Chumacero, quie-

⁵ Epíteto con el que se conocía a la organización política que controlaba la Universidad Autónoma de Guadalajara.

nes ya se habían venido aquí a México. Nos interesamos los tres, pero Carlos tuvo que desistir, porque como ya se había venido su hermano mayor Jorge, sus papás ya no le dieron permiso. Pero Donaciano y yo sí mantuvimos el interés, y se lo comunicamos así a don José Medina Echavarría, quien sería el director del Centro de Estudios Sociales. Donaciano y yo hicimos los tres años.

G. Z. Entonces, a raíz del folleto...

M. G. N. Nuestros profesores de Derecho nos dijeron: "Váyanse a México". Tengo la alegría de haber sido un afortunado alumno en el Colegio Alcalde en la primaria; de haber hecho mi sexto año de primaria en el López Cotilla con don Joaquín, mi secundaria con don Paz; muy feliz de haber estudiado un año de la preparatoria en la Autónoma de Guadalajara; muy feliz de haber estudiado el segundo año de la preparatoria y el primer año de Derecho en la Universidad de Guadalajara. Yo personalmente estudié con mucha alegría. Recuerdo con cariño a mis maestros, y voy a insistir en los de Derecho, y con mucho cariño también a mis compañeros; pero yo estaba insatisfecho.

Había ciertas materias, como Sociología, que me gustaban mucho... La daba Pablo Ascencio Rosales, un líder sindical valioso, pero que poco conocía la materia. Estudiamos esa clase con una filosofía marxista. Mis compañeros y yo nos pusimos de acuerdo y le pusimos una trampa: teníamos que hablar de un autor y hablamos de otro... Y no se dio por enterado. Esto explica mi insatisfacción.

Estudié Filosofía del Derecho en el primer año con José Montes de Oca y Silva, quien había estudiado en el Seminario Conciliar. Inteligente y estudioso, hicimos muy buena amistad, que incluso continuamos en México y en Guadalajara.

Tuve un buen curso de Historia de las Doctrinas Económicas con Carlos Osorio. Era un profesor que preparaba bien sus clases y un expositor muy brillante. Tuve en primer año de Derecho Civil a Alberto Fernández, quien había estudiado aquí, en la Universidad Nacional... ¡Un excelente profesor de Derecho Civil! Estudié Historia del Derecho con José Hernández Arámbula; no era realmente un historiador, pero preparaba bien sus clases. Ése es el ambiente de Derecho; de mis satisfacciones y mis insatisfacciones. ¡Yo quería más! Y es por eso que me interesé en venirme a El Colegio de México, donde estudié tres años.

G. Z. ¿Y podía combinar las dos carreras?

M. G. N. Me vine a los 17 años... Y a los 17 años, uno se puede beber el mar de un trago.

G. Z. ¡Muy joven!... ¿México se veía como una ciudad tranquila?

M. G. N. México se veía como una ciudad extraordinariamente habitable. En compañía de una persona del sexo femenino y de su hermano, Donaciano y yo cometimos la locura de caminar ida y vuelta a pie en la noche de la colonia Juárez a San Ángel.

G. Z. ¿Hasta dónde?

M. G. N. ¡Hasta San Ángel! Ida y vuelta... A media noche, sin el menor problema de seguridad. Ojalá nuestros gobernantes se acordaran de esto.

G. Z. ¡Lo que era la ciudad antes!

M. G. N. Le voy a contar otra anécdota de lo que era la ciudad de México. Donaciano y yo rentamos un cuarto en Lisboa 17-1. Nosotros comíamos con doña María Garro, prima hermana de la primera esposa de Octavio Paz.

G. Z. Elena Garro.

M. G. N. Exactamente. Ahí desayunábamos, comíamos y cenábamos... Nada más subíamos un piso, subíamos una escalerita. Ahí la totalidad de los huéspedes, a quienes daba asistencia doña María Garro, eran españoles republicanos, empleados y obreros. Platicábamos de fútbol con los españoles; ellos le iban al España y al Asturias (aunque fueran de la vieja colonia española), nosotros, como tapatíos, le íbamos al Guadalajara y al Atlas, que fue campeón en el 51. Ésos eran los temas de conversación. Y de nueve a una y de cuatro a seis íbamos a clase, con los españoles.

Alfonso Reyes era el presidente de El Colegio, don Daniel Cosío Villegas el secretario, pero al mismo tiempo era el director del Fondo de Cultura Económica. Entonces Cosío Villegas le rentaba a El Colegio un cuartito para la secretaria de don Alfonso Reyes; una sala grande era el

despacho de don Alfonso Reyes y también servía para sala de conferencias. Y en otro cuartito había una biblioteca. A la mitad de esa sala, recibíamos las clases nosotros.

G. Z. ¿Y la UNAM?

M. G. N. Le voy a contestar con esta anécdota. Cuando en el año de 1944, hace 60 años, don Agustín Yáñez nos dio un seminario sobre el Contenido Social de la Literatura Iberoamericana, de cuatro a seis, los jueves, a las seis salíamos corriendo, don Agustín Yáñez, Donaciano y yo, a media cuadra, a tomar un Juárez-Loreto⁶ al viejo barrio universitario.

G. Z. A San Ildefonso.

M. G. N. Exactamente. Don Agustín se iba a dar sus clases a la preparatoria de San Ildefonso, Donaciano y yo a la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Y aquí le paro.

G. Z. Tenía que combinar, ¿verdad? En la mañana y en la tarde.

M. G. N. Voy añadir otra anécdota, para referirme a lo que era la ciudad de México en aquel entonces. Como Donaciano y yo habíamos alquilado un cuarto, nos iban a visitar muchos tapatíos que estudiaban en algunas otras escuelas aquí en México. Y ahí nos reuníamos, platicábamos en la noche... A veces amenizábamos las reuniones con un poco de alguna bebida alcohólica. Un día bebimos una bebida dulce, creo que era anís.

G. Z. ¡Muy traicionera!

M. G. N. A mí me traicionó al grado de que, como a eso de las once de la noche, le paramos; entonces dijimos: “Vamos al Paseo de la Reforma”, que estaba a dos cuadras de Lisboa y General Prim. Llegamos a la estatua de Cuauhtémoc, que ahora están moviendo, y yo, muy patriota, dije: “Yo me subo a saludar a Cuauhtémoc”.

Y que me empiezo a querer subir a la estatua de Cuauhtémoc, y llegó un policía: “Muchachos, ya váyanse a dormir, ya es muy noche”. Le contesto

⁶ Ruta de autobuses de la ciudad vigente hasta principios de 1970.

yo con una frase que me debería avergonzar... Pero no tengo vergüenza. ¡Nada de eso! Le dije: "Jenízaro, usted no me conoce, ni sabe quién voy a ser". Y aquí le paro.

RECORDANDO A ARTURO ARNÁIZ Y FREG Y LUCAS ALAMÁN...

G. Z. Quería preguntarle sobre Arturo Arnáiz y Freg (1915-1982). ¿Qué sentimientos le evoca a usted su recuerdo? Y ¿qué nos podría comentar al respecto de su labor como historiador?

M. G. N. Tal vez, por su espíritu un poco juguetón, tenía acceso a los medios masivos de comunicación. Todavía no había televisión, pero cuando él daba una conferencia lograba que todos los periódicos más importantes le anunciaran sus conferencias. Yo creo que pocos historiadores mexicanos han tenido esa habilidad para llegar al gran público.

G. Z. Y siendo tan joven...

M. G. N. Arnáiz había sido profesor en la Preparatoria Uno, y tenía la clase sobre la época de Santa Anna en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, que entonces era la única universidad. Y con todos estos antecedentes tenía un enorme impacto en el gran público: en el estudiantil y en el de los directores de periódicos. Hago énfasis en esto para que se vea la diferencia de públicos entre (el historiador español) José Miranda (1903-1967) y Arnáiz y Freg. ¡Y creo que es muy importante!

G. Z. Sí, es muy interesante.

M. G. N. Bueno... Ahora, una cosa que importa mucho recordar es que en realidad, por la forma en que hacía su exposición Arnáiz y Freg, y tal vez porque el periodo que realmente él había profundizado era la mitad del siglo XIX con Mora y con Alamán, de hecho casi nos quedamos ahí. Y aunque el título de la clase era el Periodo Nacional, no lo cubrimos. Pero lo que nos enseñó fue muy estimulante. Y tan estimulante para mí, que cuando yo terminé mis cursos y seminarios en el Centro de Estudios Sociales en 1945, presenté mi examen en el propio Colegio. Y don Daniel Cosío Villegas, que era el secretario de El Colegio, nos autorizó a Catita (Catalina) Sierra, mi

compañera, y a mí a que hiciéramos nuestras tesis con Arnáiz y Freg. Y de hecho, de ese grupo de Ciencias Sociales (que casi por mitad unos éramos procedentes de los estudios jurídicos y los otros de los estudios económicos), de hecho sólo dos, Catita y yo, hicimos nuestras tesis y nos graduamos.

En 1946-1947 Arnáiz y Freg me dirigió mi tesis sobre Alamán, que era una de las cosas que él había estudiado mejor. Yo recuerdo, entre las cosas interesantes, que él empezó por presentarme con los directores de las bibliotecas y de los archivos de la ciudad de México, para que me dieran todas las facilidades... Yo trabajé dos años con él. Me gradué. Y don Daniel Cosío Villegas, como secretario de El Colegio de México, cuando yo entregué mi tesis, le pidió al doctor Silvio Zavala una opinión sobre mi tesis. Conservo ese documento; no lo tengo aquí a la mano, lo tengo en mi casa. La sustancia de la opinión del doctor Zavala es que se trataba del Alamán mejor ambientado que él conocía, aunque sugería algunas correcciones. Hice las correcciones.

G. Z. Estando el trabajo de José Valadés sobre Alamán, ¿verdad?⁷

M. G. N. Sí. El de José Valadés puedo recordar que es un trabajo pionero. Quizá una de las diferencias de mi trabajo con el de Valadés, que puede explicar ese juicio tan favorable al mío de don Silvio Zavala, es que Valadés contaba con un equipo de ayudantes. Por supuesto, él era un hombre muy inteligente y extraordinariamente trabajador. Años después, en una ceremonia de homenaje a él en la Universidad Nacional a la que me invitaron, yo me atreví a preguntarle a su hijo Diego Valadés, el que ahora es director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, y admirando como admiraba yo la extraordinaria división de los trabajos de su papá, si él había trabajado con “negros”. “Negros”, como se sabe, son los ayudantes prácticamente anónimos, pero no por eso menos considerados. No recuerdo la respuesta que me dio. Vagamente recuerdo que fue un poquito ambigua, quizá era la que más convenía.

Pero bueno, añadido a estos elementos de ponderación de la obra de Valadés, en particular sobre Alamán, que si bien Valadés era un hombre muy inteligente, muy honrado y extremadamente laborioso, su formación académica era débil; él era fundamentalmente periodista. En ese sentido,

⁷ José C. Valadés, *Alamán: Estadista e historiador*, México, Universidad Nacional de México, 1938.

pues, creo que la opinión que le mereció mi tesis sobre Alamán a don Silvio Zavala puede explicarse.

G. Z. ¿Y Alamán no era un autor satanizado?

M. G. N. Era un autor casi satanizado; pero así como los liberales jacobinos lo contraponían con el doctor José María Luis Mora, por supuesto los conservadores, expulsores de todo lo extraño, criticaban al doctor Mora por muchas cosas, incluso con argumentos *ad hominem*, por haber renunciado al sacerdocio, porque él ya se había ordenado. Pero lo cierto es que a mí se me grabó mucho en aquel entonces, justo cuando yo preparaba mi tesis, una opinión, si mal no recuerdo de Federico Gamboa —el autor de *Santa*, y bueno, de tantas obras tan importantes—. Justamente, Gamboa señala las semejanzas entre Mora y Alamán. Y yo escarbé por ese lado. Eso lo reflejo en mi tesis. Y años después yo publiqué en la Universidad Nacional un folletito en el que retomo esa opinión y trato de justificar las semejanzas y diferencias de Alamán y de Mora. Semejanzas muy obvias: los dos son guanajuatenses, los dos son casi de la misma edad, los dos pertenecen a la clase dominante, aunque Alamán a un nivel superior, puesto que incluso estaba ligado con alguna rama de la nobleza española. Lo que no quita que Mora ¡no cantaba mal las rancheras!, porque Mora era de familia rica. Por ahí podrían ir las semejanzas.

Viene la ruptura cuando Mora se separa de la Iglesia. Y viene la caída de la primera administración de Anastasio Bustamante de 1830 a 1832, de la cual, como se sabe, es cabeza Alamán, para lo bueno y para lo malo. Para lo bueno, en mi opinión, Texas. Si se quiere fue inevitable, pero no le quita grandeza al hecho de que Alamán haya enviado al antiguo insurgente Mier y Terán a Texas, para que informara al gobierno mexicano. Y con los informes que le mandó Mier y Terán, Alamán hizo la ley del 6 de abril de 1830, en la que propone cómo defender Texas de la codicia norteamericana. Para mí es uno de los grandes aciertos de esa administración de Alamán.

Ahora, los enemigos de Alamán dirán que entre los grandes defectos de esa administración está el asesinato de Vicente Guerrero en Huatulco. No conozco Huatulco, pero una antigua secretaria mía, que sí ha tenido la oportunidad de ir a Huatulco, dice que hay una placa que recuerda cómo Picaluga, el italiano, invitó a Guerrero a su barco a comer; lo aprehende y lo entrega a la administración de Alamán y lo fusilan. Claro, Alamán se

defendió de los cargos que le hicieron de que era el responsable de ese asesinato; asesinato de uno de los autores de la Independencia de México. Tragedia de este país que los dos autores de su Independencia mueren fusilados: primero Iturbide, cuando regresa de Italia, y después Vicente Guerrero. Pero lo interesante es que en el fusilamiento de Iturbide también tuvo que ver Alamán, porque Alamán estaba en el poder ejecutivo previo a la primera república federal de 1824. El triunvirato de ese poder apoyó la ejecución de Iturbide que estaba, por así decirlo, de visita al regresar de Italia; y entonces sí tiene una responsabilidad directa en la muerte de Iturbide. En cuanto a Guerrero, Alamán escribe su defensa de la administración de Bustamante y la centra particularmente en defenderse del cargo que se le hizo, de que él era responsable del fusilamiento de Guerrero, del que responsabilizó al ministro de la Guerra.

Desde luego, como usted dice, lo lógico es que directamente la responsabilidad fuera de él. Ahora, lo que no sabemos es qué hayan acordado el vicepresidente Anastasio Bustamante y Alamán, de quien se dice que le administraba la cabeza a Bustamante.

G. Z. La historia está llena de esas oscuridades, ¿verdad?

M. G. N. Pero esto es terrible.

G. Z. Y no sabemos finalmente si se reunieron o no, de qué hablaron, cómo hablaron...

M. G. N. Pero, en fin, yo he hecho este relato tan largo porque Alamán tuvo esa responsabilidad tremenda en la desaparición de los dos consumadores de la Independencia de México.

G. Z. Y Arnáiz, que tuvo mucho que ver en su tesis, ¿se interesaba en Alamán?

M. G. N. Sí. Porque, como yo le decía a usted, en la clase que nos dio sobre el periodo nacional, como la época de Santa Anna es la que había estudiado mejor (tanto por el lado de Alamán como por el lado de Mora), yo creo que en parte por eso se estancó ahí. Y por eso es que yo me interesé en Alamán. Y es por eso que yo le pedí a don Daniel Cosío Villegas que Arnáiz y Freg fuera el director de mi tesis.

G. Z. ¿Cómo se formó Arnáiz como historiador?

M. G. N. Arnáiz se formó con los historiadores viejos, un poco autodidactas.

G. Z. ¿Luis González Obregón?

M. G. N. ¡Esos meros! Con ese tipo de historiadores se formó.

G. Z. ¿En dónde?

M. G. N. Yo creo que desde la preparatoria. Pero debo decirle una cosa interesante, ya que usted me lo pregunta: Arnáiz no empezó estudiando Historia. Arnáiz empezó estudiando Medicina, si mal no recuerdo; dejó los estudios de Medicina y se lanzó por el lado de la Historia. Así que tenía una formación variada. Hace poco le hicieron un homenaje a Arnáiz en la Biblioteca Lerdo.

G. Z. Sí.

M. G. N. Sí, pero a 50 años, yo le puedo decir a usted que la popularidad de Arnáiz en los años cuarenta no tiene punto de comparación con la de ninguno de los historiadores mexicanos actuales. Hay dos o tres, no voy a dar nombres, que tienen la habilidad de salir un día sí y otro no en los periódicos. Y Arnáiz los superó.

G. Z. ¿Usted hace la maestría...?

M. G. N. Sí. Pero bueno, déjeme explicarle una cosa: ya en nuestra conversación inicial le platicué que me vine de Guadalajara para iniciar mis estudios de Derecho, y que El Colegio, como entonces no nos podía garantizar nada, porque no sabía el propio Colegio cuál podía ser nuestro mercado de trabajo, nos permitió a los estudiantes de Derecho y a los estudiantes de Economía que continuáramos nuestros estudios en la otra disciplina.

Ahora, cuando yo me gradué en El Colegio de México, inmediatamente hice mi tesis para la Facultad de Derecho y escogí un tema histórico, historia del derecho, para ser más exacto. Yo escribí mi tesis sobre Vallarta y su ambiente político jurídico, que me publicó la Junta Mexicana de In-

vestigaciones Históricas en el año 1949.⁸ Yo me gradué en la Facultad de Derecho el 30 de agosto de 1949

GRADUACIÓN, JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA, LUIS GONZÁLEZ...

G. Z. Y entonces, ¿usted se gradúa a comienzos de 1948?

M. G. N. Sí. Hay en eso una paradoja. Yo me gradué a principios del 48 en El Colegio de México, y me gradué en agosto de 1949 en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En ambos casos tuve jurados muy buenos —pero ¡muy buenos!—. ¡Fue una felicidad!

G. Z. ¿En El Colegio de México?

M. G. N. Desde luego, don Silvio Zavala, que había leído la tesis, puesto que él rindió un dictamen a don Daniel Cosío Villegas.

G. Z. ¿Quién más estaba?

M. G. N. He tratado en estos días de recordar, y no he podido.

G. Z. ¿José Medina Echavarría, Arnáiz y Freg?

M. G. N. No. Arnáiz y Freg estaba fuera de México, y Medina Echavarría salió del Centro de Estudios Sociales.

G. Z. ¿Se fue a Chile?

M. G. N. No. Primero se fue a Puerto Rico. Y justamente voy a hacer una pequeña desviación pero que tiene sentido.

⁸ En la década de 1940 surge la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, integrada por jóvenes estudiantes de Historia como Alfonso García Ruiz, Ernesto de la Torre Villar, Josefina Muriel, Elisa Vargas Lugo, el mismo Moisés González Navarro, alentados por otros, como Edmundo O’Gorman, Silvio Zavala, Arturo Arnáiz y Freg y Wigberto Jiménez Moreno. En particular se promovía la edición de obras relacionadas con la historia del derecho. La Junta estaba “políticamente” situada a una distancia discreta del liberalismo de la época de la reforma y del “socialismo revolucionario” del periodo.

Hace unos pocos meses le pedí una cosa a mi profesor Víctor Urquidi. Él fue profesor mío los tres años que fuimos estudiantes en el Centro de Estudios Sociales; nos dio clases y diferentes cursos de teoría económica. Entonces, como él había sido profesor nuestro, siendo director Medina Echavarría, hace algún tiempecillo me interesé por escribir algo que he concluido, que se llama *Medina Echavarría en México* —es un librito, hecho con mucho cariño— para el maestro Medina Echeverría, a quien —repi-to— yo considero mi maestro por antonomasia.⁹ Entonces, yo le pedí a mi profesor Urquidi, hace poco tiempo, que por favor me explicara por qué se había ido Medina Echavarría de México. Tengo muchas cartas que he visto en el Archivo de El Colegio. Incluso ya estando en Puerto Rico —estaba por regresar a México— le decía él: “Usted regrese, le ofrezco que en su regreso no habrá intervención de nadie más”. Era muy claro que entendiera que don Daniel Cosío Villegas no iba a tener nada que ver, ni para que regresara, ni para que no regresara; todo iba a quedar en manos de don Alfonso. A pesar de que a Medina Echavarría le fatigaba el calor de Puerto Rico, y a pesar de que llega a decir en alguna de sus cartas que le daban grupos gigantescos, a los que prácticamente tenía que hablar casi con micrófono —a veces se llegaba a pensar si eran grupos hasta más numerosos que los multitudinarios que llegó a tener en la Escuela Nacional de Jurisprudencia—, ¡no volvió! Medina Echavarría se fue a Santiago de Chile, como lector de español. Pero Medina Echavarría valía muchísimo.

G. Z. ¿Y usted conocía antes a Luis González?

M. G. N. Conocí a Luis en el año de 1945. Me fue a visitar a mi casa en Guadalajara.

G. Z. ¿Antes de venirse a México?

M. G. N. Antes de venirse a México precisamente. Quizá él vino aquí, a El Colegio, a informarse cómo podía ingresar al Centro de Estudios Históricos. Quizá se enteró de que había por ahí algunos tapatíos, por lo menos Donaciano y yo, que teníamos la cara... Ignoro por qué razón me visitó a mí, me parece que a Donaciano y a mí. Y yo lo recibí en mi casa en Guadalajara y ahí Luis me preguntó qué era esto de El Colegio de México. Yo

⁹ Una pequeña semblanza de M. G. N. sobre “José Medina Echeverría” se encuentra en *Letras Libres*, agosto de 2003.

le dije que yo conocía naturalmente mi centro, pero que no tenía noticias del otro centro y le expliqué lo mejor que pude todo lo que yo sabía sobre El Colegio.

Luis se incorpora al Centro de Estudios Históricos, a la tercera promoción de la etapa inicial del Centro.

1945: LA POLÉMICA, PACO GINER, O'GORMAN, ZAVALA, GAOS...

G. Z. ¿Qué me puede decir de la polémica historiográfica de esos años?

M. G. N. ¡Ah!, bueno. Sí. Quizá se refiera usted a una polémica sobre la verdad de la historia.

G. Z. Sí, que supuestamente representaba una línea...

M. G. N. Sí, una línea historicista.

G. Z. ¿Usted se va a identificar con el positivismo de Zavala?

M. G. N. Bueno, esa polémica sí la recuerdo. Y yo creo que esa polémica debió haber ocurrido en 1945. Quizá yo no estaba suficientemente capacitado para captar en toda su profundidad la discusión, pero sí recuerdo sus grandes líneas. Pero además la polémica y los textos se conocen. Yo llegué a lo siguiente.

Hubo un planteamiento muy personalista en la polémica. Algunos españoles apoyaron (porque estaban en esa línea) a O'Gorman contra Zavala. La cabeza de esa corriente, sin duda, la tiene usted a sus espaldas. Quiere usted voltear por favor, ya sabe a quién me refiero, al maestro José Gaos, otro de los grandes maestros que he tenido en mi larga vida. Yo no sé hasta qué punto haya intervenido en la polémica. Pero de los españoles, el que llevaba mucho la voz cantante contra Zavala fue Ramón Iglesia quien, por cierto, tuvo un final trágico.¹⁰ Yo lo recuerdo con mucho cariño, porque justo ese año de 1945 don Daniel Cosío Villegas y don Alfonso Reyes nos

¹⁰ Véase Andrés Lira, "El hombre Ramón y otros papeles (notas sobre un expediente)", *Historia Mexicana*, vol. XLVI, núm. 4, 1996, pp. 871-887. Ramón Iglesia, impulsor de los estudios historiográficos, había publicado en 1944 *El hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México.

mandaron a algunos alumnos del Centro de Estudios Sociales y a algunos del Centro de Estudios Históricos como Pablo González Casanova —lo recuerdo muy bien—, y a algunas como Lina Pérez Marchand del seminario de Gaos, nos mandaron a una excursión muy bonita en dos camionetas nuevecitas, flamantes, con chofer excelente, a Puebla y Oaxaca. Fue una cosa extraordinaria ese viaje. Estuvieron a la cabeza de esa excursión Ramón Iglesia en una camioneta y José Miranda en otra camioneta.¹¹ Por eso yo recuerdo muy bien a Iglesia, aunque no había sido mi maestro; y a Miranda, por supuesto, porque él sí había sido mi maestro en el Centro de Estudios Sociales, donde nos dio Instituciones Coloniales.

G. Z. Entonces, ¿hubo una escisión dentro del grupo de los españoles?

M. G. N. No, al contrario, en general los españoles apoyaban a O’Gorman. Pero debo añadir este dato que da un ángulo del tipo personalista al que yo me refería hace un momento. Paco Giner de los Ríos refirió eso, él era bibliotecario y —si mal no recuerdo— fue nieto de Giner de los Ríos.¹² De los grandes españoles, Paco fue a esa excursión a Oaxaca y escribió un libro muy bello, un librito —Paco era poeta—, un librito que se llama *Los laureles de Oaxaca*, y voy hacer un paréntesis de ese librito.¹³ Cuando fuimos a Tehuantepec y conocimos a las tehuanas, mi queridísimo amigo y compañero con quien todavía me reúno porque me dispensa su amistad, Rafael Urrutia, dijo esta frase que a él le parece inmortal: “Si alguna vez me pierdo, que sea aquí; pero por favor no me busquen”.

Bueno, ¡me parece excelente! Sí la celebramos, como usted se puede imaginar. Bueno, pero regresemos a la polémica.

G. Z. ¿Y usted asistió a las discusiones?

M. G. N. Sí. Yo curioseaba; no lo captaba todo, superaba mi capacidad;

¹¹ Por su parte, la importancia de José Miranda como formador de las nuevas generaciones de historiadores queda reflejada en el libro homenaje a José Miranda, *Historia y sociedad en el mundo de habla española*, editado por Bernardo García Martínez *et al.*, México, El Colegio de México, 1970. Recientemente fue editado de José Miranda, con prólogo de Andrés Lira, *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI* (1952), México, El Colegio de México, 2005.

¹² Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) fue fundador de la Institución Libre de Enseñanza de Madrid en la década de 1870, antecesora de El Colegio de México.

¹³ Francisco Giner de los Ríos, *Los laureles de Oaxaca (poemas y notas de viaje)*, México, Tierra Nueva, 1948.

pero sí, más o menos podía plantearme lo que estaba en juego. Pero quiero decirle esto porque también es importante: Paco Giner, que era joven y juguetón, a algunos de los estudiantes, entre ellos yo —quizá era el más chiquillo de todos— nos hizo cantar unas estrofas que le compuso a Zavala, muy agresivas, refiriéndose a la encomienda en Guatemala, que había ido a estudiar Zavala, justamente a Guatemala. Pero eso le da una idea de cómo la polémica no sólo se desarrolló en el más alto nivel académico, sino por acá, por debajo y no tan debajo; porque eso lo canturreamos a voz en cuello algunos y, entre ellos, tengo que confesar, fue público y notorio, al grado de que Medina Echavarría, mi maestro, al ver el giro tan violento que le había dado Paco Giner a sus coplas, se acerca a nosotros [y nos dice:] “Muchachos, es suficiente, retírense”. Y nos tuvimos que retirar.

Pero es una anécdota muy significativa del grado de violencia personal.

G. Z. ¿Qué hubo de las relaciones entre los grupos?

M. G. N. Para poner un dato que explica esto: tanto Zavala como O’Gorman pertenecían a la Academia Mexicana de la Historia.¹⁴ Zavala viajó mucho a Francia y, de hecho, se quedó allá una buena temporada; primero como agregado cultural (allá lo visité, allá me ayudó, etc.), y después como embajador de México, me parece que en la época de Echeverría, probablemente.

Por lo tanto, no asistía a las sesiones de la Academia con la regularidad con la que lo hacía O’Gorman. Quizá no asistía para no tener una confrontación. Pero ya era yo miembro de la Academia cuando Zavala empezó a asistir a la Academia Mexicana de la Historia y, por supuesto, todavía estaba O’Gorman; O’Gorman la presidía. Y en relación con esto que estamos platicando, yo recuerdo que en varias sesiones algunos de los historiadores académicos más próximos a O’Gorman agredieron con mucha violencia a Zavala. Eso causó un enorme desagrado a dos personas muy próximas a Zavala, Ernesto de la Torre y Carlos Bosch García; ambos habían sido discípulos de Zavala en la primera promoción de 1941. Y ambos habían colaborado posteriormente con Zavala.

G. Z. Muy violentos.

¹⁴ La Academia Mexicana de la Historia había sido fundada en 1919 por algunos historiadores como Carlos Pereyra, el padre Mariano Cuevas S. J., etcétera.

M. G. N. Eso no aparece en la polémica, ¿verdad?

G. Z. No, no encaja completamente.

M. G. N. Pero es que no estaban en juego sólo dos concepciones de la historia; estaba en juego una lucha por el poder, que en cierta forma estaba polarizando a la Facultad de Filosofía y Letras, dominada por O’Gorman, y a El Colegio de México, parcialmente dominado por Zavala. Insisto mucho en la palabra “parcialmente”.

G. Z. ¿Podría profundizar, en este aspecto, en la dimensión política? Parece que no se trata solamente de una discusión o confrontación racional de ideas, de posiciones.

M. G. N. La lucha por el poder que domina a la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional.

G. Z. Ya era fuerte en ese momento.

M. G. N. O’Gorman, sí. No olvide usted que O’Gorman escribe sus grandes libros, se doctora.¹⁵ Incluso voy a contar esta anécdota que se la oí directamente a mi maestro Arnáiz y Freg, que fue uno de los sinodales de O’Gorman, en la inteligencia de que Arnáiz y Freg no era doctor; a lo sumo tenía una licenciatura. Pero ésa es la gran tragedia de la Universidad Nacional, cuando tiene que hacer doctores sin tener doctores, y tiene el asunto de los doctorados de oficio. Bueno, mi maestro Arnáiz y Freg me contó que su réplica fue respetada y le dijo a O’Gorman: “Usted en este examen ha añadido una r, le ha añadido a la palabra docto, doctor”. Ésa fue la réplica de Arnáiz y Freg. Yo no fui a ese examen, pero eso me lo contó Arnáiz y Freg.

G. Z. ¿Cómo le dijo?

M. G. N. No. Arnáiz, sinodal del doctorado de O’Gorman, en la Universidad Nacional, en la Facultad de Filosofía, le dijo a O’Gorman: “Con este

¹⁵ Edmundo O’Gorman se doctoró en 1951 con su trabajo *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Centro de Estudios Filosóficos, 1951.

examen estamos añadiéndole una ‘r’ a algo que ya sabíamos de usted, usted es docto”.

G. Z. Y José Gaos a raíz de esto...

M. G. N. Bueno, Gaos no creo que haya participado en esas bajezas, porque no tenía necesidad. Gaos estaba muy por arriba de estas tarugadas —por usar una palabra suavecita—, no una cervantina, por respeto a usted, y a lo que usted está grabando.

Pero podríamos usar la palabra cervantina más adecuada. Gaos estaba muy por arriba de todo esto. ¡Eso me consta!

G. Z. Ahora, ¿por qué no continuaba Gaos en El Colegio?

M. G. N. Bueno... No olvide usted esto, cuando don Daniel y don Alfonso se traen a los españoles y forman La Casa de España en México —y esto lo he estudiado yo, aquí en el Archivo de El Colegio, para mi librito sobre *Medina Echavarría en México*—, el plan era traerlos, acogerlos temporalmente en lo que fue La Casa de España, mientras los encarrilaban en la Universidad Nacional. No olvidemos que El Colegio de México estaba en pañales y que la Universidad Nacional era una institución perfectamente establecida. Entonces Gaos trabajó en El Colegio y se fue encarrilando en la Universidad Nacional. Y hay un momento en que deja El Colegio y se queda en la Universidad Nacional. Vuelve a El Colegio en una circunstancia trágica, por así decirlo. Cuando, no sé si por 1966, hay ese atentado bárbaro al doctor Ignacio Chávez (rector de la UNAM, 1961-1966), que estaba poniendo orden en la Universidad Nacional, y unos manifestantes amenazaron con desnudarlo y pasearlo desnudo por la avenida Insurgentes si no renunciaba.

G. Z. Entonces fue cuando José Gaos...

M. G. N. Naturalmente. El doctor Chávez renuncia y le pide a don Daniel —y yo todo eso lo sabía porque estaba muy cerca de don Daniel en aquel entonces—, le pide reincorporarse a El Colegio. Era presidente Urquidí, don Daniel toma el teléfono y le dice: “Ahí le mando a Gaos”, naturalmente Gaos vuelve a El Colegio de México. Así es como vuelve a El Colegio.

1948: EN EL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA

G. Z. ¿Usted trabajó en el Museo Nacional?

M. G. N. Trabajé en el Museo Nacional de Historia en 1948, gracias a que don Silvio Zavala me hizo el favor de llevarme a trabajar con él, cuando él era director del Museo Nacional de Historia.

Yo multiplicaba mi tiempo. Yo me seguía levantando muy temprano, me iba a trabajar al seminario de Historia Moderna de México con don Daniel Cosío Villegas en 1950... Pero me estoy saltando 48 y 49.

G. Z. Sí, cuando usted se integra al Museo Nacional.

M. G. N. En el 48 es cuando me llama don Silvio Zavala al Museo Nacional de Historia. Trabajo con él allá. Termino mi tesis en la Facultad de Derecho. Me recibo. Y entonces me escribe mi mamá y me dice: "Necesito que te vengas a Guadalajara porque tu papá está muy enfermo". Pero naturalmente tuve que irle a decir a don Silvio Zavala: "Me tengo que ir a Guadalajara por estas circunstancias familiares". Y don Silvio Zavala tuvo la generosidad conmigo de decirme: "No renuncie, lo comisiono en Guadalajara para que trabaje en el Archivo de Instrumentos Públicos los repartimientos de indios en la Nueva Galicia". Entonces es así como trabajé en esa empresa.

Por cierto, a fines del 49, estando yo en el Archivo de Instrumentos Públicos, llega un amigo mío de la infancia, el abogado Pepe Velarca, a saludarme. Me dice: "Pero Moisés, qué haces aquí, te voy a mandar de juez". "¡Cómo que me vas a mandar de juez!" le respondo. "Sí". Y al día siguiente, me dice: "La semana que entra te mando de juez".

¿Cómo se explica que me haya mandado de juez? En el despacho que tenía Pepe Velarca trabajaba un diputado muy cercano a Miguel Alemán (presidente de México, 1946-1952), quien entonces era secretario de Gobernación. Estuve ahí 15 días. Y luego me mandaron a Cocula.

G. Z. ¿Y tenía que ir obligatoriamente?

M. G. N. No. Entonces yo le escribí, naturalmente, a don Silvio Zavala: "Señor, me encuentro en esta situación... Tengo necesidad ahora sí de

renunciar”. Y me dice Zavala, molesto, me contesta: “¿Va a abandonar el libro *Repartimientos de indios en Nueva Galicia*?” Le contesté: “No lo abandono, tengo recogidos los documentos, y en el trabajo como juez tengo horas libres; sin que usted me pague voy a terminar ese libro y se lo doy”. Y así lo hice. Así nació ese libro. Y lo publicó don Silvio Zavala.¹⁶

G. Z. ¿Cuánto tiempo ejerció como juez?

M. G. N. Estuve 15 días en Cocula y casi medio año en Sayula.

G. Z. Una inmersión en el “México profundo”.

M. G. N. Profundísimo. Le voy a contar a usted muy rápidamente, para terminar, experiencias fundamentales en mi vida en el juzgado de Sayula. Un día recibo una llamada telefónica. No había teléfono en el juzgado, pero a media cuadra estaba la oficinita de teléfonos en Sayula. “Tiene usted en sus manos, señor juez, el asunto X, se lo recomiendo...”. Se entendía, ¿verdad? Otra casualidad, estaba yo en el despacho del juez y llegó el secretario del juzgado y me dijo: “El general Marcelino García Barragán pregunta si lo puede recibir”. “Por supuesto, que pase”. Él me dijo: “No le quito su tiempo, señor, sólo vengo a decirle a usted que yo vengo a ponerme a sus órdenes, porque aquí usted, como autoridad... ¡Usted manda! Me tiene a sus órdenes en el rancho El Zopilote Mojado”.¹⁷ ¡Muy bonito! Inolvidable para mí.

G. Z. ¿Cuándo pasó eso?

M. G. N. Fue a principios de los cincuenta. Tuve otra experiencia formidable. El delegado del Departamento de Hacienda del estado de Jalisco, por ministerio de ley, era al mismo tiempo agente del ministerio público, y en ese momento ocupaba esa posición un señor Del Río, primo hermano de un señor que usted conocerá, Lázaro Cárdenas. Este señor era uno de los caciques de Sayula, naturalmente, con esa doble personalidad y con ese parentesco se consideraba de los meros buenos de Sayula.

¹⁶ Se trata del libro de M. G. N., *Repartimiento de indios en Nueva Galicia*, México, Museo Nacional de Historia, 1953.

¹⁷ El general Marcelino García Barragán fue gobernador de Jalisco en 1943-1947. Después, durante el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), fue secretario de Defensa Nacional.

Por supuesto, este señor sabía muchísimo más de las cosas hacendarias que de las del ministerio público. Cometió varios errores. Hubo un momento en el que yo me vi obligado a dictar un auto, multando al señor Del Río, ordenándole que, en su carácter de delegado de Hacienda, multara al señor Del Río, en su carácter de agente del ministerio público. Naturalmente que se frenó este señor... ¡Y no fue a sacar una pistola! Pero no sé si al día siguiente, o dos días después, me llega una orden, enviándome a Unión de Tula. Tuve el gusto de rechazar esa orden, porque don Daniel Cosío Villegas me invitó a que me incorporara al seminario de Historia Moderna de México en esta institución.

DANIEL COSÍO VILLEGAS Y LA *HISTORIA MODERNA DE MÉXICO*.
LIBERALISMO VERSUS MARXISMO

G. Z. ¿En qué contexto se publica “La crisis de México”?¹⁸

M. G. N. Si mal no recuerdo se publica en 1947. Y, en cierta forma, surge cuando asume la presidencia Miguel Alemán (1946-1952), quien había sido alumno de don Daniel Cosío Villegas. Como se recuerda, Alemán llevó a su gabinete a algunos de sus compañeros de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y a algunos de sus maestros, pero no invitó a don Daniel.

Entonces, yo creo que el precipitante de ese artículo tan famoso fue que una posible carrera política se cerrara para él. Entonces, eso le daba a don Daniel una Independencia muy grande frente al poder público. Y, quizá también, era de confesar que le causó un cierto resentimiento, muy comprensible. Entonces, ésa era la personalidad de don Daniel. Don Daniel trabaja dos años solo en las fuentes secundarias e hizo varias versiones de la historiografía del porfiriato, que fueron creciendo. Y cuando se inauguró el seminario, justamente en 1950, él tenía ya, pues todo el apoyo de ese conocimiento de las fuentes secundarias del porfiriato. Creo que en la ocasión anterior recordamos que en *La historia económica de la república restaurada* contó afortunadamente con Paco (Francisco) Calderón, que sacó adelante su tomo; y en el tomo de *La historia social de la república restaurada* contó con Luis González, que era la cabeza.

¹⁸ Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2, vol VI, 1947.

Yo hice *El porfiriato: La vida social*, lo trabajé siete años.¹⁹ Don Daniel realizó toda la parte de la vida política de la república restaurada y del porfiriato, tanto en la política exterior como en la política interior.

G. Z. ¿Cómo hizo para escribir tanto?

M. G. N. Bueno, tenía una capacidad de trabajo extraordinaria. Yo creo que una capacidad de trabajo como la de él quizá sólo es comparable con la de don Silvio Zavala; en otro periodo y en otros temas.

Pero además de lo que escribió personalmente don Daniel, él dirigía los otros tomos, a los que les hizo los prólogos. Para mí ¡una experiencia realmente extraordinaria! Todos nos apoyábamos —éramos muy jóvenes— hicimos una buena amistad, la que perdura hasta el presente y que para mí fue fundamental.

G. Z. ¿Y usted piensa que fue él quien inauguró un modo de trabajo?

M. G. N. Yo creo que sí. Don Daniel, naturalmente, desde que salió su artículo “La crisis de México”, se hizo de muchos enemigos, aparte de los que ya tenía; unos porque consideraban que su crítica al PRI era incorrecta. Incluso había argumentos *ad hominem*, diciéndole que él mismo había sido beneficiario del sistema, lo cual en parte era cierto. Y, otros, los de la extrema izquierda, porque consideraban que su crítica era insuficiente, porque a don Daniel le decían que partía de un enfoque liberal burgués, lo cual en parte es cierto.

G. Z. ¿Quiénes eran los críticos más persistentes?

M. G. N. Quizá el crítico que más dio la cara fue don Luis Chávez Orozco, quien pasaba por ser, en ese momento, el historiador marxista por excelencia y que tenía una gran amistad con Narciso Bassols²⁰ —pareja de importantes marxistas de los años treinta, cuarenta y cincuenta—. Es

¹⁹ M. G. N., *El porfiriato: La vida social*, tomo IV de la *Historia moderna de México*, México, Hermes, 1957, 979 pp.

²⁰ Narciso Bassols (1897-1959), egresado de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, fue secretario de Educación Pública en 1931-1934. Entre 1944 y 1946 Bassols fue embajador de México en la antigua Unión Soviética, y en junio de 1948, junto con Vicente Lombardo Toldano, fundó el Partido Popular Socialista.

interesante que cuando en el Centro de Estudios Sociales, en el que yo estudiaba, se organizó un seminario sobre los problemas de América Latina, en un momento don Daniel pensó que participara Vicente Lombardo Toledano (1894-1968). Él y los cinco lobitos fundaron la CTM en 1936.²¹ Y llegó incluso a fundar la Confederación de Trabajadores de América Latina. Recuerdo que hubo un momento en que se había anunciado que Lombardo Toledano iba a participar en ese seminario de América Latina, que se celebró, si mal no recuerdo, en 1945. O sea, que de los dos grandes representantes del marxismo en México, con Lombardo Toledano, don Daniel llegó a tener una relación positiva, pero en cambio resintió y denunció que detrás de los ataques de Chávez Orozco estaba Narciso Bassols.

G. Z. Alrededor de la historia, entre un liberalismo historiográfico y un socialismo historiográfico.

M. G. N. Pero no diga un “socialismo”, tiene usted que decirlo con más precisión, “marxismo”.

G. Z. Hubo una polémica en la UNAM entre Antonio Caso y Lombardo Toledano en el año 33.

M. G. N. Antonio Caso (1883-1946) heredó a don Daniel Cosío Villegas no exactamente su clase de Sociología en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, sino una clase de Sociología de México, de la que don Daniel publicó dos tomitos.²² No olvidemos lo que usted menciona, que en el último seminario del Centro de Estudios Sociales Caso participó en los problemas de la guerra con *Las causas humanas de la guerra. El hombre náufrago del siglo XX*.²³ Las clases de Caso de Sociología y de Filosofía tenían una repercusión nacional.

G. Z. Historiográficamente, ¿qué significa en esa época el marxismo?

²¹ Para profundizar en la historia de la familia “marxista-leninista” mexicana de este periodo puede consultarse Jorge Alonso, *En busca de la convergencia. El Partido Obrero-Campesino Mexicano*, México, Ediciones de la Casa Chata, núm. 33, 1990.

²² Daniel Cosío Villegas (1898-1976), *Sociología mexicana (versiones taquigráficas de Eduardo González Camps)*, México, Juris, 1925.

²³ Centro de Estudios Sociales, Jornadas 5, El Colegio de México, 1943.

M. G. N. Pienso que Lázaro Cárdenas (presidente en 1934-1940), a través de algunos de sus secretarios y sus consejeros, manejó una cierta orientación marxista. Digo “cierta” porque según unos enemigos de Cárdenas (Luis Cabrera), su régimen había sido marxista. Había en el ambiente político de la época una sensación de marxismo que tenía un peso muy grande. No olvidemos que por la reforma del Artículo Tercero que hace Cárdenas al llegar al poder —con su famosa declaración de que iba a inculcar una orientación racional, exacta, del universo y de la vida social— fue acusado de marxista. Ahora, si se recuerda esa frase tremenda, detrás estaba Einstein, digo yo; en cuanto que él iba a proporcionar el concepto racional y exacto del universo. Y no olvidemos que es el momento de consolidación de Einstein a nivel mundial, cuando está viviendo en Alemania y huye a Inglaterra y a Estados Unidos. O sea que en la educación que impartía el gobierno federal hay una aplicación un poco elemental de un marxismo de segunda o tercera mano.

G. Z. ¿Recuerda usted alguna obra marxista de historia con el empuje o con la fuerza que tiene la *Historia moderna*?

M. G. N. No. Ninguna. Lo importante del impacto de la *Historia moderna de México* es que es una obra colectiva. Ciertamente con una cabeza de primera fila, pero es una obra colectiva. Yo recuerdo que entre las críticas, algunas amistosas que se le hicieron a don Daniel cuando íbamos publicando la *Historia moderna de México* era que por qué él no había hecho toda la historia moderna de México, y don Daniel respondía: “Me hubiera sido imposible”.

G. Z. ¿Usted cree que la obra, también colectiva, coordinada por Enrique Semo, vendría a ser la contraparte de la *Historia moderna*, la historia del pueblo mexicano, o la historia del movimiento obrero de Pablo González Casanova?²⁴

M. G. N. Sí, conozco esas obras, pero no creo que hayan tenido el aliento de la *Historia moderna de México*, en lo que significa de estructuración, de

²⁴ Enrique Semo, *México, un pueblo en la historia*, cuatro vols., México, Universidad Autónoma de Puebla-Nueva Imagen, 1981-1982. Por su parte Pablo González Casanova coordinó la obra en varios volúmenes *La clase obrera en la historia de México*, México, Siglo XXI-UNAM, 1980-1987.

ambición de sus metas, de rastreo de fuentes documentales de primera mano. Estas obras a las que usted alude tienen muy poco apoyo de archivo.

G. Z. ¿Son más ideológicas? Alguna vez don Daniel, en relación con el marxismo de este tipo de trabajo, comentó: “Si de antemano parece saberse todo, poco se puede añadir al conocimiento...”.

M. G. N. Exactamente. Ahora estoy recordando que uno de los primeros comentaristas del primer tomo de la *Historia moderna de México*, que fue *La república restaurada: Vida política*, escrita directamente por don Daniel, fue don Silvio Zavala. Y aparte de señalar los elementos positivos que él encontraba en esa obra, él, como quien no quiere la cosa, apunta que en esa *Historia moderna de México* iba a haber dos figuras grandes; una que se estaba resaltando muy elogiosamente, Juárez, y otra que se estaba denostando, Porfirio Díaz.

Y a mí me parece que a la distancia es interesante observar que una obra tan ambiciosa, que se desarrolló en tantos años... Porque eso es muy importante... Yo diría que la obra, en su totalidad, si retrocedemos a cuando don Daniel empieza a trabajar solo, se lleva casi 20 años. Contra la profecía de don Silvio Zavala, don Daniel fue decantando su carisma, se fue situando cada vez mejor en su perspectiva histórica y fue cada vez depurando su anti-porfirismo. Eso es lo que quiere decir que don Daniel, cuando se embarca en la obra, en lo que hizo personalmente y en lo que hicimos en el seminario, tuvo la capacidad de recapacitar. Y creo que ése es un punto muy favorable para él. De hecho, don Daniel, cuando se embarca en la *Historia moderna de México*, no tenía formación de historiador. Y eso es muy importante... Don Daniel fue un polígrafo, estudia Derecho en Morelia, cultiva la poesía, la novela, el ensayo, es economista e incluso toma cursos de Economía Agrícola en Wisconsin, estudia Economía en la Escuela de Economía y Ciencias Políticas en Londres y estudia sobre todo Ciencia Política en París.

G. Z. Un polígrafo al modo del siglo XIX.

M. G. N. ¡Así es! Quizá por eso él se sentía tan identificado, con una buena dosis de razón, con los que él llama los grandes héroes de la reforma.

G. Z. Y entonces, ¿qué significa ser historiador, cuando un historiador se ocupa de la historia?

M. G. N. Depende de qué, de quién se llame historiador. Y por eso yo insisto en lo que no era don Daniel y en lo que llegó a ser. Se olvida uno de lo que había sido hasta 1948, o si se quiere hasta 1947, en la famosa “crisis de México”. Había alguna aproximación a la historia en lo que él enseñó en la Sociología de México... Pero sólo una aproximación.

G. Z. La pregunta se puede formular de otra manera. ¿Qué añade al historiador ser formado como historiador en relación con alguien que no fue formado como historiador? ¿Qué aspectos podría uno apreciar? Porque es el momento en el que está surgiendo la profesionalización de la historia...

M. G. N. Con el ejemplo de don Daniel... Yo lo compararía con O’Gorman y con don Silvio Zavala. En común tienen que los tres estudiaron Derecho inicialmente. Después, cada uno siguió su camino.

G. Z. ¿Se hicieron historiadores sobre la marcha?

M. G. N. En cierta forma sí.

G. Z. Y entonces, para ser historiador, ¿es condición indispensable hacer carrera de Historia?

M. G. N. Yo diría que afortunadamente no. Y que, tal vez, el ejemplo de don Daniel sea muy bueno para mostrarnos cómo es fundamental, para ser un buen historiador, tener una experiencia vital tan variada y tan rica. Si don Daniel no hubiera sido polígrafo, si no hubiera estudiado Economía Agrícola o Economía, no habría podido dirigir la historia económica del porfiriato y de la república restaurada. Eso sólo lo podía hacer él, porque don Daniel citaba mucho a un historiador inglés que estuvo en Guadalajara.²⁵

G. Z. Hablando de su experiencia ¿cómo se experimentan esos años, los años cuarenta y cincuenta? Pienso en la generación del 68... En esos años se vive sintiendo que el mundo está cambiando y que uno lo puede cam-

²⁵ Diversas evocaciones sobre D. C. V. en *Cien años de Daniel Cosío Villegas. (Obras completas de Daniel Cosío Villegas)*, México, Clío, 1999. Sobre el tramo de la *Historia moderna*, Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz-SEP, 1986, pp. 193-209. Probablemente se trate de George Macaulay Trevelyan (1876-1962).

biar... ¿Cómo se vive en esos años? Está la guerra, a lo mejor está un poco lejos... ¿Cómo lo experimentan ustedes?

M. G. N. A eso voy. Veamos el trasfondo mundial de la segunda guerra mundial... ¡Que no es poca cosa! En el trasfondo nacional, el paso de Cárdenas a Ávila Camacho.

G. Z. ¿Cómo se experimenta?

M. G. N. Eso se refleja, quizá más directamente que en el Centro de Estudios Históricos de don Silvio Zavala, en el Centro de Estudios Sociales, en el que yo estudié. Y por eso en mi Centro hay un seminario espléndido sobre los problemas de la guerra. Y al año siguiente, otro igualmente espléndido sobre América Latina. Y esto de América Latina es muy importante, porque es el esfuerzo por insertar a México dentro de una región, y no dejarlo aislado. Ese trasfondo internacional es fundamental.

G. Z. ¿Y cómo lo están viviendo?

M. G. N. Se reflejan en esos seminarios. A eso voy.

G. Z. Y ustedes, en la juventud, ¿cómo lo experimentan?

M. G. N. Bueno... Aquí hay un punto que convendría mucho que tomáramos en cuenta: la edad de don Daniel. ¿A qué edad empieza don Daniel a ser historiador?

G. Z. ¿A los 40?

M. G. N. Sí, a don Daniel lo ponemos como historiador cuando empieza a trabajar las fuentes de la historiografía del porfiriato a los 50, porque —si no me equivoco— él nace en el 98. En cambio, recordemos que don Silvio Zavala se viene de Mérida a la ciudad de México. Estudia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y, curiosamente, él tiene como uno de sus mejores maestros nada menos que a Narciso Bassols que —si no me equivoco— daba Derecho Constitucional. Y don Silvio Zavala, creo que eso se sabe muy bien, no tiene la menor pasta de Narciso Bassols. Eso quiere decir que Narciso Bassols debió ser un hombre extraordinario.

G. Z. Y regresando a las polémicas entre liberalismo y marxismo conectadas con la historiografía, hay sectas con cabezas. ¿Es aplicable la noción de “caudillo cultural” durante el periodo? Se conforman grupos, sectas donde hay cabezas y luego vienen las bases...

M. G. N. En la jerarquía, es indiscutible que sí las hay. Estoy pensando entre los que hicimos la *Historia moderna de México*. Los que quizá sobrevivimos fuimos Paco Calderón, Luis González y yo. Y no faltó quien hiciera referencia a que nosotros éramos algo así como sectarios de don Daniel.

G. Z. Que eran sectarios. ¿Por qué le decían la secta de don Daniel?

M. G. N. Comandada por él.

G. Z. ¿A qué otras sectas se refiere?

M. G. N. Ahora, por ejemplo, en el propio Colegio de México estuvieron muy cerca de don Silvio Zavala Ernesto de la Torre Villar y Carlos Bosch García. Por otra parte, entre los que siguieron a O’Gorman destacó mucho Juan Antonio Ortega y Medina, quien llegó muy joven con los españoles. De ese grupo de O’Gorman, creo que Ortega y Medina fue quizá el más sobresaliente.

G. Z. Y entre las sectas, ¿había contacto?

M. G. N. Don Daniel, entre sus virtudes, a pesar de que a veces fue muy violento, era un hombre muy talentoso. Por ejemplo, pensemos cuando funda en 1951 *Historia Mexicana*. Invitó para el consejo de redacción a Silvio Zavala, Wigberto Jiménez Moreno, Arturo Arnáiz y Freg... Me faltan como dos o tres...²⁶

G. Z. Sí, un grupo más plural... no todos necesariamente.

M. G. N. Ahora, es muy importante que yo recuerde esto. Como don Silvio trabajaba en el Museo Nacional de Historia cuando lo dirigía don Wigberto Jiménez Moreno, a pesar de que formaba parte del consejo de redac-

²⁶ Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas y Agustín Yáñez.

ción de *Historia Mexicana*, como sabía que yo trabajaba con don Daniel en el seminario alguna vez me pidió que yo fuera el conducto para proponerle una colaboración a Cosío Villegas, en lugar de que él directamente se lo ofreciera.

Eso ¿qué significa? Que —como en más de una polémica sale a flote— aunque don Daniel había establecido ese consejo de redacción de manera plural, sin duda él era la cabeza, y una cabeza dictatorial. Pero hay que decir en descargo de don Daniel que tuvo la honradez y el valor de llegar a publicar alguna reseña crítica, muy crítica de alguno de los temas de la *Historia moderna de México* en *Historia Mexicana*. Eso no es fácil.

HISTORIA MEXICANA

G. Z. Ahora que menciona *Historia Mexicana*, ¿había alguna otra revista similar en el campo de la historia?

M. G. N. Yo creo que los *Anales del Museo Nacional de Historia y Arqueología* sería la gran obra, que incluso es mucho más vasta. Don Alfonso Caso, que estaba en el consejo de redacción de *Historia Mexicana*, era de la misma generación que don Daniel. Don Alfonso, el arqueólogo, era el hermano menor de don Antonio, el filósofo.

G. Z. Están los *Anales*, claro, pero los *Anales* surgen hacia 1880.²⁷

M. G. N. O principios del siglo XX...

G. Z. Es la época del porfiriato... Ése sería el antecedente, es la revista que inaugura las publicaciones científicas nuevas...

M. G. N. Bueno, no olvidemos que hay otras revistas importantes, la *Revista Positiva* (1901-1914), si mal no recuerdo, que hacen los positivistas más ortodoxos, encabezados por Porfirio Parra.

G. Z. Pero no es una revista de historia...

²⁷ *Anales del Museo Nacional de México* comenzó a aparecer en 1877.

M. G. N. No, pero sí hacen artículos de historia.

G. Z. Sí, y ahí hay otras publicaciones...

M. G. N. Estoy pensando en una publicación muy importante que no es exactamente igual, pero que no debemos olvidar: el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* que hicieron los más eminentes conservadores y liberales de mediados del XIX. O sea, que hicieron hace 150 años.

G. Z. Sí, el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, pero en términos de una publicación periódica que tiene regularidad...

M. G. N. *Historia Mexicana* fue una novedad.

G. Z. Es probable que sea la primera que reúne diferentes tipos de trabajos... En ese sentido aparece una primera publicación especializada en historia en la UNAM. También van apareciendo otras...

M. G. N. Qué bueno que menciona usted la Universidad Nacional, porque la *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* publica artículos de sus diferentes departamentos que son Filosofía y Letras. Publican buenos artículos.

G. Z. Y está *Cuadernos Americanos*.

M. G. N. En *Cuadernos Americanos* el propio Cosío Villegas había escrito. Ahora, como se sabe, *Cuadernos Americanos* es una obra que hizo Jesús Silva Herzog y que reunió a intelectuales, liberales y marxistas mexicanos, y a los españoles republicanos. Y, por cierto, ahí publica don Daniel un artículo también muy controvertido, "Reflexiones coreanas", en el que él, en cierta forma, apoya la guerra de Estados Unidos a Corea. Por eso choca con Silva Herzog y con los que estaban en la izquierda.²⁸

²⁸ Fundada por Jesús Silva Herzog, *Cuadernos Americanos* comenzó a aparecer en enero de 1942. "Reflexión coreana", *Cuadernos Americanos*, nov-dic., pp. 45-50. También en *Sur*, núm. 192-194, 1950, pp. 170-181.

EL JUEZ, EL HISTORIADOR Y LA ECUANIMIDAD

G. Z. Si compara con su experiencia en la *Historia moderna de México*, puede decir que usted se formó como historiador...

M. G. N. Mi arranque está en mi tesis *El pensamiento político de Lucas Alamán*, que escribí en un par de años bajo la dirección de Arturo Arnáiz y Freg. Creo que nació por 1915. Fue muy brillante; tuvo un gran éxito de público y conocía ciertos aspectos fundamentales de la historia política de la primera mitad del XIX. Ése es mi punto de arranque. Ahora veamos cómo prosigue mi formación en la segunda mitad del XIX, en el seminario de Historia Moderna de México. No sé si alguna vez he llegado a comentar aquí que en un principio don Daniel quería escribir, cuando empezamos, la república restaurada y el porfiriato, y la Revolución mexicana cerrándola en 1940. En medio año se dio cuenta de que eso era imposible. Entre las personas que estaban trabajando en esto último estaba, entre otros, Pablo González Casanova.

Ahora, como don Daniel no quitaba el dedo del renglón de escribir sobre la Revolución mexicana, que en aquel entonces llamábamos historia contemporánea, era una historia arqueológica que iba a llegar hasta 1940. Cuando yo había avanzado mucho en *La vida social del porfiriato* empecé a prepararme para que al terminar ese tomo me fuera a estudiar a París los temas fundamentales que yo había trabajado en esa obra.

Uno de los últimos libros que he revisado es el de Martín Quirarte, buena panorámica de la historia de México, con una dedicatoria muy cariñosa: "A Moisés González Navarro, quien con tanta ecuanimidad ha trabajado en la historia de México".²⁹

Ahora, esta narración que hace Martín —somos paisanos, tapatíos, colegas, amigos, tenemos una relación muy cordial—, ¿hasta qué punto este juicio de Martín, sobre mi ecuanimidad como historiador, puede relacionarse con mi experiencia como juez? Ése podría ser mi punto de partida. Yo creo que sí hay puntos de reflexión. Mi experiencia como juez... A muy temprana edad tuve una responsabilidad muy alta, enfrenté por lo menos dos problemas muy importantes. Creo recordar cuando el presidente del Tribunal Superior de Justicia me pidió que yo dictara una sentencia en de-

²⁹ Martín Quirarte, *Visión panorámica de la historia de México*, México, Editorial Cultura, 1967.

terminado sentido... Sólo lo escuché. Y cuando me enfrenté con un primo hermano de Lázaro Cárdenas del Río, quien hizo que me degradaran... Me quisieron enviar a un juzgado de mucha menor importancia. Pero, afortunadamente, pude regresar a El Colegio de México. De esa experiencia como juez saco yo el valor de la dignidad. ¿Cómo relacionar el valor de la dignidad con la ecuanimidad que Martín resalta? Yo creo que sí hay alguna relación.

G. Z. ¿Sí encuentra usted relación entre la ética del juzgado y la ética del historiador?

M. G. N. Yo creo que sí hay relación. Si yo me hubiera doblegado como juez —y la presión fue muy grande— eso se habría reflejado en mi trabajo. Yo no podría haber sido ecuaníme. Yo tendría que haber tomado una posición por algún interés de diferente naturaleza en mi obra como historiador. Yo estoy enfrentándome, como juez, a dos altas personalidades y estoy enfrentándome, como historiador, a la necesidad de esforzarme lo más posible en el conocimiento histórico y por expresarlo, sin importarme las consecuencias. Fue la fortuna lo que quizá se pueda relacionar con esto, el trabajar muchísimos años al lado de don Daniel Cosío Villegas. Yo lo conocí en 1943, cuando él era director del Fondo de Cultura Económica y, al mismo tiempo, secretario de El Colegio de México. Seguí tratándolo. Él fue quien me invitó, a la mitad de 1950, a trabajar en el seminario de Historia Moderna de México. Trabajé con él siete años. Quizá los mejores de mi juventud, junto con el medio año que fui juez.

Ahora, en el año de 1947 don Daniel Cosío Villegas publicó “La crisis de México” en *Cuadernos Americanos*, que causó un enorme escándalo. En cierta forma era la crisis de México vista a través de una crisis personal de don Daniel. Acababa de tomar posesión de la presidencia de la república Miguel Alemán, quien había sido su alumno en la entonces Escuela Nacional de Jurisprudencia. Alemán, como se sabe, llevó a su gabinete a buen número de sus antiguos compañeros de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y a algunos de sus profesores, pero no llevó a don Daniel. ¿Y por qué no lo lleva? Porque una de las características de don Daniel era su Independencia, que rayaba en altivez y en arrogancia.

Estoy pensando hasta qué punto, siendo yo tan joven entonces, estar tan cerca de don Daniel, durante siete años... Don Daniel se enfrentó a Miguel Alemán, y a todo lo que representaba el punto del cenit del PRI.

Ahora, ¿en qué forma esto influye en mí? Yo creo que el ejemplo de Independencia no hace sino corroborar mi Independencia, como yo la manejé como juez. Y ésa sería la vertiente que tal vez no conocía del todo Martín Quirarte, y que lo lleva a destacar, como una característica principal de mi obra como historiador, la ecuanimidad.

G. Z. Y hay otro aspecto que usted también evocaba la vez pasada, y que a lo mejor tiene que ver con los temas que uno selecciona como historiador... Esta experiencia del "México bronco". Un México que tiene instituciones, instituciones republicanas, pero que quizá no son suficientemente institucionales... Su institucionalidad es muy frágil porque se presta todavía a que grandes personajes, grandes personalidades puedan tener una gran influencia. Usted platicaba cómo se tuvo que enfrentar a estas figuras locales, caciques, caudillos. Es decir, esta experiencia de un México profundo, ¿cómo podría relacionarse? O, a lo mejor no tiene relación con alguno de los temas que usted ha investigado como historiador. Pienso en la cuestión de los caciques, de los caudillos, de la historia política que usted ha escrito.

M. G. N. Sí. Bueno... Sí hay una relación. Estoy pensando que yo dirigí la tesis de Fernando Díaz, alumno mío colombiano, quien hizo su tesis doctoral aquí en El Colegio, precisamente sobre caudillos y caciques. Estudió y tenía como cacique a Juan Álvarez y como caudillo a Santa Anna. Yo le dirigí la tesis a Fernando Díaz.³⁰ Creo que es una tesis muy bien lograda. Y quizá yo tenía, inconscientemente, cuando platicaba con Fernando Díaz sobre el desarrollo de su tesis, mi experiencia con un cacique que podría ser el primo hermano de Lázaro Cárdenas del Río. Y siendo primo hermano del cacique de materia hacendaria en Sayula, y siendo Lázaro Cárdenas del Río el caudillo, uno de los grandes caudillos de la Revolución mexicana, yo creo que eso tiene que haber influido mucho, por lo menos inconscientemente, en la sensibilidad que señala Martín.

Estoy pensando en mis aproximaciones y mis diferencias con don Daniel y que quizá, en parte, también vaya por ahí el juicio de Martín. Don Daniel tenía una tradición de anticlericalismo, siglo XIX, muy juarista. Y cuando yo escribí *El porfiriato: La vida social*, yo señalé la importancia de los congresos católicos, en particular la participación del obispo José Mora del Río a partir de 1903.

³⁰ Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques: Santa Anna y Juan Álvarez*, México, El Colegio de México, 1971.

Quizá, por una condición personal, yo ahondé mucho en este tema y en el seminario de Historia Moderna. Yo no puedo olvidar que a don Daniel le sorprendió algo que para él era totalmente desconocido. En su anticlericalismo, él jamás había imaginado que grandes personajes del arzobispado mexicano o sacerdotes de menor categoría y, por supuesto, seculares, hubieran hecho alguna reflexión valiente, enérgica... Si se quiere, limitada, después de todo ellos no eran los que estaban fuera del sistema. Lo que estaban haciendo era protestar contra algunas de las manifestaciones más injustas de ese sistema, pero de todos modos estaban dando un testimonio. Yo no olvido que para don Daniel eso fue un impacto tremendo, o sea, así como yo había estado asimilando toda la experiencia no sólo docente sino de la personalidad extraordinaria de don Daniel, a don Daniel eso le causó un impacto muy grande.

G. Z. ¿Y cómo reaccionó don Daniel?

M. G. N. Reaccionó aceptando que quedara escrito como yo había escrito. Quizá Martín Quirarte, que tenía una formación muy marcada en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional, se sorprendió mucho en ese aspecto de mi libro *El porfiriato: La vida social*.

G. Z. O sea que en ese momento de los cuarenta y cincuenta todavía tiene peso esa división del siglo XIX.

M. G. N. ¡Enorme!

G. Z. De historiadores supuestamente católicos e historiadores anticlericales.

M. G. N. Y no sólo anticlericales: liberales, anticatólicos, masones y del otro lado clericales, católicos y reaccionarios.

G. Z. ¡Pesaba mucho!

M. G. N. ¡Pesaba mucho, y pesa! Voy hacer una referencia a un asunto que ocurrió hace unos cuantos días.

El jefe de gobierno del Distrito Federal, en sus 20 puntos en que se autodestapa como precandidato a la presidencia de la república en el zócalo

de la ciudad de México, empieza por darnos una lección de historia.³¹ Él dice que los grandes personajes de la historia de México son Morelos, Juárez y Lázaro Cárdenas. Yo me pregunto: ¿por qué Morelos y no Hidalgo? ¿Por qué Lázaro Cárdenas y no Emiliano Zapata? Y yo encuentro que cuando menos Hidalgo y Zapata eran guadalupanos. El jefe de gobierno del Distrito Federal visiblemente quiere deslindarse del guadalupanismo, que también invocó, al inicio de su campaña, el actual presidente de México. De modo que hace unos cuantos días, yo veo repercusiones de las luchas de mediados del siglo antepasado —el siglo XIX—, de las luchas de mediados del siglo pasado —el XX—, que se reflejan, por ejemplo, en el folleto de ese artículo tremendo de don Daniel Cosío Villegas sobre “La crisis de México”, en el que por cierto habla de la mano del clero que paga motines. Está hablando con un lenguaje que le hubieran envidiado los liberales del siglo XIX.

G. Z. La personalidad de don Daniel...

M. G. N. Voy a concluir con el jefe del Distrito Federal. Él dice Morelos, Juárez, Lázaro Cárdenas... Y yo le preguntaría, si tuviera ocasión algún día de levantarme a las cuatro de la mañana para llegar de Cuernavaca al palacio del Distrito Federal a las conferencias que da a las siete de la mañana: “¿En qué Juárez está usted pensando, señor mío: en el Juárez clerical gobernador de Oaxaca, en el Juárez anticlerical de la reforma, en el Juárez republicano que fusila a Maximiliano, o en el Juárez burgués de la república restaurada?” Ésa sería la pregunta que yo le haría a ese señor.

G. Z. ¿Y qué le respondería? Lo tendría que forzar a leer un poco más de historia...

M. G. N. O a preguntarle a mi colega y amigo muy querido Enrique Semo, que lo tiene muy cerquita.³² Por cierto que, entre los libros que estoy revisando actualmente, revisé un libro que coordinó Enrique Semo precisa-

³¹ Se refiere al discurso del entonces jefe de gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador, pronunciado el domingo 29 de agosto del 2004. Esto sucede en el contexto del conflicto surgido entre el jefe de gobierno y el presidente Vicente Fox a propósito del “desafuero” del primero.

³² En el momento de la entrevista el historiador Enrique Semo estaba encargado del Consejo de la Cultura y las Artes del Gobierno del Distrito Federal.

mente: *México, un pueblo en la historia*.³³ El libro tiene una clara orientación marxista, como trata todo lo de Semo. El libro es útil. Y justamente en ese libro, por un lado, se destacan las prendas personales de Juárez, indiscutibles; pero por otro lado, se caracteriza con acierto que Juárez representa el triunfo; el punto de arranque de la burguesía en México.

G. Z. Claro, son aspectos paradójicos que merecen ser considerados. Volviendo a don Daniel y el problema de la institucionalidad, es decir, de los años cuarenta... Es una década, por lo que usted deja ver, muy rica...

M. G. N. Y un poquito antes, recordemos que en 38, si mal no recuerdo, se funda el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Y en 39 se funda La Casa de España en México, que dos años después se transforma en El Colegio de México. Y hay por ahí otra de las grandes instituciones culturales de México en estos años.

G. Z. Una ciudad de México muy habitable, agradable y estimulante... ¿Cómo organizaba usted sus horarios?

M. G. N. Yo podía correr de mi domicilio en la colonia Juárez al Centro Histórico a tomar clases, regresar a mi domicilio a la colonia Juárez y desayunar; correr de la colonia Cuauhtémoc a mis clases a El Colegio; regresar a mi domicilio a la colonia Juárez a estudiar, comer; regresar a El Colegio de México y luego irme otra vez al Centro Histórico.

G. Z. Y escuchar a todo tipo de gente...

M. G. N. Qué bueno que lo dice usted. Yo creo que por Manuel Ávila Camacho, siendo secretario de Educación (Octavio) Véjar Vázquez,³⁴ se funda El Colegio Nacional, que me quedaba a escasamente una cuadra de mi Escuela Nacional de Jurisprudencia. En mis ratos libres, entre clase y clase cuando había huecos, o cuando no iba algún profesor, yo me daba tiempo para ir a El Colegio Nacional a oír a Clemente Orozco y a Diego Rivera, a Enrique González Martínez y a José Vasconcelos, a don Alfonso Reyes. Aunque a don Alfonso yo lo conocí muchísimo más de cerca en El Colegio de México.

³³ Véase nota 24.

³⁴ Secretario de Educación Pública en 1941-1943.

G. Z. Y usted ¿qué pensaría de la denominación utilizada por el historiador Enrique Krauze para calificar a estos intelectuales de “caudillos culturales”? ¿Esta noción política tiene vigencia?

M. G. N. Yo creo que sí... En el sentido de que “caudillo” —y usted eso lo sabe mejor que yo— tal vez venga del latín, son cabezas... Ellos crean las grandes instituciones.

G. Z. ¿Pesan mucho en ese momento?

M. G. N. ¡Muchísimo! Unos crean instituciones. Pensemos en la generación de 1915: don Alfonso Reyes crea El Colegio de México, Alfonso Caso crea el Instituto Nacional Indigenista, Vicente Lombardo Toledano crea el Partido Popular... Bueno —y de memoria— eso es lo que me viene a la cabeza.

G. Z. Usted comentaba también que otra de las personalidades de esa época es don Silvio Zavala...

M. G. N. Don Silvio Zavala es otro de los grandes de esa época, aunque tiene otras características. Empecemos por recordar que don Silvio Zavala es yucateco.

G. Z. ¿Y eso qué significa?

M. G. N. Significa yucateco de la casta divina; aunque él no haya utilizado su ascendencia y su origen para explotar a los indios mayas, al contrario. Estudió las instituciones coloniales con tanta excelencia... *La filosofía de la conquista*, 12 tomos de *La historia del trabajo en Nueva España*.³⁵ Un claroscuro del trabajo indígena, que no todo es servidumbre. ¡Hay luz! Y yo creo, recordando la palabra que me aplica Martín Quirarte, que en la historiografía mexicana difícilmente hay alguien a quien se le pueda aplicar mejor el concepto de “ecuanimidad”.

Es admirable en él, por su origen social. Y no olvidemos que don Silvio se fue, después de graduarse de abogado aquí en México, a hacer su doctorado en historia con Ramón Menéndez Pidal a Madrid. Y no olvidemos que cuando estalla la Guerra Civil don Silvio está del lado de la república.

³⁵ Véanse Silvio Zavala, *La filosofía política de la conquista de América*, México, FCE, 1947 y *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España*, México, FCE, 1939-1946.

Él puede conciliar perfectamente, y yo diría que congruentemente... Está del lado de la república y ve el pasado de las instituciones coloniales en México como un claroscuro.

G. Z. ¿Usted conoció a Rafael Altamira?³⁶

M. G. N. Sí, aunque no lo traté, no conversé con él. Él me llevaba muchísimos años, él era un personaje, yo era un chiquillo.

G. Z. Casi como Justo Sierra, ¿verdad?

M. G. N. Sí. Él era un personaje... Pero sí recuerdo haberlo visto en El Colegio. Era amigo de don Alfonso Reyes y, por supuesto, había sido maestro de don Silvio Zavala.

G. Z. Y entonces, hay un Silvio Zavala por un lado, un Daniel Cosío Villegas por el otro, y hay un tercero en discordia que es Alfonso Reyes.

M. G. N. Bueno, yo traté a don Alfonso Reyes un poco, porque don Alfonso era precisamente presidente de El Colegio cuando yo ingresé a El Colegio. Don Alfonso acostumbraba pasarse buena parte del día, y a veces un rato en la tarde, en El Colegio, atendiendo los negocios de El Colegio o asuntos personales. A ratos se asomaba a donde estábamos los estudiantes de Estudios Sociales que teníamos nuestro rinconcito en la biblioteca en Pánuco 63. Se asomaba... Platicaba con nosotros... Don Alfonso tenía, entre otras grandes virtudes, una capacidad de sonreír, de ser amable, de hacer sentir a sus interlocutores que podían expresarse con la mayor confianza con él. Nada más ajeno a don Alfonso que la pedantería o la arrogancia. Por eso yo no olvido, me parece que fue el año de 1958 —estando yo estudiando en París—, cuando gracias a Marcel Bataillon, que en ese momento era presidente de El Colegio de Francia, le dieron el doctorado *honoris causa* por la Sorbona a don Alfonso. Yo naturalmente fui a la ceremonia y me sentí muy conmovido. Eso fue como un año antes de la muerte de don Alfonso.

G. Z. Antes de morir, ¿verdad? En el año 56...

³⁶ Rafael Altamira (1866-1951), maestro y director de la tesis doctoral de Silvio Zavala en Madrid, y después, al final de su vida, maestro en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

M. G. N. No, don Alfonso ha de haber muerto por el 59.

G. Z. Fue cuando le dieron el doctorado.

M. G. N. Yo creo que en el 58 —porque yo estuve en aquel entonces en París de octubre de 57 hasta junio de 58—, porque luego me fui a trabajar a Madrid, julio, agosto y septiembre. Yo estaba en París cuando le dieron el doctorado *honoris causa*.

Es fundamental don Alfonso para entender El Colegio de México. Sin él y sin don Daniel este Colegio no existiría. Y sin él y sin los españoles este Colegio no existiría. Sin él y sin los españoles no existiría el Fondo de Cultura Económica.

G. Z. ¿Don Silvio lo invitó a usted a trabajar en el Museo Nacional de Historia?

M. G. N. Me llevó al Museo Nacional de Historia, me dieron la plaza de pasante de Historia. Creo que yo ganaba como 360 pesos.

G. Z. ¿Eso era su ingreso de la época?

M. G. N. En un primer momento, sí.

G. Z. ¿Y con 360 pesos qué podía hacer?

M. G. N. Bueno, pero hay un momento en que no me corresponde a mí, porque tuve mi beca de El Colegio. El Colegio me concede la beca para que en el 46 y 47 hiciera mi tesis sobre Alamán. Y más o menos podía salir adelante.

G. Z. ¿Usted podía vivir con ese salario?

M. G. N. Por cierto que yo vi hace poco, en uno de los muchos artículos que se han estado publicando sobre mi profesor Víctor Urquidi, que alguien, y creo que de aquí de El Colegio de México, dice que Urquidi ingresó a El Colegio ganando 120 pesos, lo cual es ¡falsísimo! A los estudiantes provincianos nos daban 120 pesos, a los chilangos les daban 100, pero Urquidi no ganaba eso, Urquidi ganaba 600.

G. Z. ¿Pero él ingresa en el 43?

M. G. N. Sí, Urquidi fue mi profesor los tres años que yo fui estudiante en el Centro de Estudios Sociales (43, 44, 45). Yo conservé la amistad con él hasta antes de que muriera. Fui a saludarlo, su cubículo está a unos cuantos metros del mío; fui a preguntarle por qué razón el maestro José Medina Echavarría (director del Centro de Estudios Sociales y director de la sección de Sociología del Fondo de Cultura Económica) dejó México. Urquidi fue muy directo: “Porque ya no podía trabajar con Cosío Villegas”. Yo escribí un librito que se llama *José Medina Echavarría en México*, lo trabajé entre otras fuentes con el Archivo de El Colegio de México. Yo estudié toda la correspondencia que se cruza con don Alfonso Reyes, quien le pide a Medina Echavarría que se regrese a El Colegio y le ofrece, para que entendiera que su regreso dependía exclusivamente de él, como para que no pensara que podía intervenir don Daniel Cosío Villegas. Yo leí la correspondencia de don Daniel Cosío Villegas con Medina Echavarría donde le pregunta de su estancia allá, de su docencia y de los problemas de la distribución de los libros del Fondo de Cultura Económica en La Habana. Yo leí comunicaciones de algún otro secretario de El Colegio de México, de Lorenzo Valle. ¡Ojalá pueda yo publicar ese libro!

G. Z. Pero cuénteme su experiencia en el Museo Nacional de Historia.

M. G. N. Mi experiencia en el Museo Nacional de Historia fue muy rica. Tuve la fortuna de tener como compañeros a Enriqueta López Lira, quien había sido alumna de la primera generación que empieza en 1941 en Historia, con don Silvio Zavala. Enriqueta se casó con Hugo Díaz Thome, paisano mío también de esa generación. Enriqueta y yo fuimos compañeros en el Museo Nacional de Historia. Otro compañero fue un paisano o cuasi paisano mío, Alfonso García Ruiz, también de esa primera generación de Historia. Y dije cuasi paisano porque nació en Chihuahua por accidente, porque su familia es muy tapatía. De modo que yo tenía la ventaja de convivir con compañeros que, no me agrada decir en el sentido escolar, pero que pertenecíamos a los pequeños grupos de El Colegio de México.

G. Z. ¿Y en qué consiste el trabajo?

M. G. N. Yo, sobre todo, creo que para el Museo Nacional de Historia lo

más importante que pude haber hecho es haber organizado el antiquísimo archivo de fotografías... Las clasificaba. Y dejé eso bien formado.

G. Z. ¿Esto forma parte actualmente de la Biblioteca o del Museo de Antropología?

M. G. N. No, eso creo que se lo llevaron a Pachuca; pero el punto de arranque de la organización lo di yo en el Museo Nacional de Historia. Ahora, en el Museo Nacional de Historia tuve una experiencia muy interesante. Don Silvio Zavala nos pidió a Enriqueta, a Alfonso, a mí y al director del Departamento de Historia del Museo que los domingos guiáramos gratis las visitas al público en el castillo de Chapultepec. Nosotros estábamos en el Museo en el propio castillo.

G. Z. ¿Estaban como investigadores o profesores?

M. G. N. No. Éramos profesores.

G. Z. ¿Enseñaba en el Museo?

M. G. N. No. Entonces no había docencia. Yo tenía un nombramiento de pasante de historiador y mi trabajo era como investigador, por eso pude organizar el Archivo. Entonces don Silvio Zavala, esto es interesante, nos pidió que a título gratuito nos alternáramos los domingos para ir por las mañanas para guiar al público en el Museo Nacional de Historia.

G. Z. ¿El Museo dependía de la Secretaría de Educación Pública?

M. G. N. Sí. De manera más inmediata, del Instituto Nacional de Antropología e Historia y, a su vez el INAH de la SEP.

G. Z. Y cuando está ahí, no se imagina todo lo que vendrá después...

M. G. N. ¡Por supuesto que no!

G. Z. Experiencias que se fueron tejiendo sobre la marcha...

M. G. N. Día a día se fue nutriendo.

G. Z. Y se fue encontrando con estas personas...

M. G. N. Yo creo que tuve la oportunidad en Estudios Sociales de que la mitad de mis maestros hayan sido de los mejores españoles: (José) Medina Echavarría, (Manuel) Pedroso, (José) Gaos, Vicente Herrero; la otra mitad mexicanos tan ilustres como Agustín Yáñez, Antonio Martínez Báez, Mario de la Cueva y los muy jóvenes, (Víctor) Urquidi y Josué Sáenz, eran lo mejor.

G. Z. Cuando se revisa la biografía de Silvio Zavala uno ve que en un tiempo muy corto se convierte en una figura, porque es muy joven. ¿Cómo lo explica usted?

M. G. N. Don Silvio se jacta de que es el miembro de la Academia Mexicana de la Historia que ingresó más joven. Yo creo que se debe a que tuvo la ventaja de haber hecho sus estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Incluso don Silvio destaca que fue alumno de una gente como Narciso Bassols, uno de los grandes ideólogos del marxismo en México, junto con Vicente Lombardo Toledano. Don Silvio Zavala no milita en el marxismo, por eso es muy interesante preguntarse cómo pudo influir Narciso Bassols en su formación.

G. Z. Claro, es... un ángulo que no ha sido trabajado, y él en general ha sido muy discreto.

M. G. N. Peca por ese lado, demasiada discreción. Don Daniel pecaba por el lado contrario. ¡Muy extrovertido!

G. Z. Y seguro de sí mismo...

M. G. N. Y a veces se pasaba de la raya en la agresividad... En cambio, don Silvio Zavala, ¡muy contenido! Nunca le oí una palabra de más, pensaba siempre antes de hablar.

G. Z. Toda una ascesis... que puede parecer hasta rígida, incluso en su manera de trabajar.

M. G. N. Pero cuando menos uno puede decir... ¡Muy rigurosa! Quizá no rígida, pero sí... ¡muy rigurosa!, aunque puede rayar en la rigidez.

G. Z. Cuando lo llama don Daniel, ¿dónde se encontraba?

M. G. N. Yo estaba en Sayula, Jalisco.

G. Z. ¿Él lo busca a usted?

M. G. N. Sí, me pone una carta y me dice: “Mire, a partir del 1 de julio voy a iniciar un seminario de Historia Moderna de México”.

G. Z. ¿Esto es en el año 50?

M. G. N. Sí. El seminario empieza en julio del 50. Yo estaba en Sayula trabajando y... ¡Me cae de perlas!, porque me llega la invitación de don Daniel unos cuantos días antes de que yo hubiera chocado con el primo de Lázaro Cárdenas, que ocasionó que me hubieran degradado, y que me permitió aceptar la invitación de don Daniel y decirle al Supremo Tribunal de Justicia del estado: “Hace mucho calor en la costa... No me voy para allá... ¡Me regreso a México!”.

G. Z. Y entonces se viene a México.

M. G. N. Me vengo a México. Yo había conocido a don Daniel cuando ingresé a El Colegio en 43, porque él era el secretario, y como además era el director del Fondo de Cultura Económica, yo lo veía todo el día. Pero, además, inicia un seminario de Problemas de México en el que don Daniel —si mal no recuerdo— habló de los problemas sociales. De modo que en ese sentido fue mi profesor en el sentido escolar. Me acuerdo que de los problemas de salubridad habló el doctor Manuel Martínez Báez, hermano de mi maestro Antonio Martínez Báez; de los problemas demográficos habló Gilberto Loyo, que era el gran demógrafo de la época. Así que ya había conocido a don Daniel como profesor. Me invita, me dice: “Va a haber este seminario... Quiero que usted se encargue de *El porfiriato: La vida social*”.

G. Z. ¿Cómo fue? ¿Se reunieron?

M. G. N. Yo dejé el juzgado de Sayula, me vine a México. Tuvimos unas reuniones en las que don Daniel nos explicó cómo iba a funcionar el semi-

nario, que tenía como domicilio una sala muy grande de la Biblioteca de Hacienda, que comprendía tres bibliotecas: la de Historia que era la más cercana a nosotros, la de Legislación y Jurisprudencia y la de Economía, que estaba en la bellísima vieja capilla imperial.

GZ: ¿Está dentro del Palacio Nacional?

M. G. N. Sí, pero no en la misma parte donde estaban Historia y Legislación y Jurisprudencia. Don Agustín Yáñez, que era el director de la Biblioteca de Hacienda, le prestó a don Daniel una sala muy grande, instaló unas mesas y unas sillas; don Daniel estaba en la cabecera de la sala, y nosotros íbamos por nuestros libros.

G. Z. ¿Y ya conocía usted a los otros miembros?

M. G. N. Ahí nos conocimos... ¡Hicimos muy buena amistad! Ya conocía a Luis González... Lo conocí a mediados de 45... Creo que cuando me visitó en Guadalajara para preguntarme qué era El Colegio de México... Porque él se quería venir a estudiar al Centro de Estudios Históricos.

G. Z. ¿A nadie más?

M. G. N. Bueno, y conocía a Emma Cosío, la hija de don Daniel... porque ella fue compañera de Luis como estudiante en el Centro de Estudios Históricos.

G. Z. No sabía que hubiera estudiado historia. Es la hija, ¿verdad?

M. G. N. Sí, es la hija; porque el hijo murió. Bueno, pues ahí conocí a los demás miembros. Mi ayudante fue Carolina González Valadez, de familia tapatía y, por cierto, tengo fotografías en las que estamos ella y yo manejando unos periodicotes. ¡Carolina era una muchacha extraordinaria!... La adornaban prendas físicas espléndidas... Una muchacha muy bonita... Y sus prendas morales eran... ¡Súper! Yo la quise mucho. Murió, por cierto, ¡muy joven!

G. Z. ¿Ella se dedicó a la historia también?

M. G. N. Sí... Pero se casó con un economista y se retiró de eso... Pero murió. Yo conservo la amistad de una hermana de Carolina, Josefina. Josefina se casó con Ernesto Lemoine... Un historiador muy conocido. Ernesto y yo fuimos muy buenos amigos también. Con Josefina, de cuando en cuando, hasta hace algún tiempo, yo tenía trato... Sobre todo a través de Lilia Díaz... Pero hace tiempo que no platico con Josefina.

G. Z. ¿Cómo se organizaba un seminario?

M. G. N. La organización del seminario fue así... ¡Había cabezas! Yo era cabeza de *La historia social del porfiriato*, Luis era cabeza de *La historia social de la república restaurada*, Paco Calderón de *La vida económica de la república restaurada*. Le costó mucho trabajo encontrar una cabeza adecuada a don Daniel para *La vida económica del porfiriato*, ¡mucho! Hubo cuatro o cinco candidatos, buenos economistas, pero quizá no buenos historiadores... Y no funcionaban... Hasta que se sacó la lotería con Fernando Rosenzweig, que es el que sacó adelante la vida económica. La idea era que las cabezas dirigiéramos a nuestros ayudantes.

G. Z. ¿Cuántos ayudantes tenían?

M. G. N. Yo tuve dos... pero temporalmente. En un principio fue mi ayudante Magdalena Yáñez, hija de don Agustín. Magda estaba haciendo su licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía de la UNAM. Don Agustín le pidió a don Daniel que si podía hacer una especie de entrenamiento... De aprendizaje, sin sueldo... para que conociera la investigación de Magda. Don Daniel me la pasó a mí, quizá pensando en que Magda era hija de un antiguo maestro mío, tapatío además... Y trabajó conmigo una buena temporada. Yo todavía algunas veces en Guadalajara saludo a Magda, es muy cariñosa... Y yo, por supuesto, la quiero mucho también.

Bueno, nosotros dirigiámos las lecturas de libros, de periódicos, de memorias, de nuestros ayudantes. Las cabezas íbamos redactando las presentaciones preliminares, hacíamos un texto, circulaba entre todos los miembros del seminario, cabezas y ayudantes... Y don Daniel abría la discusión, y ahí... ¡Nos decíamos hasta la despedida! Pero después de decirnos hasta la despedida, nos abrazábamos. Porque hicimos una amistad muy profunda... Al grado de que, por ejemplo, yo acabo de invitar —y espero verlo hoy al ratito aquí en México— a Paco Calderón, a quien justamente se premió

su *Vida económica de la república restaurada* con el Premio Nacional de Economía. Yo conservo la amistad de Paco.

G. Z. Francisco Calderón...

M. G. N. Francisco Raúl Calderón Vasconcelos, primo hermano de José Vasconcelos... A pesar de que se llevaban como 30 años. ¡Es un caso curioso!

G. Z. ¿Había algún precedente de este tipo de trabajo?

M. G. N. Bueno, don Silvio Zavala organizó en el Centro de Estudios Históricos algunos seminarios, pero no tuvieron la amplitud ni la permanencia del que organizó don Daniel.

G. Z. Y sobre todo con este carácter tan sistemático como usted menciona.

M. G. N. Ahora, estoy pensando si en una disciplina semejante, la empresa que dirigió Manuel Gamio sobre el valle de Teotihuacan de alguna manera se relacione o tenga alguna semejanza, porque fue una empresa organizada por una cabeza. Gamio era joven pero tenía una buena formación.

G. Z. Y contaba con fondos económicos...

M. G. N. Sí. ¡Tuvo muchos apoyos! Tenía una buena formación con el gran antropólogo norteamericano Franz Boas.

G. Z. Sí, con Franz Boas de la Universidad de Columbia en Nueva York.

M. G. N. Nada menos. Bueno, Gamio fue cabeza de ese grupo, y tuvo varios ayudantes que hicieron las investigaciones parciales. Uno de sus ayudantes fue Lucio Mendieta Núñez, quien después se convirtió en el caudillo de la sociología en la Universidad Nacional.

G. Z. ¿Y Cosío Villegas conoció a Gamio?

M. G. N. Sí, sí lo conocía. Incluso don Daniel, cuando funda *Historia Mexicana*, invitó a Gamio a escribir en *Historia Mexicana*.

METODOLOGÍAS

G. Z. ¿Su libro sobre Lucas Alamán es más una historia de las ideas...?

M. G. N. El pensamiento social, el pensamiento económico y el pensamiento político de Alamán tienen el mismo rango los tres. Yo creo que por eso don Daniel me invitó a que colaborara yo en el seminario.

G. Z. ¿Se ubicaría usted como un historiador social o como un historiador de las ideas, o no hay esas diferencias?

M. G. N. El deslinde no es absoluto, pero sí puede uno acentuar algunos rasgos... Pero lo que usted dice así fue.

G. Z. Porque usted empieza en *Historia moderna* a utilizar otro tipo de técnicas...

M. G. N. Sí. Incluso yo incursiono moderadamente en la historia cuantitativa, al grado de que para reforzar mi apoyo estadístico logré hacerme, gracias sobre todo al apoyo de Lourdes Caire, capturista del Banco de México —del que don Daniel había sido uno de los fundadores— de material que creció tanto que, en lugar de hacer un apéndice dentro de la misma obra, don Daniel decidió que lo publicáramos como un tomo aparte: *Las estadísticas sociales del porfiriato*, que publicamos en 1956, aprovechando las buenas relaciones de don Daniel con la Dirección General de Estadística.³⁷

G. Z. ¿Ahí se va perfilando una nueva historia, se puede decir, una nueva manera de acercarse a la historia?

M. G. N. Yo diría que muy aprovechable sería comparar las dos grandes obras que estudiamos en el seminario nosotros: (Ricardo) García Granados y José Valadés y las grandes diferencias con las obras anteriores. Podría señalarse que en el seminario hicimos una obra colectiva. Yo ignoro si Valadés tiene sus negros... Yo, como soy imprudente, se lo pregunté en un homenaje al que me hicieron el favor de invitarme; se lo pregunté así a su

³⁷ *Las estadísticas sociales del porfiriato* (editor), México, Talleres Gráficos de la Nación, 1956.

hijo Diego Valadés, quien es el director del Instituto de Investigaciones Jurídicas. Es indiscutible que en el aspecto cuantitativo Valadés era muy limitado... No es un reproche... Es una apreciación —cada uno tiene su formación—, entonces tenemos como diferencia el carácter colectivo, la historia cuantitativa y ser obra dirigida por un capitán que, contra lo que había vaticinado don Silvio Zavala, es el primero en suavizar su antiporfirismo.

G. Z. ¿Y hay alguna influencia metodológica...? Por ejemplo, ¿se lee a Fernand Braudel en el seminario?

M. G. N. Estudié con (Fernand) Braudel dos años en París, en su seminario en la Escuela Práctica de Altos Estudios, cuando Braudel ya estaba consagrado, cuando ya había publicado *El Mediterráneo en la época de Felipe II*.³⁸ Yo entré a ese seminario —que estaba muy, pero muy restringido—, gracias al apoyo de François Chevalier, quien tantos años fue director del IFAL, aquí en México. Él me dio una recomendación con Braudel. Cuando yo llegué a París, uno de mis primeros pasos fue presentarme con Braudel, y él me recibió... Y fue una experiencia también muy interesante, porque Braudel trabajaba en forma de seminario y había en el seminario gente de muchas nacionalidades... Y temas con un denominador común... pero muy variado.

G. Z. ¿Y don Daniel tuvo alguna relación con Braudel?

M. G. N. Debe haber tenido alguna... pero no creo que muy íntima. El que la tuvo muy íntima fue don Silvio Zavala, entre otras cosas porque Zavala vivió muchos años en París y Braudel le tenía estimación y, puedo decir, sin temor a equivocarme, respeto, a Silvio Zavala.

EN EL AÑO DE JUÁREZ

G. Z. ¿Qué piensa sobre la función de la historia en el presente?

M. G. N. En relación con eso... No sé si voy a exagerar o a parecer oportunista por algo que estoy trabajando. Yo ahora soy muy sensible a todas

³⁸ Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (dos vols.), México, FCE, 1953 (1949).

las referencias a (Benito) Juárez y me he encontrado que varios políticos importantes hacen referencia a Juárez. Entre esos políticos importantes, quizá el que más ha machacado en el asunto es el señor (Andrés Manuel) López Obrador. Cita mucho a Juárez... Y mi impresión es que no tiene idea de quién fue Juárez... Y le atribuye frases que le parecen ¡gloriosas! Por ejemplo, dice que como Juárez, cuando él llegue a la presidencia (porque él se da por vivo, ya no se da por muerto), él tendrá un gabinete honrado... Pero usa un artículo definido, pero olvida que Juárez tuvo varios gabinetes... Y en esos gabinetes hubo pleitos entre los miembros más sobresalientes, porque tenían una concepción de fondo de lo que querían en cuanto liberales, pero con matices o incluso planteamientos un poco diferentes... y sobre todo con respecto a los medios para llegar a esos fines. Si el señor López Obrador supiera que en uno de los gabinetes más importantes de Juárez llega a tanto la violencia que (Melchor) Ocampo y Miguel Lerdo de Tejada se pelearon e incluso se insultaron... Si López Obrador supiera algo sobre Juárez, tendría que tener presente esto.³⁹

G. Z. Incluso... la figura de Juárez remite al liberalismo, por lo que López Obrador diría "soy un liberal"... ¿Qué puede significar el liberalismo hoy en día...?

M. G. N. En este sentido, me voy a referir a un libro que editó Manuel Camacho Solís, que se llama precisamente *Actualidad de Juárez*, que se editó, si no me equivoco, a principios del año pasado; libro que ya estudié.⁴⁰ En ese libro invitaron a colaborar a varios políticos... Sobre todo políticos... Lo editó Patricia Galeana en combinación con Camacho Solís. Invitaron a varios políticos; por el lado de la universidad participó Diego Valadés, el esposo de Patricia Galeana... Quizá eso explica que haya tantos abogados... Y digo abogados y no juristas. Y aquí habría que pensar si Juárez fue abogado o jurista, aunque él haya firmado las Leyes de Reforma. Y entonces, en mi opinión, la ponencia más original es la que firmó López Obrador. Y utilizo la palabra "firmó". Él dice que admira a Juárez por su liberalismo, pero que él lo completa con la política social de Cárdenas.

G. Z. Son términos aparentemente contradictorios, el Estado mexicano de la época de Juárez no es el Estado de la época de Cárdenas...

³⁹ La entrevista tuvo lugar el 17 de febrero de 2005.

⁴⁰ Manuel Camacho Solís (coord.), *La actualidad de Juárez*, México, UNAM, 2004.

M. G. N. Y la fracción de la clase dominante que triunfa con la reforma contra el imperio tiene intereses diferentes a los que representa Cárdenas. Cárdenas en ese sentido es la antítesis del liberalismo de Juárez.

G. Z. Y en perspectiva, ¿cómo ve la política actual, como historiador?

M. G. N. Para no salir de Juárez... probablemente de los candidatos a la presidencia... Porque López Obrador ya dijo que sí... Es el que más ha insistido en su admiración por Juárez, pero tengo entendido que Roberto Madrazo también lo hizo. Y no me acuerdo si fue él quien reprochó al presidente (Vicente) Fox su despegó a Juárez y su preferencia por Madero, incluso eso se refleja en las pinturas de Los Pinos, las que quitan y las que ponen. Pero hay un candidato independiente, el señor Víctor González Torres, el de las farmacias similares; hace unos dos meses escuché en un programa del canal 13, un sábado como a eso de las siete y media de la mañana, parece ser que este señor González Torres —que debe ser riquísimo y él se jacta de que es riquísimo— se gasta una buena cantidad de dinero en pagar al canal 13 una hora y, en ese programa, aparte de hacerle propaganda a sus farmacias, él se declara admirador de Juárez; dice que seguirá su política y que lo hace porque él es masón. Es una cosa bastante interesante que a estas alturas una persona se jacte tan públicamente de ser masón.

G. Z. Es como si el pasado regresara...

M. G. N. Y que para una determinada línea política, Juárez es el símbolo, y que para la historiografía (académica) Juárez es el mito.

DE HISTORIA SOCIAL, HISTORIA CONTEMPORÁNEA Y MESTIZAJE

G. Z. Dejando de lado el campo de la política y volviendo a la historia de los historiadores, ¿cuándo se empieza a usar el término de historia social?

M. G. N. La pregunta es buena. Debo decir que don Daniel Cosío Villegas, cuando organizó la *Historia moderna*, le puso a las tres líneas de nuestro trabajo vida económica, vida política y vida social. No la llama historia social o historia política o historia económica, pero los comentaristas —que

tuvimos muchos, la mayoría favorables aunque no faltaron algunos desfavorables y hasta muy agresivos— en mi caso hablaban de mi historia social, no hacían referencia a la vida social... Pero estoy tratando de recordar que yo publiqué un librito que se llama *Sociología e historia en México*,⁴¹ son seis autores, uno de ellos citó a Molina Enríquez, citó a Antonio Caso, a Porfirio Parra, que escribe una obra que llama *Historia social*... Y esto es como de mil ochocientos y tantos; así que por el título tendríamos que remitirnos a Porfirio Parra.

G. Z. Ahora, la denominación, ¿cuándo se incorpora en el ámbito académico?

M. G. N. En México, yo creo que a partir de la *Historia moderna de México*, o sea a partir de lo que hicimos tanto Luis González, Emma Cosío y Lupe Monroy con *La república restaurada*, y yo con *El porfiriato*... Y entonces empieza a difundirse esa denominación y ese tipo de investigación. Ahora, de Francia sobre todo, aunque también de Inglaterra, empiezan a llegar libros muy importantes de historia social. Estoy pensando en Inglaterra, me cuesta trabajo porque estoy hablando un poco de memoria, George M. Trevelyan escribió una historia política de Inglaterra muy gruesa y una historia social de Inglaterra —si no me equivoco— pero de Francia empiezan a llegar obras de historia social bajo ese rubro.⁴²

G. Z. Yo recuerdo que usted citaba a un autor francés, Louis Chevalier.

M. G. N. Louis Chevalier, con quien tuve muy buena relación en mi primera estancia en Francia (de 57 a 59)... Él pasó de la demografía —inicialmente fue demógrafo— a la historia social, en particular la historia de la población, o sea, la historia demográfica. Y él tiene un libro clásico de la historiografía francesa que es *Clases laboriosas, clases peligrosas*,⁴³ un libro clásico de la historia social, muy nítidamente historia social pura.

⁴¹ *Sociología e historia en México* (Barreda, Sierra, Parra, Molina Enríquez, Gamio, Caso), México, El Colegio de México, 1970.

⁴² George M. Trevelyan, *Historia política de Inglaterra*, tr. Ramón Iglesia, México, FCE, 1943; *Historia social de Inglaterra*, tr. Adolfo Álvarez-Buylla, México, FCE, 1946.

⁴³ Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses a Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*, París, Plon, 1958.

G. Z. Recuerdo que su seminario... en la Universidad Iberoamericana (1974-1976), se denominaba Historia Social. ¿Cuándo comienza a haber seminarios de historia social en México?

M. G. N. Yo creo que fue simultáneo, porque hubo un momento en el que llegué a ser profesor simultáneamente en El Colegio de México, en la Iberoamericana, en El Colegio Mexiquense y en la UNAM, y ya batallaba enarbolando la bandera de la historia social, o sea ya iba a dar mis clases o mis seminarios al amparo de la historia social.

G. Z. Y... la historia contemporánea, ¿cuándo empieza a ser aceptada como parte de la investigación histórica? Porque recuerdo que se pensaba que la historia llegaba hasta 1910...

M. G. N. Y forzando las cosas hasta 1940. Claro, las fechas son movibles en función del punto de partida de los historiadores. Y en ese sentido es interesante que yo recuerde que cuando se inició la *Historia moderna de México*, don Daniel Cosío Villegas lo hizo a los 52 años —que es una edad espléndida— y él tenía la ambición de trabajar la historia moderna. Por historia moderna entendía la república restaurada, de 1867 a 1876, y el porfiriato, de 1877 a 1910. Pero tenía la ilusión, frustrada, de que se iba a trabajar lo que él llamaba entonces la historia contemporánea, o sea de 1911 a 1940. Pensemos que eso lo tiene pensado don Daniel en 1950... Y de hecho, en el mismo seminario, Enriqueta López Lira empezó a trabajar la historia política contemporánea y Pablo González Casanova la historia social contemporánea, en las mismas fechas. Por diferentes razones ninguno de los dos, ni Enriqueta ni Pablo, continuó esa parte del proyecto, y don Daniel la aguantó sólo un semestre y se concentró en la república restaurada y en el porfiriato... Pero don Daniel tenía el proyecto.

G. Z. Después lo retomará, se va a hacer la historia de la Revolución...

M. G. N. Sí, lo llegó a pensar, pero ya no se formalizó con el mismo planteamiento. El planteamiento inicial era igual al de la república restaurada y el porfiriato, después lo replantea en otros términos y una de esas vertientes es la *Historia de la Revolución mexicana*, que incluso llega —si no me equivoco— hasta 1960. Se hizo en 22 tomitos, pero yo ya no participé en esa obra.

G. Z. Pero usted tenía su seminario de Historia Contemporánea de México...

M. G. N. Sí, como inercia, porque yo conservaba el interés y un poco la orientación.

G. Z. Usted publicó... en esos dos volúmenes de *Antología de textos*, que publicó la UNAM, sobre documentos de la historia contemporánea de México.

M. G. N. *La historia documental de México*.⁴⁴ Sí, el primero lo empieza Miguel León-Portilla. El segundo lo inicia Ernesto de la Torre con la guerra de Independencia. Yo hice tres partes, la reforma y el imperio, la república restaurada y el porfiriato, porque la parte contemporánea la hizo Stanley Ross, quien se llevó una parte muy grande de número de páginas de ese segundo tomo. Yo me estoy refiriendo al tomo segundo en el que yo colaboré, que tenía una cubierta amarilla. Pero yo, dentro de la inercia de la historia contemporánea, inercia con don Daniel, publiqué en la Universidad Nacional *Población y sociedad en México*, si no me equivoco, de 1910 a 1970; dos tomos.⁴⁵ Y eso en la inercia de la *Historia moderna*, porque en mi colaboración de *La historia moderna* empiezo con la población. Por eso esa obra en dos tomos empieza con la población, que posteriormente... Y ésta es una historia muy singular, dentro de esta misma inercia yo escribí —y no lo he publicado aunque lo tengo entregado— un libro que lo he denominado posteriormente *Un siglo de luchas sociales en México 1876-1976*,⁴⁶ que sería precisamente como lo que fue la segunda parte de la *Historia social del porfiriato*, que también es *Propiedad y trabajo*, o sea, el equivalente. Este último está inédito, está entregado, espero que se publique relativamente pronto... ¡Ojalá fuera este año! Sería la continuación de lo que publiqué en la Universidad Nacional, *Población y sociedad en México*. En lo que yo ya no incursioné es en las otras partes de mi libro *El porfiriato: la vida social, la moral social, la educación y las horas de asueto*... En eso ya no me metí.

G. Z. En cuanto a las periodizaciones, pueden variar de un país a otro. Por ejemplo, en Europa la historia moderna empieza en el siglo XVI...

⁴⁴ *Historia documental de México*, dos vols., México, UNAM, 1964.

⁴⁵ *Población y sociedad en México (1900-1970)*, dos vols., México, UNAM, 1974.

⁴⁶ *Un siglo de luchas sociales en México, 1876-1976*, México, INEHRM, 2009, 822 pp.

M. G. N. Sí, a don Daniel se lo dijeron... Yo estoy de acuerdo y, en el fondo, creo que don Daniel llegó a aceptar que la denominación entre moderno y contemporáneo es totalmente convencional... Se le debió haber puesto, a lo que escribimos de la *Historia moderna*, la “historia liberal de México”, uniendo la república restaurada con Porfirio Díaz. Aunque esto para los juaristas a ultranza sea un sacrilegio: unir a Juárez con Porfirio Díaz. Es en la continuación de las bases que echan Juárez y Lerdo en la república restaurada que hay diferencia en la historia política, pero hasta cierto punto. Yo le estoy dando vueltas a la idea de que en el siglo XIX hay tres grandes dictadores: Santa Anna, Juárez y Porfirio Díaz. Sé que los juaristas me van a quemar los pies, como si yo fuera Cuauhtémoc... Pero creo que habría que adelantar la idea: los tres son grandes dictadores, aunque de diferente naturaleza y en diferente grado. Probablemente además —y esto es importante— tendríamos que aceptar que de esos tres grandes dictadores hay uno que es la falsa moneda: Santa Anna. El pobrecillo muere, y ya nadie quiere ser santanista. En cambio, hay muchos que son juaristas y no pocos porfiristas. Ahora, adelantaría esto, en cuanto a lo de los dictadores: Juárez usa y abusa de las facultades extraordinarias, entre otras razones porque la Constitución de 1857 establece un poder ejecutivo débil, frente a un poder legislativo fuerte. A eso añadamos la guerra de reforma y la guerra contra el imperio. Juárez necesitaba facultades extraordinarias, aunque haya abusado al grado de que (Jesús) González Ortega (1822-1881), en la guerra contra el imperio, hay un momento en el que le dice: “Van a terminar las facultades extraordinarias que te consiguió el poder legislativo, se acaba tu régimen presidencial, y ahora me va a tocar a mí porque soy el presidente de la Suprema Corte de Justicia”.

No voy a entrar en los detalles de la lucha entre Juárez y González Ortega, pero está planteado ahí. Ahora, en la república restaurada Juárez, quien precisamente acababa de vencer a Maximiliano, da señales de que se había acostumbrado al poder y empieza con una convocatoria, al regresar a la ciudad de México, que es anticonstitucional y que desata una serie de críticas y de oposición política en la Cámara de Diputados a su presidencia. Pero añadiría, quiero resaltar algo que es obvio pero que no siempre lo hacemos público con la suficiente fuerza: tan importante, o más importante que la oposición política, o incluso que las revoluciones del siglo XIX, son las guerras de castas: hay un México profundo, así lo llamó Bonfil, hay un subsuelo indígena, como lo llamó Luis González. Eso ocasiona un tsunami tan grave que en Yucatán los mayas arrinconaron, en Mérida y en Campe-

che, a blancos y mestizos, o que, años después y no muchos, Lozada baja de la sierra de Álica, invade Jalisco y en la Mojonera, a unos diez kilómetros de la catedral de Guadalajara, está a punto de vencer al general Ramón Corona y apoderarse de Guadalajara y de ahí seguir a México. Yo creo que tenemos que estudiar paralelamente esto y relacionarlo con la oposición política, la pacífica digamos, la que se desarrolla en la prensa o en la cámara, tenemos que relacionarla con estas rebeliones indígenas. A Lozada la mayoría de los escritores liberales lo llaman simplemente bandido.

G. Z. Son rebeliones en contra del liberalismo, contra el Estado liberal...

M. G. N. Son rebeliones que se expresan muy bien en los tratados de Pochotitlán que se celebran en lo que hoy es Nayarit, en lo que era el estado de Jalisco, porque Tepic pertenecía a Jalisco; es el cantón rebelde. El gobierno liberal de Jalisco, a cambio de que Lozada se rinda, acepta resolver las demandas agrarias de Lozada contra las invasiones de los hacendados. Lozada es para los liberales y para muchos conservadores también —ahí está la paradoja— simplemente un bandido, lo que es parcialmente cierto. Incluso reconoce a Maximiliano, pero lo reconoce con sus reservas.

Lozada no es ni conservador ni liberal. Lozada es un defensor de los coras en su lucha contra las haciendas, que no reconoce a una entidad que se llama México. Él cree en una entidad que se llama los coras y para eso se alía con los conservadores, con los liberales, con los imperialistas, con los comerciantes ingleses en San Blas y con los comerciantes mexicanos y españoles de Tepic. Eso podría estudiarse paralelamente a lo que fue Zapata; Andrés Molina Enríquez (autor de los *Grandes problemas nacionales*, 1909) lo señaló muy acertadamente, yo creo que ésa es historia social.

G. Z. Muy interesante. Estoy en proceso de hacer un pequeño ensayo relacionado con estos conflictos sociales, cómo estos conflictos pueden en algún momento tener manifestación en otro orden y de diferente manera en el ámbito de la política, que tiene que ver con la construcción de la noción del México mestizo. ¿Dónde puedo rastrear, dónde buscar, qué autores del siglo XIX para observar cómo se va construyendo esta idea que va a ser un lugar común?

M. G. N. Yo iba a llegar a Molina Enríquez, pero añadiría como punto de reflexión (y en esto estoy trabajando) que Juárez es el indito que sale

descalzo a los 10, 11 años de edad, de Guelatao a Oaxaca; o es el indio a secas, que llega a casarse con una criolla rica; o es el indio al que algunos conservadores injurian por ser indio, o que algunos liberales, no lo injurian, pero que lo ven con desprecio. Por cierto que me he encontrado no hace mucho, creo que fue una cita a un periódico francés del siglo XIX que dice —es la única ocasión que me he encontrado esa referencia—, “Juárez el mestizo”.

G. Z. ¿Cuándo es eso?

M. G. N. En mil ochocientos sesenta y tantos, en la época del imperio... Y es cuando está México de moda en Francia. Estoy hablando un poquito de memoria, pero creo que por ahí va una pista. Voy a concluir esta observación. En el recinto de homenaje a Juárez, hace como año y medio pronuncié una conferencia en una mesa redonda, éramos tres; yo empiezo por decir que Juárez era un indio aculturado y hago la referencia a que en un mural que hay en la Smithsonian Institution en Washington está la población indígena de toda América con sus trajes típicos, pero Juárez está con su traje de levita. Juárez era un indio aculturado, y eso va más allá de que nos pueda parecer físicamente indio, mestizo, o lo que Dios quiera; va a esto: Juárez es el indio que sale de Guelatao pero que se integra a la clase dominante que dominan los criollos y mestizos, y eso se prueba muy claramente porque, que yo sepa, no hay un solo momento en que Juárez haya apoyado una rebelión indígena, no eran sus iguales, no eran sus hermanos, ya no lo eran... Y sobre eso estaba leyendo dos o tres folletos, que no recuerdo de memoria, que incluso tachan a Juárez de racista.

G. Z. ¿Qué opinión tiene... del término mestizo?

M. G. N. Es un término difícil, aunque en principio mestizo quiere decir mezcla, ¿verdad? Ahora, es una mezcla en grado variable. Generalmente pensamos en México, y recuerdo cuadros coloniales muy bonitos —digo la palabra “bonitos” bajo el punto de vista de la pintura— en los que están clasificadas las diferentes castas, con su indumentaria: saltapatrás, etc., las variedades de las combinaciones raciales. Generalmente pensamos en el español que viola a la india o la seduce, en el menos grave de los casos; pero hay otro mestizo, que tiene incluso el mismo peso demográfico, tal vez quizá menor, pero que socialmente también tuvo un mayor peso po-

lítico: el mulato. El mulato también es un mestizo, que quizá por cierto racismo no lo integramos en la categoría de mestizo.

G. Z. Es complicado utilizar el término mestizo y lo está complejizando todavía más.

M. G. N. Creo que es Molina Enríquez el que dice que Zapata fue un mestizo perfecto, por su ascendencia negra, india y española. Y esto quizá sea lo mejor de todo.

G. Z. Hemos conversado sobre la cuestión del mestizaje, la “raza cósmica”. De manera más general le preguntaba cómo se pensaría usted como historiador. ¿Por qué ha trabajado el siglo XIX?

M. G. N. He trabajado tanto el siglo XIX como el XX, aunque creo que hay una continuidad y ese tema del mestizaje aflora en lo que he estudiado tanto en el XIX como en el XX. Sí habría continuidad. Incluso estoy acordándome de que publiqué, tanto en la *Revista Mexicana de Sociología* como en un libro de Magnus Mörner titulado *Raza y clase en América Latina*, un artículo breve, con un apéndice adecuado, sobre el mestizaje.⁴⁷ Precisamente, el punto de partida recuerdo que lo hago pensando cuándo deja de clasificarse por razas en México y un poquito antes, quizá en el siglo XIX, para poder establecer la comparación. Y eso es un trabajo que me resultó muy agradable porque lo hice trabajando aquí en México, si no me equivoco, en el sagrario de la catedral y en las poblaciones a las que iba, ya sea de trabajo o de paseo. Y yo veía los libros parroquiales y tomaba nota de cuándo dejó de clasificarse por razas. Y una cosa muy interesante es cómo en el sagrario metropolitano de la ciudad de México se deja de clasificar por razas un poquito antes del plan de Iguala, una disposición del Supremo Poder Ejecutivo. En cambio, en Xochimilco, a diez kilómetros de la catedral, se sigue clasificando por raza como hasta 1830. Eso me parece interesante para que se vea cómo a corta distancia del centro de la ciudad se sigue clasificando por raza.

G. Z. ¿Qué significa raza, cómo era la clasificación?

⁴⁷ “El mestizaje mexicano en el periodo nacional”, *Revista Mexicana de Sociología*, xxx, núm. 1, enero-marzo, 1968, pp. 11-34. Magnus Mörner, *Race mixture in the history of Latin America*, Boston, Little, Brown, 1967.

M. G. N. Si la persona que iba a bautizar era español, indio, mulato o todas las variedades de las castas. Algunos párrocos eran muy meticulosos, incluso atrevidos, y decían con mucha precisión lo que a ellos les parecía que era la raza del niño, otros simplemente a secas decían español, negro o mulato.

G. Z. Por lo visto no aparece el término mestizo.

M. G. N. Estoy tratando de acordarme, esa pregunta es muy importante... Se me hace que sí empieza a aparecer, pero tendría que ver. Yo lo publiqué como artículo en español en la *Revista Mexicana de Sociología*, cuando la dirigía Pablo González Casanova, o sea hace más de 30 años, y después en el libro que editó Magnus Mörner, en la Universidad de Cornell. Magnus organizó un coloquio sobre el tema de raza y clase en América Latina y yo llevé esta ponencia; lo que se convirtió en artículo fue mi ponencia, con un apéndice estadístico tomado de los libros parroquiales.

G. Z. ¿Por qué el término mestizo no era utilizado en el periodo colonial?

M. G. N. Me toma usted un poquito en curva, por así decirlo.

G. Z. Sólo que parece tener una connotación negativa.

M. G. N. Generalmente sí. Y es hasta los comienzos del siglo de vida independiente cuando se va creando una conciencia cada vez más orgullosa de que este país es mestizo. Ahora, eso me recuerda una frase que a mí me impactó mucho hace 40 o 50 años, que no sé si me referí a ella en la conversación anterior, aquella que dice el imperialista Francisco de Paula Arrangoiz, que “en México la plata blanquea”; no usa la palabra mestizo, pero usa una frase que a mí me parece más gráfica y quizá más certera todavía.⁴⁸ Eso lo publica como en 1868, poquito después de la caída de Maximiliano, a cuyo gobierno él sirvió, creo que en Londres. Cuando yo me acuerdo de esta frase pienso en ese individuo que se llama Michael Jackson que literalmente se sometió a una operación para blanquearse.

G. Z. Y Porfirio, también, ¿no?

⁴⁸ Francisco de Paula Arrangoiz (1812-1889), *México desde 1808 hasta 1867*, prologado por Martín Quirarte, México, Porrúa, 1968.

M. G. N. Bueno, él no se sometió a una operación, sino que Carmelita, que era criolla, lo polveaba para que no revelara su origen, por lo que tenía de sangre india.

G. Z. Que podía tener algo de mestizo...

M. G. N. Evidentemente, Porfirio Díaz era mestizo, e incluso creo que [tenía] un poquito de sangre francesa. Aunque en eso de gotitas de sangre francesa, (Miguel) Miramón no le iba a la zaga. Algunos biógrafos de Miramón, sobre todo los panegiristas, recuerdan que Miramón, ahorita no recuerdo su segundo apellido, era francés. Tenía unas gotas de sangre francesa, aunque a las primeras de cambio uno diría que Miramón es criollo, pero un poquito menos.

HISTORIADOR DE LOS SIGLOS XIX Y XX

G. Z. Como historiador, ¿cómo se definiría? Habiendo trabajado historia contemporánea, historia moderna de México...

M. G. N. Bueno, yo trabajé excepcionalmente historia colonial, los repartimientos indios de Nueva Galicia del siglo XVII y XVIII.⁴⁹ Eso lo hice porque yo trabajaba en el Museo Nacional de Historia con don Silvio Zavala y cuando yo me tuve que ir a Guadalajara por la enfermedad de mi papá, él me dijo: “No renuncie, póngase a trabajar en el Archivo de Instrumentos Públicos, los repartimientos de indios en Nueva Galicia”, y así lo hice. Él me publicó eso como un libro, una segunda edición la hizo Gastón García Cantú cuando él, a su vez, fue director del INAH, pero ésa es mi única incursión colonial. Yo en realidad he trabajado el siglo XIX y el siglo XX, e incluso, ya adelantando un poquito, los dos primeros años del siglo XXI, pero el siglo XIX y XX los he trabajado ambos.

G. Z. Un historiador del periodo nacional...

M. G. N. Así es.

⁴⁹ *Repartimiento de indios en Nueva Galicia*, México, Museo Nacional de Historia, 1953.

G. Z. ¿Alguna vez ha intentado escribir una síntesis de este recorrido a través del siglo XIX y XX?

M. G. N. Sí se me ha ocurrido... Lo que me ha faltado es tiempo y lo que me sobran ya son años. A reserva de que quizá en unos meses... Le puedo adelantar que es sobre el siglo XIX y, en ese sentido, va a ser una obra muy ambiciosa. Pero lo que usted me está diciendo me gusta. Yo me decía, cuando reflexiono sobre la magnitud de la empresa a la que estoy enfrentándome, que iba a ser lo último que yo trabajaría... Pero lo que usted me dice me gusta como para que yo tuviera un segundo aire; segundo y quizá, ése sí, sea el último. Estoy pensando que justo acabo de leer una síntesis de historia de México que publicó don Silvio Zavala... O estoy pensando en lo que don Alfonso Reyes también publicó como síntesis.... Ahora, sería bajo cierto ángulo.⁵⁰

LA FASCINACIÓN POR EL ARCHIVO, LA PRENSA, LOS CRISTEROS

G. Z. Usted tiene mucha experiencia y conocimiento hecho de manera muy puntal, y esto se refleja en su trabajo. Le quería preguntar ahora acerca de su gran fascinación por el archivo; ¿qué le produce el trabajo de archivo?

M. G. N. Pues sí, esa palabra que usted usa es correcta. El trabajo de archivo fascina porque, en cierto sentido, el archivo es la fuente primaria por excelencia. Pero también tendríamos que pensar que hay otras fuentes primarias muy importantes y que para otros temas resultan indispensables... Estoy pensando en las publicaciones oficiales de los gobiernos, federal y de los estados, en las estadísticas, censos, anuarios, compendios estadísticos, en la prensa periódica. A mí me fascina escribir unas páginas sobre los periódicos en diferentes etapas en el periodo nacional, como fuente de la historia.

G. Z. ¿Por qué le atrae tanto, qué le produce?

⁵⁰ Silvio Zavala, *Aproximaciones a la historia de México*, México, Porrúa, 1953, y *Apuntes de historia nacional, 1808-1975*, México, SepSetentas, 205, 1975. De Alfonso Reyes una versión de su pequeña síntesis se encuentra en *México en una nuez y otras nueces*, México, FCE, 1996. Una versión anterior en inglés es *Mexico in a nutshell and other essays*, trad. Charles Ramsdell, Berkeley, University of California Press, 1964.

M. G. N. Me atrae porque necesitamos comparar periódicos doctrinarios clásicos del siglo XIX. Estoy pensando en *El Tiempo* de Alamán, o *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*. Y contrastar con eso la revolución que significa *El Imparcial*.

Los editoriales de *El Imparcial*, se supone que quienes los escribían los firmaban anónimos, pero se sabe que algunos de los científicos fueron sus autores. Pudieran ser el equivalente del periodismo doctrinario de *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*... Aunque ahí habría que pensar en su contrapartida, *La Voz de México*, en el que figuran algunos de los conservadores, incluso imperialistas. Y *El Tiempo*, que es el gran periódico doctrinario, pero al mismo tiempo, muy abierto. En él publican no sólo católicos, sino liberales; ése es uno de los grandes méritos de Victoriano Agüeros. *El País* equilibra un poquito a *El Imparcial*, dirigido por Trinidad Sánchez Santos, también en una orientación en que se da mucho énfasis a la información, digamos, cotidiana y, al mismo tiempo, hay editoriales de carácter doctrinario. Y bueno, comparar los grandes periódicos del siglo XIX con los del XX, que nacen después de la Revolución: *El Universal* y el *Excelsior*, que ya no son periódicos doctrinarios sino mercantiles; lo que no quita que tengan una determinada orientación política y que nos permitan aprovechar que en ellos escriben algunas de las mejores plumas de las gentes que se opusieron a la Revolución.

G. Z. ¿Usted sabe si existe una historia del periodismo?

M. G. N. Hay una de Lepidus, un autor norteamericano, pero muy breve y creo ya superada.⁵¹ Hay una persona que ha trabajado mucho el periodismo y que, por cierto, hace mucho que no veo; ella estuvo en la Hemeroteca Nacional, María del Carmen Ruiz Castañeda, ella tiene un libro sobre la prensa y trabajó muy bien.⁵² Al lado de eso tendríamos que pensar en otro tipo de periódicos, los periódicos doctrinarios de otro signo, *La Voz de México* (no *La Voz de México* de los imperialistas del siglo antepasado, sino del Partido Comunista), o los periódicos violentamente antirrevolucionarios, *Omega* y *El Hombre Libre*. Otro capítulo serían las revistas, y sobre

⁵¹ Henry Lepidus, *The history of mexican journalism*, Columbia, University of Missouri, 1928.

⁵² María del Carmen Ruiz Castañeda ha publicado o coordinado diversas obras sobre el tema. Una de las más recientes es *El periodismo en México: 500 años de historia*, México, Edamex, 1995 (3a. edición corregida y actualizada).

revistas sí no tengo idea de que se haya escrito una historia, en el sentido en el que estoy pensando, porque sí recuerdo, aunque no tenga la precisión, que hay libros en los que se estudian sobre todo revistas femeninas. Pero por ejemplo, para el siglo XX tendríamos que pensar en las revistas de carácter político y compararlas con las revistas misceláneas, por ejemplo *Sucesos para Todos*, que en su nombre está indicando de lo que se trataba, o las revistas que van teniendo una importancia muy grande como *Siempre!*; o revistas de un signo político muy fuerte como *Política*. O estoy pensando en revistas de gran calidad literaria: *Renacimiento*, de Ignacio Altamirano; en el siglo XX, *Bandera de Provincias*, de Agustín Yáñez, que tienen en común que se abren a todo el mundo político. *Renacimiento* incluso acoge a imperialistas y Agustín Yáñez acoge —él que había sido cristero, no porque se haya ido al cerro—, acoge a Efraín González Luna y a José Guadalupe Zuno. Eso es lo que me atrae de una posible valoración de esa fuente, me ha atraído mucho.

G. Z. En términos de la dinámica social, ¿qué pensar del número de gente lectora de periódicos...?

M. G. N. Eso es muy importante, es uno de los ángulos claves para el análisis del periodismo... El tiraje de los periódicos y compararlo con el alfabetismo. Y en eso habría que regionalizar, y eso me lleva a otro punto. Hasta este momento yo he hablado de periódicos sólo de la ciudad de México, y de las revistas sólo me he referido a una provinciana, pero tendríamos que pensar en los grandes periódicos provincianos.

G. Z. Pero en general son públicos muy reducidos.

M. G. N. Sí. Ahora, no olvidemos que *El Imparcial* se abre a un público amplio, relativamente amplio.

G. Z. Pero antes de *El Imparcial*, ¿leen los periódicos aquellos que están implicados en la política?

M. G. N. Sí, están destinados a ese público.

G. Z. Están destinados a la clase política.

M. G. N. Sí, pero la eficacia de *El Imparcial* es justamente que como no es doctrinario, sino informativo, lo mismo podría poner un encabezado sobre la entrevista Díaz-Creelman que sobre el asesinato más sonado; eso atrae a un público muy amplio, basta con que sepa leer. Ahora, pensemos una cosa, sobre todo en ciertos círculos sociales de las grandes ciudades, pero en las poblaciones menores con mayor fuerza: no olvidemos que hay personas que están suscritas al periódico, lo leen ellas y se lo leen a sus amigos muchas veces en la plaza de armas, lo cual amplía el número de lectores, para que no nos hagamos una idea equivocada de su número de lectores.

G. Z. Sí, y también del analfabetismo. No porque la gente no acostumbre leer no tiene acceso a las lecturas, basta que pueda ver y escuchar.

M. G. N. Un hombre que no sepa leer y escribir bien podría haber oído lo que, el que recibió el periódico, leyó en voz alta.

G. Z. En cuanto a los archivos, ¿hay alguno que le haya llamado más la atención?

M. G. N. Tengo que confesar que el Archivo General de la Nación, pero a eso yo añadiría la experiencia tan extraordinaria —porque uso la palabra en su sentido más literal— que tuve cuando trabajé *Cristeros y agraristas en Jalisco*.⁵³ Yo me propuse no escribir *Cristeros y agraristas en Guadalajara*, sino en Jalisco. Por supuesto que empecé trabajando en el Archivo del Estado de Jalisco, que está en Guadalajara; el Archivo del Ayuntamiento de Guadalajara, que está muy bien organizado; pero luego yo me hacía mis itinerarios semanales, fijaba mis rutas. Como soy de infantería —usted mejor que nadie lo sabe— yo buscaba apoyo familiar para que me orientaran sobre qué poblaciones podía yo visitar de lunes a sábado. Y entonces me iba; pongo por caso los Altos: que de Tototlán me pasaba a Arandas, a Atotonilco el Alto, Lagos de Moreno o San Juan de los Lagos. Yo fijaba mis rutas, me orientaba en los horarios de los camiones y tuve una experiencia muy, muy rica.

G. Z. ¿Durante cuánto tiempo hizo esto?

⁵³ Entre los años 2000 y 2004 aparecieron varios volúmenes sobre *Cristeros y agraristas en Jalisco*, editados por El Colegio de México.

M. G. N. Lo menos tres años, y me propuse trabajar los archivos municipales y los archivos parroquiales. Me hice de una carta del actual obispo de León, José Guadalupe Martín Rábago Cornejo. Yo llegué a él de la manera más curiosa: platicaba yo con algunos familiares cuando estaba organizando estos proyectos; me preguntaba cómo me abriría las puertas en los archivos parroquiales, entonces un sobrino nieto —hijo de una prima hermana mía muy cercana, que curiosamente es masón y que fue jefe del PRI en Jalisco, y es un abogado y notario muy poderoso— me dijo: “Tío, lo voy a presentar con un abogado de este señor que es el obispo actual de León”. Él concierta la cita. “Se van a ver ustedes a las once de la mañana en el Museo del Estado de Jalisco, contraesquina de catedral. No se conocen, pero usted va a estar ahí paradito y él va a llegar”. Ahí estuve yo, llegué antes, claro. Rápidamente dijo: “Vamos con el obispo”. Cruzamos la calle, él pidió audiencia y le dice el secretario del obispo auxiliar de Guadalajara: “Lo recibe en cinco minutos”; nos pasó, se saludaron ellos muy afectuosamente (el obispo había sido profesor de él en el seminario), platicaron un rato de sus asuntos y luego se volteó hacia mí y me dijo: “¿Y a usted en qué lo puedo servir?”. Le platicué de lo que se trataba. “Venga usted mañana, le voy a dar una carta”. Fui al día siguiente, recogí la carta en la que me presentaba a quien correspondiera para que me ayudara en la investigación.

G. Z. Esa cartita le abrió las puertas.

M. G. N. No todas las puertas y eso es muy interesante. Como la división política de Jalisco no corresponde a la división eclesiástica, no me acuerdo en qué población cercana a Nayarit llegué a la parroquia, pedí hablar con el párroco, le enseñé mi cartita y me dijo: “¿Y éste quién es?”. “Ah, señor, pues es el obispo auxiliar de Guadalajara”. Me contestó: “Yo dependo del obispo de Tepic”. “Ah, perdóneme”. Y yo ya me daba la media vuelta; él comprendió que había sido grosero, además no era necesario ser grosero, me dijo: “Venga, venga, vamos a platicar”. Pero es interesante la primera respuesta.

G. Z. ¿Y le permitió ver el archivo?

M. G. N. De cualquier modo, no. Me dio su versión sobre la guerra cristera, sobre el agrarismo, pero me dijo que estaban arreglando su archivo.

G. Z. Entonces, ¿usted encontró resistencias?

M. G. N. Sí, de cuando en cuando.

G. Z. ¿Cómo explica esa resistencia?

M. G. N. Por ejemplo, ahí, por un recelo de jurisdicción. Vamos, un párroco que no depende del arzobispado de Guadalajara sino del obispado de Tepic. En otros casos porque, aunque dependieran del arzobispado de Guadalajara, eran personas que no veían con buenos ojos que uno se metiera con sus papeles.

G. Z. ¿Si usted hubiera sido extranjero lo hubieran aceptado?

M. G. N. A lo mejor sí. Pero también, a cambio de eso, le voy a decir que en San Miguel el Alto, uno de los más bellos pueblos de los Altos de Jalisco, tuve esta otra experiencia. Llegué yo, presenté mi cartita, me recibieron; no el párroco, sino dos muchachas que estaban en la recepción, me dijeron: “Siéntese, señor”. Ya instalado: “¿Qué es lo que quiere usted?”. “Tal cosa”... Me llevaron los libros y me dejaron dueño de los libros y de las actas. Después de un rato me dijeron: “Aquí le traemos agua fresca, está usted muy cansado”. Eso le da idea de otro tipo de actitud.

G. Z. O sea que es muy variable...

M. G. N. Pero, en general, me fue útil la carta que me dio el obispo, que ahora es de León. Ahora, para los archivos municipales yo me serví de una carta que me extendió el presidente de El Colegio, no me acuerdo si era (Mario) Ojeda o si ya era (Andrés) Lira...⁵⁴ Y ésa es la que yo presentaba. Y a veces me servía y a veces me ocurría lo que con la del obispo, en algunas partes.

G. Z. ¿Y qué se encuentra en esos fondos documentales que no encuentre en otros archivos?

M. G. N. La vida interna de la iglesia: cómo se practica el culto, quién asiste, cuáles son las agrupaciones religiosas, cuáles son las relaciones de

⁵⁴ Mario Ojeda presidió El Colegio de México en los años 1985-1995, y su sucesor, Andrés Lira, en 1995-2005.

los sacerdotes con las autoridades civiles, los conflictos, incluso —para mi tema— los conflictos con los agraristas.

G. Z. ¿Aparecen testimonios, actas?

M. G. N. Llegan a aparecer.

G. Z. ¿Fotografías?

M. G. N. Fotos, quejas, acusaciones de que los agraristas eran el diablo.

G. Z. ¿Pero los agraristas, al mismo tiempo... eran feligreses de la iglesia?

M. G. N. Ése es un punto que aparece mucho. Los agraristas dicen: “Nos tratan mal porque dicen que no somos buenos católicos, pero nosotros somos buenos católicos; lo que pasa es que están apoyando a los hacendados”. Naturalmente se oponen a su lucha por la tierra.

G. Z. Y bueno, esto es en los años veinte, en los treinta...

M. G. N. Y eso se canaliza mucho con el problema de la educación. Se toma como pretexto o como realidad, porque se está diciendo que las autoridades municipales, las autoridades parroquiales —dicen—, están favoreciendo la educación socialista, incluso la educación sexual, que se puso de moda; naturalmente, en perjuicio de la moral católica.

G. Z. ¿Se cruzaba con el conflicto educativo?

M. G. N. Sí.

G. Z. ¿Con el conflicto agrario?

M. G. N. Sí. De un lado la invocación contra la educación socialista, contra la educación sexual, como un pretexto a veces para combatir la reforma agraria.

G. Z. ¿Este problema no había aparecido antes, en otro periodo?

M. G. N. Esto es importante... Yo estudio esto. ¿Cuál es mi punto de partida? Porque la guerra cristera comienza el 26, pongo por caso; cuando me daban acceso a los papeles, yo no empezaba en 26, yo procuraba empezar en los últimos años del porfiriato, para poder comparar cómo había sido la relación de las autoridades parroquiales con las municipales, o las de los estados durante el porfiriato con el problema de la Revolución, que es muy importante; y ya después, cuando se desencadena la guerra cristera. En ese sentido, éstos son los archivos de los que yo guardo un recuerdo más favorable.

G. Z. Pensaba en la reforma educativa de Gabino Barreda, tiempo atrás, cuando se impone la educación positivista, la Escuela Nacional Preparatoria, la escuela única... Es la primera vez que se establece un programa educativo nacional, ¿hubo reacciones en el campo educativo a nivel local?

M. G. N. Bueno, eso se refleja mucho. Eso yo lo estudié en la prensa periódica, lo estudié mucho en *La Voz de México*, que toca ese problema. *La Voz de México* fue muy sensible a eso.

G. Z. ¿No son comparables las diferentes reacciones?

M. G. N. No, no... Porque pensemos que la difusión del positivismo va a llegar a unas capas menores y que están más arriba; sólo indirectamente trasciende al gran público, porque como es la educación media en un país con tan alto grado de analfabetismo... Pues qué más le daba a un peón lo que dijera Gabino Barreda.

G. Z. Y en el otro caso...

M. G. N. Acá, a diferencia, al peón sí le va a doler si su párroco le dice: "El agrarismo es pecado". Eso sí lo entiende, eso sí le duele. No se necesita leer y escribir para entender y sufrir.

G. Z. ¿Esta reforma agraria no se pensó en el siglo XIX?

M. G. N. No. Incluso he estado leyendo algunas cosas de un tema que estoy trabajando ahora: caracterizar las relaciones de los hacendados con los liberales. Incluso, estoy pensando no en los liberales de la primera re-

forma, la de (José María Luis) Mora y (Valentín) Gómez Farías, sino en los liberales a partir de la Revolución de Ayutla. No olvidemos que en la primera reforma el doctor Mora, su paisano, pues era riquillo... Él puede vivir o malvivir en Europa cuando se va, pues, con los bienes que tenía en Guanajuato... Pero pensemos, por ejemplo, en liberales tan importantes como Juan Álvarez; él es dueño de la hacienda “La Providencia”; es hacendado, pero es un hacendado paternalista. O pensemos en Melchor Ocampo, que tiene su hacienda también. He ido anotando los jefes liberales hacendados, lo que me falta es ampliar la información, relacionarla con los movimientos políticos, pero sobre todo con rebeliones agrarias que incluso no estudia Leticia Reyna en su excelente libro *Las rebeliones campesinas en México*.⁵⁵

INTELECTUALES, POLÍTICA E HISTORIA

G. Z. Quisiera preguntarle acerca de una polémica en la que usted estuvo implicado... Me interesaría saber qué recuerda, para reflexionar sobre las relaciones entre política e historia. (Sobre) lo que significa escribir historia durante el régimen priísta o el régimen de la Revolución. Cuando usted escribió en 1961 “La ideología de la Revolución mexicana” y luego intervinieron Emilio Uranga, Daniel Cosío Villegas, en ese contexto...⁵⁶

M. G. N. Este asunto ha renacido porque hace como cuatro semanas me llamó la secretaria del senador Manuel Bartlett,⁵⁷ quien quería saber dónde podría localizar mi artículo “La ideología de la Revolución mexicana”. Yo le dije a Rosa María⁵⁸ que me copiara mi artículo, que fue el que originó aquel zafarrancho. Se lo mandé y me acusó recibo agradeciéndome la rapidez con que se lo había mandado. Luego me llamó por teléfono a Cuernavaca para reiterarme su agradecimiento. Fíjese usted hasta qué punto es interesante que un personaje del PRI, de ese signo, se haya interesado en ese campo y se

⁵⁵ Leticia Reyna, *Rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, México, Siglo XXI, 1980.

⁵⁶ “La ideología de la Revolución mexicana”, *Historia Mexicana*, x, abril-junio de 1961, núm. 5, pp. 628-636. El ensayo fue publicado en una versión en inglés en el libro coordinado por Stanley Ross, *Is the Mexican Revolution dead?*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1966, pp. 177-187. Se publicó también en español y en una versión en japonés (1977).

⁵⁷ Senador de la república en 2000-2006.

⁵⁸ Rosa María Quiroz, secretaria entonces de M. G. N.

haya interesado, sobre todo, por lo que yo había dicho. Por cierto, cuando me habló por teléfono, es decir, cuando me daba las gracias, me dijo: “Bueno, yo también he recogido lo que escribió don Jesús Silva Herzog”. “Claro —le dije yo—, porque usted recordará que cuando yo escribí eso don Jesús había escrito algo sobre la muerte de la Revolución mexicana”. Pero es interesante que Bartlett, no sólo por no elogiarme en exceso sino para cubrirse, me recuerde que también Silva Herzog había tratado ese mismo tema que yo. A esa polémica yo entré por invitación de Rafael Moreno —no sé si usted lo recuerda—, él y Bernabé Navarro habían estudiado en el seminario conciliar de México, cuando era director espiritual del seminario Sergio Méndez Arceo, ambos me lo platicaron; los dos dejaron el seminario. Tuve muy buena amistad con ambos, los dos ya murieron.

En esas conferencias participaron el padre Pedro Velásquez, Silva Herzog, padre —no el nieto, que es el que está escribiendo ahora en *Reforma*— don Jesús, y uno o dos más, que no me acuerdo ahora. Me llamó la atención, aunque no me sorprendió, que Silva Herzog, con su anticlericalismo, dijo que estaba en total desacuerdo con el padre Pedro Velásquez y que estaba en parte de acuerdo conmigo. Ahí lo que quería Silva Herzog era descargar su anticlericalismo. En verdad, él no quería saber nada del clero, siendo así que las posiciones del padre Pedro Velásquez y la mía tenían puntos de coincidencia... Y eso es muy significativo. En aquella ocasión cuando (Emilio) Uranga, movido por un secretario de López Mateos, quien, por cierto, había sido mi compañero en la Facultad de Derecho de la UNAM —no me acuerdo ahora de su apellido— movió a Uranga contra mí, buscando la carambola con don Daniel. Yo no me envanezco del escándalo tan grande que suscitó mi ponencia... No hubiera sido tal su resonancia de no ser por ese propósito político muy deliberado, no de López Mateos, porque quería mucho a don Daniel y lo admiraba mucho, sino de su secretario, para que Uranga, a quien le pagaban en la presidencia...

G. Z. ¿Emilio Uranga?

M. G. N. Sí, Emilio Uranga, el filósofo de la UNAM y que estuvo y se graduó en Alemania (hombre muy talentoso, por cierto). Le ordenaron que me agrediera a mí, para que don Daniel entendiera que el golpe era contra él. Una anécdota: hace muchos años caminaba yo con mi esposa por San Juan de Letrán casi con Madero, y me dijo Marus: “Mira quién viene ahí”.

“¿Quién?”, le dije. “Uranga”. Lo vi como a dos o tres metros. Y... ¿sabe usted qué hizo Uranga cuando me vio? Se metió rápidamente en un comercio para no tropezarse conmigo. Tal vez creía que yo lo iba a agredir a golpes, o lo iba a insultar... Pero eso también es significativo del grado de violencia no sólo verbal, sino física, al que se llegó en esa ocasión.

G. Z. ¿Quiere decir que la Revolución mexicana como ideología era intocable?

M. G. N. Que de la Revolución mexicana sólo podían hablar sus pontífices.

G. Z. ¿Gente afiliada al PRI? ¿Emilio Uranga estaba afiliado al PRI?

M. G. N. No necesitaba, pero él estaba pagado por el secretario del presidente.

G. Z. ¿Leopoldo Zea sí era militante?

M. G. N. Él fue director del Instituto de Estudios Políticos y Sociales del PRI en esa época. Y Zea, quien fue mi maestro aquí en El Colegio en el año 45, pues como usted recuerda fue el padre del grupo Hiperión,⁵⁹ que como usted recuerda fue un grupo de historiadores y filósofos muy valiosos: Luis Villoro, el mejor de todos ellos, para mi gusto; Uranga, muy valioso en lo suyo.

G. Z. ¿Y qué pasó ahí con Leopoldo Zea?

M. G. N. Leopoldo Zea, pues se inclinó a servir al PRI.

G. Z. Entonces... desde esa posición partidista, ¿podía haber cierto recelo hacia lo que se hacía en la academia?

M. G. N. Del académico que no fuera del PRI y que se atreviera a hablar fuera de PRI. Pues, bueno... si no era del PRI, pero estaba calladito, no le causaba problemas al PRI.

⁵⁹ Grupo Hiperión, conformado alrededor de José Gaos hacia 1950. Integrado, además de por Luis Villoro y Emilio Uranga, por Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez Mc Gregor, Salvador Reyes Nevares, Fausto Vega y Jorge Portilla.

G. Z. ¿Había control?

M. G. N. Ahora, debo decir una circunstancia que aclara esta situación... En ese momento yo era subdirector de Bibliotecas y Archivos Económicos, hoy Biblioteca Lerdo. Yo tenía un cargo burocrático y no faltó quien me insinuara que yo estaba dando de patadas al pesebre. Yo tenía un cargo, modesto. Yo tenía un cargo en la burocracia de Hacienda, yo no tenía derecho a dar una opinión independiente y hasta crítica. Yo creo que eso ayuda a entender la fuerza de esa polémica.

G. Z. ¿Y qué relación había entre Emilio Uranga y don Daniel Cosío Villegas?

M. G. N. Uranga y don Daniel... Uranga había tenido en alguna ocasión, yo creo, una beca aquí en El Colegio, como casi todos los del grupo Hiperión... Y a don Daniel, que a ratos era violento y hasta arbitrario, quizá le llamó la atención, porque tal vez no cumplía con todos los requisitos de El Colegio... Y había un resentimiento mutuo.

G. Z. Pero, ideológicamente, ¿había también una contraposición?

M. G. N. No creo. En realidad, Uranga era filósofo. Él se metió a este pleito político pagado por el secretario de López Mateos... Y este pleito, esta polémica se acabó cuando Uranga agredió tan violentamente a don Daniel... Que cuando don Daniel terció, el propio presidente López Mateos le ordenó a su secretario que ya estaba bien de esos insultos. Así acabó la polémica.

G. Z. O sea, al PRI... al gobierno, le preocupaba mucho lo que los intelectuales hacían.

M. G. N. Sí le preocupaba, porque el propio López Mateos, en su juventud, había tenido ciertas veleidades vasconcelistas e intelectuales... Y es uno de los tránsfugas, por así decirlo, de Vasconcelos. Él tenía por don Daniel respeto y admiración, por eso, cuando Uranga se excedió en sus groserías, lo calló.

G. Z. En muchos sentidos don Daniel había sido maestro de ellos.

M. G. N. Sí, exactamente. Y creo que hasta directamente fue de López Mateos. Así que, en cierta forma, yo fui un chivo expiatorio.

G. Z. Y qué opinión le merece la biografía de Krauze sobre don Daniel, como para pensar si realmente cala en esta problemática, en esta dimensión del personaje.⁶⁰

M. G. N. Yo creo que la biografía está bien, muy bien trabajada... aunque yo no sé... a la distancia, hace muchos años, dada la afinidad ideológica del liberalismo burgués de ambos, eso le impidió a Krauze hacer una crítica más severa y más profunda del pensamiento de don Daniel.

G. Z. ¿Y usted qué sintió cuando lo llamaron reaccionario por la ponencia?

M. G. N. A mí no me sorprendió. Y le voy a decir a usted por qué... Porque yo me podía apoyar en que una gente de la extrema izquierda y honrada como (Jesús) Silva Herzog, cuando comentó mi ponencia, dijo que estaba en buena parte de acuerdo conmigo, en los aspectos sociales. Yo entendí que lo de reaccionario venía por el lado de una confesión religiosa.

G. Z. El ambiente permitía decir: "quien está con el PRI está en la línea correcta, quien no, es un reaccionario". ¿Se puede simplificar de esa manera?

M. G. N. Sí, bueno... Había dos enemigos para el PRI: los reaccionarios y los comunistas. Y a los dos los perseguía, incluso metiendo a la cárcel a algunos o silenciándolos... Por eso a mí me insinuaban que, como empleadillo de Hacienda, le estaba dando de patadas al pesebre. No podían entender que un subdirector de Hacienda hubiera hecho esa ponencia.

ENTRE CONSERVADORES Y LIBERALES

G. Z. ¿Además de los ya mencionados, qué otros temas le han preocupado?

M. G. N. Yo creo que hay unos cuatro o cinco libros en los que yo trabajo de manera muy directa la historia social. Desde luego, se inicia con *El por-*

⁶⁰ Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas: Una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980.

furiato: La vida social, de ahí los temas principales de ese libro, que son la población, la tierra, las luchas obreras, la moral social, la educación y las horas de asueto. Ahora, complemento de este libro son dos: *Las estadísticas sociales del porfiriato*, que son el apoyo estadístico de ese libro, y *La colonización de México*, que desarrolla de una manera específica ese tema.⁶¹ Ahora, poco después de eso publiqué *Población y sociedad en México*, en la Universidad Nacional, dentro de una línea que en principio trataba de repetir lo que habíamos hecho con don Daniel Cosío Villegas, similar a la *Historia moderna de México*. Y publiqué dos tomos de *Población y sociedad*. El primer tomo tocó algunos de los temas de *El porfiriato: La vida social* y el segundo se centra en los extranjeros, de modo que está repitiéndose esa línea de investigación. Aunque no es específico, vuelvo a la historia social, de una manera un poco diferente, en *La anatomía del poder en México...*⁶² Aunque quizá antes tendríamos que pensar en una monografía, que fue *La Confederación Nacional Campesina*, de la cual hay tres versiones; la primera fue de 1968.⁶³ Y esa monografía encajaría dentro del tema que empecé a trabajar en *El porfiriato: La vida social*, que sería el movimiento campesino que organiza el general Cárdenas y que desarrollo hasta los años sesenta. De modo que ahí hay una continuidad.

En 1985 estudié cómo han atacado o disimulado o justificado el tema de la pobreza la Iglesia, el Estado y los beneficiarios (o los perjudicados) con una política económica, con un liberalismo económico a ultranza...⁶⁴ Y voy a hacer un paréntesis de algo que estuve escribiendo ayer: estoy trabajando de cierta manera a Juárez... Y yo estaba estudiando un texto de Juárez como gobernador de Oaxaca, de 1848, en el que protesta por las invasiones de los pueblos indios a las salinas que eran propiedad de un señor Echeverría —tocamos madera, no tiene nada que ver con el ex presidente—. Naturalmente que Juárez, gobernador, tiene la autoridad, tenía la solución de esto... Pero Juárez... es uno de los pocos casos —diría yo—, en que toma conciencia de su origen zapoteca y dice: “Por supuesto que los tengo que castigar porque son invasores, pero frente a esta cosa que yo no tenía clara, lo mejor sería que comprara esas salinas porque cuando es-

⁶¹ *La colonización en México*, México, Talleres de Estampillas y Valores, 1960. Para las otras referencias véanse citas anteriores.

⁶² *Anatomía del poder en México (1848-1953)*, México, El Colegio de México, 1977.

⁶³ *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*, México, Costa Amic, 1968.

⁶⁴ *La pobreza en México*, México, El Colegio de México, 1985.

tán en manos de empresarios particulares, éstos sólo buscan sus intereses”. A mí me parece que hay ahí una de las poquísimas ocasiones en que Juárez defiende a los pueblos indios, en un capítulo no muy conocido, y no por el problema de las obvenciones parroquiales que pagaban, sino que los defiende en algo que tiene que ver con la tenencia de la tierra. Y lo hace sobre una base que desconoce el liberalismo económico, cosa que no se repite ni en la reforma, ni en el imperio ni en la república restaurada.

G. Z. ¿Cómo lo explica?

M. G. N. Estoy tratando de explicármelo... Porque creo que Juárez está todavía muy ligado a su origen, a pesar de que ya había incursionado en la política nacional como diputado. Impuso un préstamo al clero para tener fondos para combatir a los invasores norteamericanos en una alianza con los liberales moderados. Juárez era diputado federal, participó en ese problema muy activamente, para que el clero contribuyera con dinero para combatir a los norteamericanos. Digo que Juárez tenía ya esa incursión a nivel nacional, creo que es la primera incursión a nivel nacional, con los moderados (Mariano) Otero y (Manuel) Payno. Su primera experiencia nacional es cuando se da esta disposición en que, por un lado, combate a los indios que quitan la sal, pero, por el otro lado, tenía necesidad. Una tesis contraria al liberalismo económico y una de las primeras manifestaciones de intervencionismo de Estado en materia de economía.

G. Z. ¿Usted no cree que los conservadores también son liberales?

M. G. N. Bueno, todo depende de qué entendamos por conservador y por liberal

G. Z. ¿Qué es lo que diferencia a un conservador de un liberal en ese momento, en ese contexto?

M. G. N. En ese momento... Esto nos lleva a esta cuestión: ¿cuál es la base social de unos y otros? Obviamente, en los conservadores está el clero, los militares. Por cierto ayer escribí del obispo de Michoacán, que al hablar del fuero se deslinda de los militares... De hecho, él quiere el fuero sólo para el clero; lo rechaza para los militares y que ellos corran su suerte.

Algunos historiadores del XIX y por supuesto del XX pretenden que

los hacendados también estaban del lado de los conservadores, pero eso habría que precisarlo.

G. Z. ¿Lo que diferencia a unos y otros es su posición frente a los bienes de la Iglesia?

M. G. N. Quizá en última instancia sí. Porque está el otro elemento: ¿cuál es el papel de los hacendados? Según la hagiografía liberal y la historiografía del siglo XIX y del siglo XX, los hacendados están de parte de los conservadores.

G. Z. ¿Y del clero?

M. G. N. Ya decía yo... Quizá el punto central de los conservadores es el clero. Pero ahí yo estoy trabajando en este tema. Hay un grupo tradicional de hacendados que por sus relaciones, por los préstamos que le hicieron a la Iglesia, están del lado del clero. Estoy haciendo una lista, bastante grande, de hacendados y empiezo por los autores del plan de Ayutla, (Juan) Álvarez y (Ignacio) Comonfort, hacendados los dos, y no así como así.

Así que por ahí lo que tenemos que ver es hasta qué punto la historiografía —de hecho, ahí sería la hagiografía— generalizó que los hacendados en su totalidad estaban del lado de los conservadores. Pero si estudiamos el Congreso Constituyente de 56-57 y recordamos que el Congreso Constituyente no aprobó el voto particular de Arriaga, que exigía reformas radicales en la tenencia de la tierra, tenemos que aceptar que los liberales en el Congreso Constituyente están traicionando la tenencia de la tierra. Los liberales en ese congreso establecen una libertad de industria y de comercio absoluta, están favoreciendo a los industriales y a los comerciantes, extranjeros y mexicanos. Ésa es una veta que estoy trabajando en este momento... Y esta conversación sale en referencia a mi libro de *La pobreza*. Ahora bien, como ese libro de la pobreza llega hasta 1985, a petición de determinadas personas, lo he puesto casi al día... Y examino cuál es la política frente a la pobreza del gobierno del Distrito Federal, de esa persona a la que, entre comillas, llamamos “primera dama” y del gobierno federal...⁶⁵ Es un texto que tengo casi hasta el presente y complementa mi libro de *La pobreza en México*.

⁶⁵ En referencia a la que entonces era la “primera dama” de la nación, Martha Sahagún. La entrevista tuvo lugar el 10 de marzo de 2005.

Quizá he privilegiado este tema —y sin querer ser demagógico— porque yo nací más o menos pobre... Y quizá porque mi bisabuelo de Lagos de Moreno, en los Altos de Jalisco, colgó los hábitos cuando se iba a ordenar de sacerdote, y combatió del lado de los liberales... Y, en premio, le dieron unas tierritas en un lugar, en aquel entonces equivalente al desierto del Sahara, Tomatlán, a la mitad de la costa de Jalisco. Ignoro cómo mi bisabuelo logró hacerse de una hacienda de beneficio en el Bramador, en la parte más alta de la sierra Madre Occidental... Lo que quiere decir que a mi bisabuelo le hizo justicia la reforma. Ignoro cómo se vino abajo su negocio, tal vez por alguna crisis del mineral que él sacaba, vía el Puerto de las Peñas, lo que hoy es Puerto Vallarta; lo cierto es que él regresa a Tomatlán pobrecito.

Fue mi bisabuelo de línea paterna un don Cecilio Alba, porque mi papá era Moisés González Alba. Y por el lado de mi papá, la línea materna de él, porque mi abuela, a la que sí conocí, Refugio Alba, entiendo que también nació en Lagos de Moreno... Y ella físicamente era muy alteña, como mi papá —a quien por supuesto sí conocí—, era físicamente muy alteño, por una herencia directa de su mamá, mi mamá Cuca, la llamábamos los nietos...

TEMAS POR “ENCARGO” Y POR “ELECCIÓN”

G. Z. ¿Hay temas que ha trabajado porque le afectan más directamente? El libro sobre la pobreza, su obra sobre los cristeros y algún otro tipo de trabajos, ¿han sido más bien por encargo?

M. G. N. Hace usted bien en preguntarme eso. Cuando don Daniel Cosío Villegas inició el seminario de Historia Moderna de México él sabía, por don Silvio Zavala —quien era en ese momento el director del Museo Nacional de Historia y que me había hecho el favor de invitarme a trabajar con él— que yo me encontraba trabajando como juez en Sayula, Jalisco. Y cuando estaba organizando el seminario de Historia Moderna me puso una carta explicándome su proyecto e invitándome a participar en él. Yo acepté y se precipitó la aceptación, porque siendo yo juez de primera instancia en materia mixta, o sea, civil y penal, allá en Sayula, tuve un enfrentamiento con un primo hermano del general Lázaro Cárdenas, que era uno de los caciques de Sayula, un señor Del Río, su primo hermano por el lado mater-

no. Este señor era el agente del ministerio público, pero por ministerio de ley fungía como jefe del Departamento de Hacienda en Sayula.

Este señor, con la arrogancia que le daba su parentesco con Cárdenas, cometió varios errores; se los hice notar. En lo personal, siguió con ellos, y me vi obligado a ponerle una multa.

Como la providencia divina existe, me llegó la invitación de don Daniel: “Véngase, porque ya vamos a empezar”. Me regresé a México en el momento en el que el cacique Del Río había maniobrado en Guadalajara para que me degradaran, enviándome a Unión de Tula, un juzgado de mucha menor categoría, en un poblado de mucha menor categoría que Sayula. Pero yo le dije al Tribunal Superior del estado de Jalisco: “Muchas gracias, ahí tiene su juzgado, yo ya me voy”.

G. Z. Si no hubiera sucedido esto, usted habría seguido una carrera de jurista.

M. G. N. De juez; quizá me hubiera visto obligado a doblar las manos. Y, por la necesidad de comer, me hubiera ido a Unión de Tula. Yo trabajé medio año como juez y tuve experiencias muy buenas en lo humano y eso se refleja en mi sensibilidad como historiador, porque yo conocí en carne propia lo que es la lucha por el poder...

G. Z. ¿En qué sentido?

M. G. N. En la capacidad de tener que resistir los ataques de las autoridades.

G. Z. ¿Usted lo sufrió?

M. G. N. Sí, y lo gocé. Yo tenía escasos 23 años, me acababa de recibir en la Facultad de Derecho, aquí en la UNAM. Era un chiquillo y me enfrenté a gentes mucho mayores que yo en saber, poder y gobierno, como dice el padre Ripalda. Entonces tuve que resistir las acometidas de litigantes locales de Sayula o de Guadalajara que querían presionarme. Y creo que, por otro lado, quizá por el hecho de que me veían tan chiquillo, buen número de personas de Sayula también me tenían simpatía.

Yo me vine a México con don Daniel al seminario de Historia Moderna. Al licenciado Jesús González Gallo, gobernador de Jalisco, le platicaron lo

que me había pasado con el primo del general Cárdenas. González Gallo les dijo: “¿Y por qué si esta persona es tan valiosa como dicen ustedes, no me fueron a ver?”. Bueno, se disculparon. Quiere decir que, a lo mejor, si cuando hubieran sabido que me estaban degradando, hubieran ido con el gobernador, y el gobernador, violando la división de poderes, me sostiene contra el primo del general Cárdenas... Todo esto me da una sensibilidad de lo que es tener el poder... Y esto, de algún modo, se impregnó en mi obra como historiador.

G. Z. ¿Cómo cree que se refleja esta experiencia en su obra?

M. G. N. Yo podía comprender mejor, y creo que puedo comprender mejor, esa lucha... Estudié cómo luchó Porfirio Díaz por conquistar y conservar el poder; cómo luchó Santa Anna, a quien estudié después, por conquistar y conservar el poder; cómo luchó Juárez por conquistar y conservar el poder. De modo que yo podía no sólo hablar por lo que me decían los documentos sino que tenía la capacidad de sentir lo que había detrás de esos documentos.

G. Z. Entonces su obra de historia social vendría a ser al final una obra de historia política. ¿Usted cómo lo considera?

M. G. N. Voy a ir más allá de eso, a riesgo de que pueda parecer... Antes voy a completar lo de los extranjeros con esto otro. Cuando me vine el año 1950 a México, hace 55 años, don Daniel me asignó el tomo de *El porfiriato: La vida social...* Conocía mis textos sobre Vallarta, porque yo se los había enviado, y decidió que yo arrancara los estudios de la historia social, porque don Daniel consideró que yo era el indicado para esa empresa; yo no escogí el tema.

Ahora, yo escribí *Cristeros y agraristas en Jalisco*.⁶⁶ Ése es un tema muy ligado a la historia social, ése es un tema que yo escogí de la manera más libre, en cuanto a decir, “éste es mi tema ahora y lo escogí así”, porque yo nací el año en que se inicia la Guerra Cristera, en Guadalajara, que como ciudad fue la que más la sufrió. Publiqué cinco tomos sobre eso, tengo un tomo más que está en veremos... tengo ese complemento. Lo voy a relacionar con mi autobiografía: el haberlo centrado en Jalisco obviamente me

⁶⁶ Véase la nota 53.

colocó en la necesidad de explicarme lo que significó para mí la Guerra Cristera.

A mí me impactó mucho lo que mi mamá alguna vez me contó... Lo que les pasó a algunos paisanos nuestros ligados a los agraristas católicos, pero que se habían opuesto a los cristeros. Eso es un poco en el fondo el misterio que tenía que aclararme: ¿cómo era posible que esos católicos defendieran su derecho a la tierra? Es ahí donde, creo, entra el carácter en cierta forma autobiográfico.

Ahora, por qué estoy trabajando a Juárez. Ya va para dos años que me invitaron a dar una ponencia, en una mesa redonda, en el recinto de homenaje a Juárez. El texto que escribí y expuse fue "Juárez y Bulnes". Cuando fui quedando libre de compromisos, dije: "¿Y ahora, qué voy a hacer?". Y vi que se aproximaba el segundo centenario del natalicio de Juárez, repasé lo que había escrito sobre Juárez y sobre su época y dije: "Ahora voy sobre Juárez, en el final de mi vida"... Por eso escarbé todo lo que he publicado y lo que no he publicado, pero que escribí en su momento... Y eso desde el año de 1948, materiales que me sirvieron para escribir mi libro de Vallarta. Tengo textos de 48, tenía 22 años, que me hicieron pensar que tenía un conocimiento limitado, pero claro para estudiar a Juárez... Por eso me he embarcado en esta empresa.⁶⁷

G. Z. El enigma de Juárez, ¿cómo lo formula?

M. G. N. Precisamente hace cuatro días escribí las primeras líneas, entre ellas el prólogo y unas 40 páginas. El prólogo es muy breve, dos páginas, y el primer capítulo, de 40. En el prólogo explico que trato de estudiar a Juárez a nivel local en Oaxaca, hasta 1853. Es una obra muy ambiciosa, espero terminarla... El primer volumen sería esa etapa de Juárez, de su nacimiento en 1806 hasta 1853; un segundo volumen sería del plan de Ayutla, de 1854 al triunfo de la reforma; el tercer tomo sería de 1862 a la muerte de Juárez, o sea la lucha contra el imperio; el cuarto tomo sería de la república restaurada hasta su muerte y en el quinto tomo estudio una historiografía muy rica sobre Juárez, muy variada... ¡Pasa de la hagiografía a la satanografía! Trato de explicarme a Juárez.

⁶⁷ De esta "empresa" aparecieron en el bicentenario del natalicio de Juárez dos volúmenes, *Benito Juárez*, México, El Colegio de México, 2006.

G. Z. Al verdadero Juárez, como Bulnes.⁶⁸

M. G. N. No quiero caer en esa palabra... aunque pueda tener algo de tentación, pero trataría de documentar en lo posible. A partir del tomo segundo, sobre la reforma, voy a poner lo que yo he escrito, lo publicado y lo inédito, luego haré una antología, pero sobre todo sus memorias como gobernador de Oaxaca... Y aquí adelanto esto, voy a confrontar los *Apuntes para mis hijos* (de Benito Juárez), de los que hay ya dos ediciones y anuncian una tercera, que escribe a partir de 1869, o sea, al final de su vida; lo voy a confrontar con lo que él escribió en el momento en que ocurren los sucesos a que se refiere en sus *Apuntes*... La confrontación va a ser muy ilustrativa. Mientras que en sus exposiciones como autoridad local, como gobernador de Oaxaca, tenemos a un Juárez —y esto ya lo señaló y lo explotó para su provecho Bulnes— católico muy devoto; los mismos sucesos sobre los que escribió en su momento, en sus *Apuntes*, cuando se refiere a ellos es otro Juárez, está casi en *artículo mortis* y está hablando para justificar su cambio, que hace públicamente a partir de la Revolución de Ayutla.

G. Z. Y como quiere ser recordado...

M. G. N. Sí. Ahora, en esto es muy importante el tema de la masonería. Recojo el acta en que consta el ingreso de Juárez a la masonería en los primeros días de enero de 1847, en la que figuran masones de la talla de Valentín Gómez Farías, (Manuel Crescencio) Rejón y Miguel Lerdo de Tejada. Ya siendo masón, voy señalando que Juárez como autoridad, como gobernador de Oaxaca, sigue manifestando, a lo mejor de dientes para afuera, un respeto y hasta una devoción que podría parecer exagerada por las prácticas del culto católico. Mientras que cuando comenta esos mismos hechos en sus *Apuntes*, 40 años después, tal vez es otro Juárez, como si fuera otra persona. Es una información que he recogido desde 1948, sin pensar que me iba a embarcar en esta empresa hasta 2005.

G. Z. ¿Y cuál es el hilo conductor?

M. G. N. Juárez, pero no sólo él, sino su época. En la personalidad de

⁶⁸ Francisco Bulnes (1847-1924), autor de *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*, México, Librería de Bouret, 1904, y *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de reforma*, México, H. I. Milenario, 1967.

Juárez me centro sobre todo en su origen racial, ya que ésta es una constante muy importante. Para bien o para mal, sus amigos y enemigos, como elogio o como insulto, al referirse a Juárez siempre se refieren al “indio”. Repasando una ficha... cuando llega después del golpe de Estado de Comonfort, que lleva a la presidencia a Zuloaga y que permite que Juárez asuma como presidente de la Suprema Corte de Justicia, se va huyendo a Guanajuato y hay una nota que dice: “Se presentó tal día un indio que dijo llamarse Juárez y que dice ser presidente de la República”. Medio despectiva la cosa, ¿verdad?

G. Z. Y el prejuicio racial.

M. G. N. Lo estudio no sólo entre los mexicanos, sino sobre todo entre los franceses, los norteamericanos y, de cuando en cuando, aparecen los alemanes. Y el “prejuicio racial” es marcadísimo, en ese sentido. Para unos es la exaltación hagiográfica del indito pastorcito de Guelatao, pueblo que, por cierto, yo conocí en el año de 1945, en una excursión a la que nos envió don Daniel Cosío Villegas a los del Centro de Estudios Históricos y unos cuantos más, Pablo González Casanova de Historia, Lina Pérez Marchand del seminario de Filosofía de Gaos, Paco Giner de los Ríos, bibliotecario, pero el grueso éramos los de Ciencias Sociales. Fuimos a Puebla, Oaxaca y, por supuesto, estando en Oaxaca, fuimos a Guelatao; así que yo conozco el lugar de nacimiento de Juárez. A lo mejor eso me dejó cierta huella que, de alguna manera, influyó para que yo me embarcara con Juárez.

G. Z. ¿Considera que el prejuicio racial, tal como se presenta en este periodo, la mitad del siglo XIX, es el mismo prejuicio racial que existe en el periodo colonial?

M. G. N. No he estudiado la colonia con la misma intensidad, pero lo que creo es que quizá el prejuicio racial se acentúa en el México independiente... Porque la corona logró con dificultades una jerarquización más o menos estable, en la que cada raza tenía su lugarcito muy bien definido, y la gente no se podía salir de él; si se salían de él... por supuesto, el ejemplo es Morelos, a quien en la parroquia lo registran como español; no blanco, español... que se supone que quiere decir blanco. Y obviamente, por la iconografía que tenemos, sabemos que Morelos casi es como Zapata, un mes-

tizo perfecto: sangre negra, india y española. Quizá es una cosa interesante en lo del prejuicio racial en el siglo XIX, que cuando dejamos de ser una colonia el prejuicio racial deja de ser a lo español y ahora hace referencia al color, al blanco... Ahí creo que hay una pista.

G. Z. Al blanco por un lado y al indígena por otro.

M. G. N. Indígena no es una palabra usual en la época. No olvidemos —usted lo sabe mejor que yo— que “indígena” —usted que es tan criollo—, es indígena... porque nació aquí. Ése es el sentido estricto de la palabra. Claro que da lugar a otra confusión, ya que en la colonia al decir indio se pensaba en las Indias Orientales... Así que en ninguno de los dos lados se acomoda. Pero la palabra con la que se clasifica a los descendientes de los primeros pobladores es “indio”. Y la palabra con la que exaltan o insultan a Juárez es “indio”.

G. Z. Quiere decir que se va dando una polarización con base en el color de la piel, lo que llaman la “pigmentocracia”; digamos que el color de la piel es un elemento que tendrá mayor relevancia.

M. G. N. Lo paradójico en todo esto es que el mestizaje, con una raíz colonial, se refleja en esa bella pintura, que tal vez usted recuerde, que dice que español con indio da tal... y esas combinaciones tan bonitas... y esos nombres tan pintorescos. Ahí está el mestizaje inicialmente, pero está el mestizaje estratificado; mientras que en el periodo nacional, en el siglo XIX, el mestizaje irrumpe adquiriendo una orgullosa conciencia nacionalista.

G. Z. Y ahí, ¿quiénes fueron los que lo trabajaron?

M. G. N. Es la voz del pueblo en parte; y en parte, tanto liberales como conservadores.

G. Z. Pensaba que era un fenómeno que se originaba en el campo ideal.

M. G. N. No, se lo apropian. En cierto sentido, tiene usted razón; pero lo interesante es que se lo apropian fraudulentamente.

G. Z. Como otras muchas cosas sin reconocer, sin dar crédito.

M. G. N. Cuando los liberales hablan de ellos mismos como si fueran mestizos... Y cuando uno va al Palacio Nacional, al recinto de homenaje a Juárez, y uno ve la hermosa colección de pinturas de las gentes de la reforma, por excepción son mestizos y por excepción son indios; la mayoría son criollos. Pero lo interesante es que ellos se apropian. Esto ocurre en la guerra de reforma y en la guerra contra el imperio de Maximiliano; fenómeno distinto es la república restaurada y sobre todo el porfiriato, cuando ya hay un planteamiento, incluso basado en el racismo europeo, de desprecio al indio y al mestizo y uno de los máximos exponentes de esto es (Francisco) Bulnes.

G. Z. Veo a Bulnes como uno de los que también elogian el mestizaje, dentro de la teoría racial spenceriana...

M. G. N. No creo yo que vaya por ahí... Bulnes tiene un enorme desprecio por el indio y por el mestizo, es un criollo. Pero usted se está saltando ahí a Justo Sierra.

G. Z. Justo Sierra, desde luego.

M. G. N. Fíjese usted en una cosa interesante; usted menciona a tres de los grandes creadores. Quizá el más sereno de todos y, al mismo tiempo, el más tramposo, es Justo Sierra.

G. Z. Claro, en su libro de 1900, *México, su evolución social*,⁶⁹ divulga, para un gran público, ideas que se venían manejando ya previamente; quien le dará una connotación más sociológica es Andrés Molina Enríquez.

M. G. N. Molina Enríquez es otro enfoque... Que por cierto, mi maestro Arturo Arnáiz y Freg, cuando dirigió mi tesis sobre Alamán, quiero recordar que alguna vez me dijo... ¿Usted conoce alguna fotografía de Andrés Molina Enríquez?

G. Z. La he visto en algún libro.

⁶⁹ Justo Sierra (1848-1912) (coord.), *México, su evolución social: Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana; de sus adelantos en el orden intelectual; de su estructura territorial y del desarrollo de su población*, dos vols., México, J. Ballezá, 1900.

M. G. N. Pero usted lo recuerda.

G. Z. Sin pelo, una barba...

M. G. N. Una barba muy abundante —no ridícula como la mía—, ¡barba en serio! Casi como la de mi paisano (Ignacio) Vallarta, que usted recuerda que tenía una barba que le llegaba casi a la barriga.

G. Z. Como la usaban en el siglo XIX.

M. G. N. Sí, los criollos... Porque sólo ellos tenían derecho a tener una barba como ésa... Los mestizos no llegamos sino a una barbita chiquita. Entonces Molina Enríquez es otra cosa. Recuerdo que Arnáiz y Freg algún día me dijo que Molina Enríquez era judío... Ésa es una hipótesis muy interesante. Debo adelantarle que cuando yo trabajé en la biblioteca de la Secretaría de Hacienda, hoy Biblioteca Lerdo, desde julio de 1950, como lector, cuando empecé a trabajar en el seminario de Historia Mexicana con don Daniel Cosío Villegas... Después mi compañero del Centro de Estudios Sociales, Rafael Urrutia, cuando lo hicieron director de Estudios Hacendarios, me hizo subdirector de la biblioteca... Entonces yo conocí a un hijo de Molina Enríquez, Renato Molina Enríquez, y lo conocí porque ambos colaborábamos en el boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

G. Z. Y su hipótesis...

M. G. N. Mi hipótesis es que el hijo no era blanco, quizá no tan blanco como el papá, y ya no usaba barba... Anécdota: era coqueto, se perfumaba mucho... Y una de las secretarias con las que yo hice amistad, Consuelo Acosta, lo traía vuelto loco... Y se echaba cada vez más perfume, para ver si con el perfume la contrataba.

G. Z. ¿En la biblioteca?

M. G. N. Sí, bueno, es una pista interesante lo que me dijo Arnáiz y Freg de que Molina Enríquez era judío; eso lo podemos relacionar con el criterio racista que utiliza, de una manera muy serena, en *Los grandes problemas nacionales*, en el que exalta el mestizaje, y de una manera casi violenta o, violenta a secas, en *La revolución agraria de México*, cinco tomitos como de

media cuartilla o más chiquitos. La ventaja de *La revolución agraria de México* es que tiene muchas fotografías y va diciendo: éste es indio, y pone al pie el nombre.⁷⁰ Pues resulta que no era indio, y hay un contraste entre lo que uno entiende por indio y lo que uno está viendo ahí. Ésa es una de las cosas más divertidas en las clasificaciones raciales, ¿verdad?

G. Z. Claro, pero entonces sí enfatiza el criterio racial.

M. G. N. Lo lleva a extremos casi hitlerianos, y estoy usando la palabra paradójicamente, porque Hitler persiguió a los judíos. Ésta es una pista interesante.

G. Z. Y quien continúa en dirección de la cuestión social es Gonzalo Aguirre Beltrán.

M. G. N. Sí, pero Aguirre Beltrán ya es otra cosa. Incluso lo traté en 1954, o sea hace 51 años, y lo traté porque la UNESCO le pidió a don Silvio Zavala que hiciera un libro sobre la política indigenista en México. Entonces Zavala formó un equipo, me parece que Aguirre Beltrán estudió la época prehispánica; (José) Miranda y Zavala la colonia; a mí me dejó el periodo nacional, y no me acuerdo a quién más el siglo XX... Era la mitad del siglo XX entonces.⁷¹ Pero Aguirre Beltrán tiene un origen personal y social diferente: era médico, doctor en medicina; por alguna circunstancia, que ignoro, se interesó por la antropología social, creo que se fue a estudiar a Chicago y se embarcó en el estudio de la población negra en México; pero con una formación cultural y con un origen social muy diferente al de Molina Enríquez y, por supuesto, al de los porfiristas.

SILVIO ZAVALA Y EL CEH

G. Z. Quería preguntarle ahora que lo menciona sobre Silvio Zavala, ¿cómo organizaba este tipo de trabajos colectivos?

⁷⁰ Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, México, A. Carranza, 1909; *La revolución agraria de México*, cinco vols., México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, s. f., con diversas ediciones a partir de 1970.

⁷¹ "Las instituciones indígenas en el periodo nacional", en *Métodos y resultados de la política indigenista en México*, México, Instituto Nacional Indigenista en México, 1954, pp. 113-169.

M. G. N. Él era un hombre extraordinario, yo lo admiro y le agradezco como a pocas gentes.

G. Z. De algún modo usted conoce la forma en que trabajaba Cosío Villegas...

M. G. N. Y conozco la forma en que trabajaba don Silvio Zavala.

G. Z. ¿Cómo era?

M. G. N. Era una cabeza perfectamente bien estructurada. Empecemos por recordar que don Silvio Zavala pertenece a la casta divina. Y tengo entendido que incluso tiene parentesco con Lorenzo de Zavala... que su familia es rica, como corresponde a la casta divina; tuvo la ventaja de que muy joven se vino a México a estudiar a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y cita, entre unos de los maestros que más le impresionaron, a alguien que a mí me sorprende, Narciso Bassols... Quizás el marxista más ortodoxo y más duro de la primera mitad del siglo XIX, un marxista muy rígido.

G. Z. ¿Y cómo era para organizar el trabajo, los proyectos...?

M. G. N. Quiero decirle, como tuve experiencia con él, un trato muy directo; yo lo veía cuando dirigía el Centro de Estudios Históricos, aunque los del centro de Estudios Históricos de El Colegio estaban en la Biblioteca de Hacienda en Palacio Nacional y los del Centro de Estudios Sociales estábamos en el local de El Colegio de México... Pero claro, un paisano me llevó a conocer dónde trabajaban en Palacio Nacional.

G. Z. ¿En Palacio Nacional?

M. G. N. Sí, en lo que es la Biblioteca de Hacienda, ahí trabajaba.

G. Z. ¿El Centro de Estudios Históricos?

M. G. N. Sí, ahí trabajaba.

G. Z. Ahí estudiaban y...

M. G. N. Los formó don Agustín Yáñez, que era el director de la biblioteca. Los formó en el depósito de libros, que era una sala muy grande, con los anaqueles, un corralito, por así llamarlo.

G. Z. Un cuarto...

M. G. N. Sí, pero grandecito, aislado.

G. Z. Pero ¿eso dónde está?, ¿en la Biblioteca Lerdo de Tejada?

M. G. N. No, en Palacio Nacional... Si no le estoy hablando de anteayer, la entrada estaba por Correo Mayor 31. ¡Sí, tantos años de mi vida los dejé ahí!

G. Z. Entonces ahí se formó el Centro de Estudios Históricos, en el Palacio Nacional.

M. G. N. Ahí, sí. Y ahí iba don Silvio Zavala a dirigir el Centro. Ahora, yo conocí a don Silvio Zavala en El Colegio porque los profesores de historia y los alumnos iban, naturalmente, a El Colegio, en donde yo estaba, donde yo estudiaba.

G. Z. ¿El Colegio en esa época estaba dónde?

M. G. N. Empezamos en Pánuco 63, en la colonia Cuauhtémoc. Don Daniel Cosío Villegas, director del Fondo del Cultura Económica, le prestaba a don Daniel Cosío Villegas, secretario de El Colegio, un cuartito para que estuviera ahí la secretaria de don Alfonso, y una sala grande para despacho de don Alfonso. Y era ahí donde se hacían las sesiones grandes; fuera de ese cuartito y de la sala donde estaba don Alfonso estaba la biblioteca, apenas un poco mayor que este cubículo mío. Ahí había una mesa al centro y ahí es en donde los del Centro de Estudios Sociales recibíamos nuestras clases... Ahí empezamos, y fuimos siguiéndole el camino, con los cambios de local de El Colegio, hasta que en [la calle de] Guanajuato tuvo El Colegio su primer edificio formal, que inauguró Díaz Ordaz, siendo presidente de El Colegio precisamente Zavala.

Bueno, usted me pregunta cómo era Zavala: era una cabeza perfectamente bien organizada, un hombre serio, sus enemigos dirían que hasta seco, pero yo diría que servicial.

G. Z. De pocas palabras...

M. G. N. Pocas palabras, pero las necesarias para ayudar si quería y podía... Y era un hombre que ayudaba, eso me consta a mí. Después de que don Daniel Cosío Villegas le pidió que dictaminara mi tesis sobre Alamán, que es un dictamen favorable, terminó diciendo en ese dictamen: “Es, con todo, el Alamán mejor penetrado en su conjunto y mejor ambientado que yo conozco”. Y gracias a ese dictamen, cuando lo nombraron director del Museo Nacional de Historia, que lo transformó, me invitó a trabajar con él en Chapultepec. Ahí vi cómo organizó el museo o cómo lo reorganizó: nuevas salas incluso... ¡Un espíritu muy abierto! Me acuerdo que en 1951 se iba a celebrar el cuarto centenario de la fundación de la Real y Pontificia Universidad y Sergio Méndez Arceo, que había hecho su tesis en Roma, precisamente sobre eso, nos fue a ayudar para ese acontecimiento.⁷² Me acuerdo que casi cuando yo entré Clemente Orozco pintó su mural sobre Juárez... No sé si usted lo recuerda, hay una gran cabeza de Juárez y está el cadáver de Maximiliano embalsamado y un soldado del batallón de los Supremos Poderes. Por cierto Clemente Orozco pintó a ese soldado del guardián que tenía a su lado, o sea, volteaba a ver al guardián y ahí quedó.

G. Z. Lo tomó como modelo.

M. G. N. Exactamente. Yo no sé si ese señor se habrá identificado después en el modelo.

G. Z. No le dieron el crédito.

M. G. N. Con esto, lo que le quiero decir es que era un hombre abierto, discreto, prudente, que hacía trabajar sin látigo, pero hacía trabajar... Me acuerdo cuando lo invitaron a Suecia, a no sé qué cosa; al regresar organizó una excelente sala de numismática. En eso trabajó mucho Alfonso García Ruiz.

G. Z. Era un hombre emprendedor.

⁷² Sergio Méndez Arceo, obispo de la diócesis de Cuernavaca, miembro de la Academia Mexicana de la Historia (1954-1972) y autor de *La Real y Pontificia Universidad de México: Antecedentes, tramitación y despacho de las reales cédulas de erección*, México, UNAM, 1952.

M. G. N. Sí, en todos los viajes que hacía siempre traía nuevas ideas y las aplicaba. Pensemos en esto de Zavala que también es muy importante... Cuando se acabó la primera promoción de Historia (sólo tuvo tres, la última fue la de Luis González), El Colegio entró en una crisis económica; apenas subsistían don Alfonso, su secretaria y unos cuantos investigadores; entre otros, don Alfonso (Reyes) le pagó una beca a Octavio Paz. Zavala reunió a sus alumnos en Historia y a unos más, por ejemplo yo, y se creó la Sociedad Mexicana de Historia.⁷³ Teníamos reuniones muy informales cada mes y cada uno iba informando de su investigación y discutíamos muy agradablemente. Y como Zavala tenía muchas conexiones con europeos y con norteamericanos, cuando llegaban a México, por supuesto lo visitaban, él los invitaba a que nos dieran una conferencia en la Sociedad Mexicana de Historia. Esa sociedad la dirigimos Carlos Bosch García y yo; tuve una muy buena amistad con Carlos, y siempre, como usted ve, la mano de Zavala muy atenta.

G. Z. Y discreta.

M. G. N. Sí, no hacía ostentaciones. Algunos de los mejores mexicanistas europeos y norteamericanos nos dieron conferencias en la Sociedad Mexicana de Historia.⁷⁴

G. Z. Y no le parece que fuera demasiado reservado, como que tendía a aislarse.

M. G. N. Quizá iba con su temperamento. Así como don Daniel era extrovertido y a veces violento, Zavala, por el contrario, era muy reservado, muy discreto, nunca le oí una palabra de más, nunca le oí una crítica violenta; le oí críticas, pero no violentas y mucho menos injuriosas.

G. Z. No era un polemista como Cosío Villegas.

M. G. N. No. Por temperamento evitaba la polémica lo más posible. Con (Edmundo) O'Gorman chocó porque éste, después de pasar algunos años en el Archivo General de la Nación, dio un cambiazco a una transforma-

⁷³ M. G. N. presidió la Sociedad Mexicana de Historia en 1950-1951, y la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas en 1952.

⁷⁴ Por ejemplo Marcel Bataillon, François Chevalier...

ción filosófica profunda y vio con enorme desprecio el trabajo que hacía Zavala y lo arremetió; la agresión vino de O'Gorman, Zavala se defendió con alfileres. Defendió su dignidad, no se puso al tú por tú, no iba con su temperamento el pleito.

G. Z. Le interesaba más su trabajo y que se hicieran cosas.

M. G. N. Era un maniático del trabajo. Hay una cosa que importa mucho: Zavala tenía una enorme capacidad de trabajo personal y una enorme capacidad para impulsar el trabajo de los demás; cuando él creía que alguien tenía posibilidades de hacer cierto tipo de investigación, ayudaba. ¡Yo se lo agradezco enormemente!

G. Z. ¿Y la relación de don Silvio con El Colegio? Tengo entendido que parte de su documentación se fue a la Facultad de Derecho de la UNAM.

M. G. N. Más que su documentación, su biblioteca. Por lo que yo sé, porque Zavala quería que su biblioteca fuera una subdivisión dentro de la biblioteca de El Colegio y que se llamara Silvio Zavala. En la biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, la que está en el Museo de Antropología en Chapultepec, hay una o dos bibliotecas que tienen el nombre de quienes las donaron. Con ese ejemplo Zavala quería donar su biblioteca a El Colegio, pero éste no aceptó, aceptaban los libros, pero los integrarían, los dispersarían; él, que quería conservar su nombre, prefirió donársela, si no me equivoco, al Instituto de Investigaciones Jurídicas y no al de Investigaciones Históricas, en la inteligencia de que él era egresado de la Universidad Nacional. Le platicué yo a usted que fue alumno de Narciso Bassols.

G. Z. Es una pérdida para El Colegio no haber aceptado.

M. G. N. Pero El Colegio no tuvo ese criterio.

G. Z. Don Silvio tuvo mucha presencia hasta los sesenta, pero después él se retiró.

M. G. N. Él se fue por razones personales a Francia. Fue agregado cultural con Jaime Torres Bodet. Y fue en esa época, en octubre del 57, cuando

yo llegué a Francia y, por supuesto, una de las primeras cosas que hice fue ir a saludarlo. Yo lo veía trabajar ahí mucho, él inició la publicación de la revista *Nouvelles du Mexique*. Me ayudó en todo lo que podía orientarme; por ejemplo, me acuerdo que cuando me fui a despedir, cuando se aproximaba el verano del 58, que yo tenía que irme por encargo de la Fundación Rockefeller, que me había dado una beca para estudiar e investigar allá, me dijeron que me fuera en el verano a Londres, entonces fui a decirle: “Maestro, me voy a ir a Londres, ¿qué cree usted que deba hacer yo?”. “Estudie la venta de los indios mayas a Cuba”. O sea, le salió lo yucateco, para fortuna de nosotros. Me fui a Londres y me dijo: “Conecte al director de los Estudios de América Latina, le dice que va de mi parte”. Trabajé muy duro, regresé a París y cuando me quedaba un trimestre que debía pasar en Madrid no dudé en seguir las pistas en Madrid de los indios mayas. Cuando estaba por terminar mi estancia en Madrid le escribí a Julio Le Riverand, cubano, quien había sido alumno de Zavala en El Colegio, a quien traté.

Julio, un hombre, un caballero extraordinario, es un caso curioso de un marxista, con una generosidad y una caballerosidad extraordinarias. Le escribí: “Julio, tengo esta experiencia en Londres, estoy en Madrid con esta misma pista; ¿cree que puedo seguirla en Cuba?”. Me contestó de inmediato: “Moisés, tú dime en qué avión llegas y yo te voy a recibir”. Al llegar a La Habana, Julio estaba al pie del avión (él colaboró con Fidel Castro hasta su muerte). Me hospedó en su casa y me encerró en el Archivo Histórico Nacional y me dijo: “Pon señales en los documentos que quieras. Yo después los fotocopiaré y te los mando a México”. Avancé enormemente en tres días. Me llevó a la Bodeguita del Medio... Ése fue mi premio.

G. Z. Era muy buen amigo.

M. G. N. ¡Extraordinario!

G. Z. Ha tenido buenos ángeles de la guarda... Porque en este trabajo también hace falta tener quien lo ayude a uno.

M. G. N. Cómo no, en el momento y en el lugar precisos.

G. Z. Y actualmente a don Silvio, ¿se le puede ver, se le puede entrevistar?

M. G. N. No lo sé, hace mucho que a Juanito Arellano —que fue contador de El Colegio, pero antes fue secretario de don Alfonso Reyes, y con quien tuve muy buena amistad, porque fuimos de los tiempos heroicos— hace tiempo que no lo veo. Pero él, por encargo de El Colegio, es secretario de Zavala. Y él me ha platicado que está recluido en su casa, tiene un ama de llaves; su segunda esposa, francesa, se quedó en París... Era muy agradable ser esposa de un embajador mexicano en París, pero ya no le gustó la idea de regresar a México. Sé que él, de cuando en cuando, va o iba a París. Creo que ella, muy de cuando en cuando, ha venido a saludarlo. Sus hijos, ya grandes, se han casado; ya tiene nietos y a lo mejor bisnietos y vive encerrado. Yo, la última vez que lo vi fue cuando cumplió años, no sé cuántos —ahora tiene 96— y ese aniversario de su natalicio se celebró aquí en El Colegio. Es la última vez que lo vi.

POSITIVISMO, HISTORICISMO, MARXISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA

G. Z. Me gustaría conversar, profundizar sobre un tema de interés para la historia, para la historia de la historia, que es el tema alrededor del positivismo. Se habla de que en México actualmente domina el positivismo en la historiografía, en la manera de trabajar la historia, que sigue vivo el positivismo... Esto aparece en seminarios y en discusiones académicas que de vez en cuando se tienen, y me parece que es una palabra, el positivismo, que quizá podría intentar aclararse un poco mejor. Ése es el marco que me interesaría, porque usted es un historiador muy importante a lo largo de la historiografía profesional, un historiador con una trayectoria muy amplia y que si se revisan sus obras, sus publicaciones, uno ve que ha ido incluyendo en sus trabajos un espíritu crítico y un espíritu reflexivo constante; usted tiene una visión muy completa de la historiografía como historiador activo y también como conocedor de la historiografía, por eso quisiera que pudiéramos centrarnos en el tema del positivismo. Cuando reaparece el término nos manda a la filosofía positivista derivada de la filosofía de aquellos trabajos de Augusto Comte y recibidos con gran éxito como parte de la reforma educativa de Gabino Barreda. Y después, durante el surgimiento de la historiografía profesional, vuelve a aparecer el término positivismo para caracterizar una de las corrientes, una de las formas de trabajo del historiador, incluso contrapuesta a ese otro calificativo, a esa otra etiqueta utilizada a veces —ya mucho menos—, la del historicismo. Entonces no

sé si podríamos hacer memoria y ver qué se podría entender hoy por ese término.

M. G. N. Estoy de acuerdo en que el positivismo de Augusto Comte tiene una gran aceptación en el último tercio del siglo XIX y quizá hasta el primer tercio del siglo XX. Yo añadiría lo siguiente: que no es sólo Comte, sino también Herbert Spencer. Planteo así la necesidad de que el positivismo lo entendamos en un primer momento en México por inspiración de Comte, pero en un segundo momento por la de Spencer; incluso la obra clásica de fines del porfiriato (coordinada por Justo Sierra) en su solo título, *México, su evolución social*, nos remite más a Spencer que a Comte. Creo que se sabe que entra en crisis en la primera década del siglo XX, con el anti-intelectualismo inspirado principalmente en (Henri) Bergson y en (Émile) Boutroux, y que tienen quizá como principal exponente a Antonio Caso y, en general, al Ateneo de la Juventud.⁷⁵ Entonces empieza a resquebrajarse un poquito este positivismo y me parece que la corriente principal que en la década de los treinta apunta es el marxismo; quizá en el campo de la historiografía el más representativo sea don Luis Chávez Orozco, quien trabaja la historia económica y social en el siglo XIX bajo ese ángulo. El marxismo tiene, pues, una importancia no sólo en la historiografía, sino muy acentuadamente en otros aspectos de la vida política y cultural del país; hay el momento de culminación en la presidencia de Cárdenas.

Con esto no quiero decir que Cárdenas haya sido marxista ni mucho menos marxista-estalinista, como sus enemigos lo acusaron. Lo que Cárdenas hizo fue aplicar radicalmente (uso la palabra radicalmente en su sentido etimológico de “raíz”) el Artículo 27 constitucional y por eso Cárdenas liquida, económica, social y políticamente, la hacienda. Tal vez el giro colectivo que le dio en Yucatán y en La Laguna es lo que dio origen a que se le acusara de comunista, lo cual ciertamente no fue Cárdenas, pero sí hay en el ambiente de la época y todavía quedan resabios de eso en la presidencia de Ávila Camacho (1940-1946), hay ideas vagamente marxistas que influyen en el campo de la cultura, en el campo de la política y, particularmente, en el de la historia.

Quisiera recordar que, por ejemplo, la Universidad de Guadalajara, hay un momento en que pretende ser socialista, aunque esa denominación dura poco tiempo. Y en correspondencia con esto se crea la FESO, Federa-

⁷⁵ Círculo de jóvenes escritores surgido en México en 1909, integrado, entre otros, por Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos.

ción de Estudiantes Socialistas de Occidente, que tiene mucha importancia no sólo en Guadalajara, en general en Jalisco, sino en estados vecinos; de ese organismo estudiantil tan poderoso salieron algunos políticos michoacanos, o el sinaloense Rodolfo González Guevara, líderes de la FESO. Eso nos está indicando quizá, no que hayan sido estrictamente marxistas, pero tenían un socialismo un poco vago que naturalmente a sus enemigos se los hacía blanco fácil, acusándolos de marxistas y aun de comunistas y, lo peor de todo, de marxistas-estalinistas. Esto se traduce en la historiografía en el que tal vez sea el historiador más importante, don Luis Chávez Orozco, repito; quizá en segundo término Agustín Cué Cánovas, de menor edad que don Luis Chávez Orozco, y que fue un hombre muy trabajador, también de esta inspiración marxista; esto se refleja no sólo en las obras que publica, sino por el hecho de que, como don Luis Chávez Orozco, llegó a ser subsecretario de Educación, aunque brevemente, de Cárdenas, y como Cué Cánovas fue egresado de la Normal Superior, era natural que en la enseñanza de la historia el marxismo estuviera presente. Tal vez a la distancia no pueda decirse que queda una huella viva (ahora que estamos en el 2007), pero sí podemos recordar que en cierta forma en esos años, sobre todo en la década de los treinta y todavía en el periodo de Ávila Camacho (1940-1946) hay una huella marxista que sustituye al positivismo, que se ve como una filosofía burguesa, y naturalmente se pretende que el marxismo era la filosofía del proletariado... Todo eso es una simplificación. En este momento en que platicamos, 1 de febrero de 2007... ¡claro que podemos decir que es una simplificación! Pero es una simplificación que operó de una manera muy amplia en su momento.

G. Z. En ese ambiente, ¿cómo es que se da la reaparición del positivismo, más directamente conectado con la historiografía?

M. G. N. El positivismo deja de tener vigencia políticamente; el positivismo, tanto el inspirado en Comte como el inspirado en Spencer, no sólo se refleja en la cultura, sino que se refleja en la política. Pongo por caso, para poner el ejemplo quizá clásico, a los "científicos". Pero políticamente el positivismo perdió el predominio, lo que no quita que haya habido una inercia positivista en la historiografía. Yo diría que eso podríamos ligarlo a dos de los grandes historiadores del siglo XX: primero don Silvio Zavala, desde que se fue a España a trabajar con (Rafael) Altamira a sus trabajos clásicos sobre la conquista en los años treinta, cuarenta; a partir de los

cincuenta, don Daniel Cosío Villegas, polígrafo por su formación inicial como economista, que en cierta forma rebasa los límites del positivismo; es muy posible y hasta probable que sí debamos encuadrar a don Daniel en el positivismo, pero es un positivismo diferente, desde luego, al de Justo Sierra y al de Francisco Bulnes. Y no sólo en el aspecto político —eso es obvio— don Silvio Zavala no es porfirista, sino en el aspecto propiamente historiográfico. Con mayor razón don Daniel Cosío Villegas se desprende del positivismo, con su raíz política e impulsado por su fuerte formación económica, le da un matiz, o algo más que un matiz, frente al positivismo clásico de Sierra y de Bulnes. Incluso, aunque podamos de alguna manera relacionar el positivismo de don Silvio Zavala y de don Daniel Cosío Villegas, entre ambos hay diferencias muy marcadas.

G. Z. ¿Hay alguno de ellos que se defina como positivista o es alguien más que dijo que eran positivistas?

M. G. N. Yo creo que ninguno de ellos se confesó, por así decirlo, positivista. Quizá quien pudo tener una conciencia mayor de serlo fue don Silvio Zavala, pero desde luego no creo que expresamente, por lo menos que yo lo sepa, él confesó ser positivista; fueron sus enemigos historicistas los que lo acusaron —y uso la palabra acusar— de ser positivista. Y, por tanto, de acuerdo con esta innovación que representa el historicismo en México, hay que ver el positivismo de Zavala como algo que pertenece al pasado y que ya no está vigente, digamos, bajo un punto de vista científico. Que yo recuerde, a don Daniel no lo acusaron directamente de su positivismo, entre otras cosas porque don Daniel, hay que partir de la base de cómo un hombre como él, polígrafo, que incluso él piensa como literato, se recibió de abogado, como también fue abogado Zavala, o sea, tenía una formación jurídica, pero tiene una inquietud literaria y luego se canaliza al campo de la economía, donde hace muy buenos estudios. O sea que cuando él en 1947 escribe “La crisis de México” llega con un bagaje intelectual que sí podríamos considerar ligado al positivismo en la historiografía, pero que tiene una formación mucho más amplia que eso. A diferencia de Zavala, en el caso de don Daniel cuenta mucho cómo llega y por qué llega a escribir historia. Sus enemigos, acaso no les falta alguna razón, pretenden que don Daniel llega a escribir historia después de haber fracasado en el campo de la política militante. Cuando en 1946 asume la presidencia Miguel Alemán, como se sabe, invita a algunos de sus maestros y a algunos de sus

compañeros abogados a participar como ministros en su gabinete y a don Daniel no lo invita. A la distancia, perfectamente podemos recordar que de los maestros y de los compañeros de Miguel Alemán, don Daniel era con mucho muy superior, y no lo invita. Y creo que se sabe que cuando hay un momento que parece que lo va a invitar, es Francisco Castillo Nájera (1886-1954)⁷⁶ quien, al enterarse del rumor, le pide a Miguel Alemán que no lo invite. Tal vez porque don Daniel era un hombre de una personalidad intelectual y personal tan vigorosa, y era un hombre tan independiente, y era un hombre tan duro, que Castillo Nájera teme que le pudiera ser perjudicial a Miguel Alemán.

Don Daniel queda marginado, y marginado es el antecedente de amargado, eso es comprensible. Ahora, de un modo u otro, él empieza en 1948 a repasar, como se sabe, lo que se había escrito sobre la historia de la república restaurada y el porfiriato, trabaja solo. Entonces empieza a proyectar, insatisfecho con lo que se había escrito sobre esos periodos, lo que fue la *Historia moderna de México*, que va de la república restaurada al porfiriato; incluso tiene un proyecto muy ambicioso de estudiar también la Revolución mexicana. Todo esto me consta porque estando yo trabajando como juez en Sayula, Jalisco, allá como por mayo o cosa así del año 1950, le preguntó a don Silvio Zavala por mí, porque sabía que don Silvio Zavala me había llevado a trabajar al Museo Nacional de Historia, cuando él fue director de ese museo. Yo le había informado a don Silvio Zavala que por razones familiares —mi papá estaba enfermo— me tenía que regresar a Guadalajara y que renunciaba al Museo Nacional de Historia. Zavala me dijo que no renunciara, sino que trabajara en Guadalajara los repartimientos de indios en la Nueva Galicia, lo cual hice; pero un amigo de la infancia, muy ligado a Miguel Alemán, cuando me vio entre papeles viejos me dijo: “Pero Moisés, ¿qué haces entre papeles viejos?, te voy a mandar —me dijo con mucha jactancia— de juez”. Yo me acababa de recibir de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y me cumplió. Me mandó 15 días a Cocula, la tierra del mariachi, luego a Sayula, la tierra del alma de Sayula. Ahí estaba yo muy contento.

Me llega una carta de don Daniel invitándome a trabajar en la *Historia moderna de México*, en la que me explica que iba a trabajarse en la república restaurada, el porfiriato y la Revolución mexicana, que según creo la

⁷⁶ Castillo Nájera, médico y escritor (miembro de la Academia Mexicana de la Lengua) fue secretario de Relaciones Exteriores con Manuel Ávila Camacho (octubre de 1945-noviembre de 1946).

íbamos a dejar en 1940. Esto es interesante, porque íbamos a detenernos apenas diez años antes del año en que don Daniel así lo considera. Me vine a México y ya vi cómo organizó don Daniel su seminario. Esto tiene importancia recordarlo porque fue muy discutido. Don Daniel decidió que se iba a estudiar la república restaurada como antecedente del porfiriato, el porfiriato y además la Revolución mexicana de 1910 a 1940. Empezaron a trabajar eso Enriqueta López Lira y nada menos que Pablo González Casanova, pero sólo trabajaron medio año, en parte tal vez porque Enriqueta tenía atenciones familiares que limitaban su trabajo y porque Pablo, pese a su indiscutible talento, tenía otras miras: Pablo se estaba convirtiendo de historiador en sociólogo, lo que en efecto hizo. Don Daniel canceló la parte de la Revolución mexicana, un poco después Pablo se fue a estudiar a Francia. Creo que esto es importante porque ayuda a entender cómo un planteamiento historiográfico tiene una base personal coyuntural y no es producto de un pensamiento libresco de una persona que está sencillamente sentada en su escritorio. Me atrevería a decir que toda esta larga exposición que acabo de hacer puede ser útil para que veamos ese ángulo de la cuestión.

G. Z. ¿En ese mismo sentido usted pensaría que Silvio Zavala generó una escuela historiográfica, una forma particular de trabajar la historia?

M. G. N. Yo creo que sí. No olvidemos que don Silvio Zavala funda el Centro de Estudios Históricos en 1941, cuando ya La Casa de España en México se había convertido, creo que en el año de 1940, en El Colegio de México. O sea en esta institución en que estamos nosotros en este momento, y el primer centro que se crea es el Centro de Estudios Históricos. El presidente de El Colegio era don Alfonso Reyes, el secretario don Daniel Cosío Villegas, y le encomiendan a Zavala que funde el Centro de Estudios Históricos. Y es importante que yo recuerde lo siguiente: me vine a México en el año 43 como estudiante, pero en julio de 50, como investigador invitado por don Daniel Cosío Villegas, los del Centro de Estudios Sociales, que dirigía nuestro maestro por antonomasia José Medina Echavarría, de los españoles republicanos, trabajábamos en un cuartito en Pánuco 63, que era una casa grande de la colonia Cuauhtémoc que rentaba el Fondo de Cultura Económica que dirigía don Daniel. O sea, don Daniel tenía una doble personalidad: dirigía el Fondo de Cultura Económica y era secretario de El Colegio; con ese carácter yo creo que le subarrendaba ese cuartito que fue la base, un

cuartito no más allá de este cubículo en el que estamos sentados, calculemos, de ancho qué serán, unos tres metros por cinco de largo, quizá un poquitito más. Era la biblioteca inicial de El Colegio de México, imaginémosla frente a ese gigante que es la actual biblioteca de El Colegio de México.

Además, ahí es donde teníamos clases los del Centro de Estudios Sociales; en cambio, los del Centro de Estudios Históricos tenían clases, dirigidos por don Silvio Zavala, aunque ya no en ese momento, sino en 41, la primera promoción, y la segunda, que fue la de 43. De la primera promoción queda Ernesto de la Torre Villar, afortunadamente; de la segunda promoción vive Pablo González Casanova; murió hace poco Luis González, y Emma Cosío de la tercera promoción. Es interesante recordar que don Silvio Zavala tenía su Centro de Estudios Históricos en la Biblioteca de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, hoy Miguel Lerdo de Tejada. Era director de esa biblioteca don Agustín Yáñez, y le prestó a El Colegio de México un espacio en uno de los depósitos de esa espléndida biblioteca donde se formó el Centro de Estudios Históricos. Para distinguirlo del resto del depósito de libros, que era una sala gigantesca, Yáñez puso barreras de anaqueles con libros, ahí enseñaba don Silvio Zavala. Estaban en la parte más próxima a la sección de historia. Es interesante recordar que estaban a unos metros de la excelente biblioteca del Museo Nacional de Arqueología, que hoy es el INAH, en la Casa de Moneda, a la vuelta, y a unos cuantos metros también del Archivo General de la Nación y como a unas cuatro cuadras de la Hemeroteca Nacional. Esto quiere decir que ellos tenían el material, la documentación, al alcance de sus manos y no es sorprendente, por tanto, que el positivismo de don Silvio Zavala haya tenido ese apoyo documental y que sus alumnos hayan podido aprovecharlo y por eso hayan tenido esa orientación.

G. Z. Pensando otra vez en el positivismo, y que políticamente el positivismo ya no representa lo que fue en el pasado, pensando que incluso el positivismo es una filosofía, una manera de estar y de pensar el mundo; quitando estos aspectos mayores, ¿qué connota el positivismo? Es decir, ¿cómo se le podría definir, cómo se podría caracterizar el positivismo de Silvio Zavala?

M. G. N. Usted dice que el positivismo es una filosofía, pero es una filosofía de la historia, eso es fundamental; las tres etapas de Comte y las tres etapas de Spencer.

G. Z. Enmarcada por una idea del progreso...

M. G. N. Sí, la idea del progreso es más de Spencer que de Comte. Pero si de algún modo la etapa positiva, que es el máximo al que puede llegar el ser humano según Comte, corresponde a la etapa industrial de Spencer, entonces para entender el positivismo en México es indispensable tener presentes esos antecedentes. Tal vez perdieron sentido políticamente y quedó para el campo de la historiografía la necesidad de un conocimiento que tuviera una base documental —no podía hacerse una afirmación que no estuviera respaldada con una base documental inmediata y precisa—, y si yo insistí tanto en los materiales de que estaban rodeados los alumnos de Zavala es porque tenían a la mano justamente los materiales que necesitaban para desarrollar ese pensamiento historiográfico.

G. Z. ¿Entonces no hay una renuncia a la filosofía de la historia positivista?

M. G. N. Quizá en la medida más abstracta sí hay un deslinde y se quedan con lo que justamente los historicistas les van a reprochar, es quizá esa idolatría del documento; pero ya está desprendido, me parece a mí, del aspecto abstracto más general tanto de Comte como de Spencer, porque eso queda más para el pensamiento y para la praxis política de Sierra y de Bulnes. Y quiero decir que no es extraño que Zavala sintiera simpatía por Justo Sierra y no sólo por razones peninsulares —don Silvio Zavala nace en Mérida, don Justo Sierra Méndez nace en Campeche—, y no sólo por eso, sino porque por la forma en que desarrolla su trabajo historiográfico Sierra coincide con lo que Zavala aprende de Altamira en Madrid.

G. Z. Justo Sierra le proporciona la base general, el programa general, y con esta dedicación, preocupación, aplicación en el trabajo documental, se trataría precisamente de dotar ese programa ofrecido por Sierra, de documentarlo; en ese sentido el positivismo en historiografía no es una metodología de la historia, implica también una filosofía.

M. G. N. Tienen una base filosófica muy sólida, pero creo que de alguna manera, al menos en el caso de don Silvio Zavala, es una base que está, diríamos, como supuesta, no necesariamente explícita ni aflorando en todo momento; me parece que por ahí puede ir la cosa. Ahora quisiera añadir algo con respecto a Spencer y el positivismo: en cierta forma, el darwinis-

mo social que tiene tanta importancia en un momento dado, de manera explícita a principios del porfiriato y de una manera explícita también, pero con un carácter político definido, el darwinismo social, inspiración de algún modo de Spencer, no está en el pensamiento historiográfico de Zavala, ni tampoco en el de don Daniel Cosío Villegas. Creo que hay que hacer constar esas diferencias. Ninguno de los dos tiene nada que ver con eso. Y don Silvio Zavala no tiene nada que ver con la religión de la humanidad de Comte, como no tiene nada que ver con el darwinismo social emparentado con Spencer.

G. Z. ¿En Justo Sierra se podría ver todavía?

M. G. N. Yo creo que en Justo Sierra sí, tanto en el Justo Sierra juvenil, que incluso es útil rastrearlo bajo el ángulo de la historiografía, porque están ahí las raíces, unas las desarrolla, y otras no; creo que sí está eso más explícito, pero en Zavala no. Ahora, no olvidemos una cosa también importante en el campo de la política: a don Silvio Zavala lo sorprende el estallido de la Guerra Civil española, si no me equivoco, estando en España y, si no me equivoco, él a las primeras de cambio declaró su simpatía por la república. Y por eso ayudó tanto a don Daniel Cosío Villegas y, por supuesto, a don Alfonso Reyes.

A don Daniel lo sorprende la Guerra Civil española, si no me equivoco, en Portugal. Don Daniel había estado en España también y había conocido a los españoles republicanos, a los historiadores y en general a los intelectuales; ellos conocían el medio, algunos de los más importantes habían sido sus compañeros o sus maestros. Eso permite que cuando don Alfonso Reyes con el general Cárdenas logra traerse un buen núcleo de estos españoles tenga el apoyo de don Daniel Cosío Villegas y de don Silvio Zavala, que facilitaron su tránsito. No olvidemos que entre los que llegaron, quizá no directamente, porque me parece que llegó primero a Estados Unidos, está uno de los antipositivistas más violentos de entre los españoles, Ramón Iglesia, que incluso llegó a ser violento con el propio Silvio Zavala. Yo diría que el debate antipositivista con una base historicista de Edmundo O'Gorman y de Ramón Iglesia llega a tener un carácter más violento con Iglesia, o de parte de Iglesia contra Zavala; y llega a ser violento de parte de O'Gorman contra Zavala. Quiero hacer constar una cosa, porque tiene importancia: tanto por su temperamento como por su formación intelectual y moral, en ese debate don Silvio Zavala fue el que adoptó la actitud

más discreta. Tal vez exagero si digo que hasta cierto punto puso la otra mejilla; como llegó a haber momentos de violencia personal, don Silvio Zavala buscó la manera de evitarlo, iba con su temperamento.

G. Z. De lo que usted recuerda, ¿qué es lo que al final estaba en juego? ¿Que unos privilegiaban el trabajo documental, el trabajo de archivo y otros no, o había algo más que no tenía que ver con el acercamiento propiamente al archivo, que en principio es lo que definiría el trabajo de la historia?

M. G. N. Sobre esto quiero decir lo siguiente. Voy a recordar un episodio personal: cuando hice mi tesis sobre Lucas Alamán en el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México en los años 1946-1947, dirigido por don Arturo Arnáiz y Freg, él me presentó a O'Gorman como empleado del Archivo General de la Nación; o sea, O'Gorman, que también era abogado, y al parecer buen abogado, litigante incluso; me parece que ni don Silvio ni don Daniel fueron litigantes, fueron juristas. Tengo entendido que O'Gorman sí fue abogado litigante, pues O'Gorman tenía un conocimiento documental nada menos que en el Archivo General de la Nación, y llegó a publicar documentos en el boletín del Archivo. La transformación de ese O'Gorman que se empapa documentalmente como empleado del Archivo General de la Nación al historicismo tiene otra explicación.

G. Z. Hemos hablado ahora del positivismo y los positivistas. Cuénteme ahora de los historicistas, ¿cómo son recibidos, cómo son vistos?

M. G. N. El historicismo en México yo creo que es fundamentalmente obra de O'Gorman y llegó a adquirir una gran importancia cuando empezó a escribir sus grandes libros. O'Gorman había empezado a estudiar historia en la Facultad de Filosofía y Letras, donde llegó a ser profesor, y tengo entendido, un profesor brillante. Yo lo traté un poco cuando me lo presentó Arnáiz y Freg, justo en el Archivo General de la Nación, poco después de que me lo presentó es cuando viene la transformación de O'Gorman. Él, aparte de un gran talento y una formación previa sólida, tenía algo personal, tenía garbo. Tal vez usted piense que estoy exagerando la importancia de esto, en cambio don Silvio Zavala no tenía garbo, quizá era hasta opaco, aunque yo diría que muy sobrio. Yo me preguntaría, y dejó la puerta abierta a la cuestión: hasta qué punto la solidez de Zavala

puede ser más perdurable que la brillantez de O’Gorman; habría que preguntarse qué queda de Zavala y qué queda de O’Gorman. Pero eso nos lleva a un problema grande.

Ahora, estamos dejando de lado a don Daniel Cosío Villegas, él es otro cantar, porque aunque lo podamos situar de algún modo en el positivismo, en buena medida gracias a su personalidad tan vigorosa, es diferente de don Silvio Zavala. Incluso voy a hacer referencia a algo personal: decía, hace un rato, que don Silvio Zavala era opaco frente al garbo de O’Gorman. Pero a don Daniel Cosío Villegas —y esto es un recuerdo que tengo del año 1943, cuando yo era un chiquillo— lo conocí cuando entré al Centro de Estudios Sociales; don Daniel sabía explotar muy bien su 1.85 de estatura, su fortaleza física. Incluso tiempo después me platicó que había jugado futbol... en el América, naturalmente. El América era el equipo de la clase media; del Atlante decían que era el equipo de los “prietitos”, o sea de los pobres. Es interesante esa confrontación física y biológica. Y es interesante que yo recuerde de qué lado estaba don Daniel. Así que el garbo que le sobraba a O’Gorman, más le sobraba a don Daniel; don Daniel yo creo que le llevaba bien unos diez centímetros a O’Gorman. Y él sabía explotar eso y lo sabía explotar incluso cuando se ponía al lado de don Alfonso Reyes, a quien yo también conocí en el año de 1943, y a quien traté en mis años de estudiante y de profesor en El Colegio. Yo creo que don Alfonso no pasaba del 1.60, y cuando estaban juntos, don Daniel sabía aprovechar esa diferencia. Puede creerse que estoy hablando de frivolidades, pero yo creo que tiene importancia. Y esto no es positivismo, esto iría más bien por el lado del historicismo, creo yo.

G. Z. ¿Usted piensa que sigue siendo útil actualmente usar el término “positivista” para caracterizar una manera de relacionarse con la historia?

M. G. N. Yo creo que no sólo es útil, es indispensable.

G. Z. ¿En qué sentido, qué connotaría?

M. G. N. Yo diría que el positivismo, en cierto sentido, es la historiografía más evidente, más natural; es la historiografía a un nivel si se quiere bajo, de los aficionados a la historia. Los que han destacado y los que siguen destacando en esa línea, y muchos en esto son los que tienen un interés en la historia de su estado, no digo la regional, sino de su estado, son positivistas.

Ahí no hay historicistas; repasemos las historias de los estados, la mayoría son positivistas y es natural, de dónde podían ellos sacar un enfoque historicista puesto que lo que habían aprendido de sus profesores era el más puro positivismo, sin saber que eso era positivismo.

G. Z. ¿Aun cuando el positivismo tenga esa carga filosófica subyacente?

M. G. N. La carga filosófica para este tipo de historiadores no cuenta, porque la ignoran. Ellos sólo saben que si quieren escribir la historia de Jalisco o la historia de Guanajuato, para complacerlo a usted, lo que tienen que hacer es ir a los archivos, es ir a las bibliotecas y encontrar la mayor parte de la documentación sobre su estado, y con eso les basta.

G. Z. Hay historiadores que han renunciado a seguir utilizando el término “positivista” para describir el oficio de la historia y optan más por una historia documentalista, es decir, dejan fuera el término positivista.

M. G. N. Bueno, puede tener utilidad eso en la medida en que muchos de estos historiadores no tienen la formación filosófica ni de Augusto Comte ni de Herbert Spencer, tienen simplemente una inercia documental; en ese sentido, puede ser útil ese deslinde. Ahora, tal vez haya, eso no lo sé, algunos historiadores que sí conozcan a Comte, que sí conozcan a Spencer y que tengan esa base filosófica, pero temo o sospecho que son los menos.

G. Z. En el momento en que el término positivista resurge en los años cuarenta para describir una manera, para dejar ver una escuela, representada por Silvio Zavala, ¿se tiene claro lo que se espera de la historia entendida como una ciencia?, es decir, ¿hay claridad como para pensar que la historia está a la par de cualquier otra actividad científica? ¿O existen dudas en los años cuarenta?

M. G. N. En los años cuarenta del siglo XX.

G. Z. Sí, cuando hemos estado recordando la época en que surge El Colegio de México. ¿En esa época se tiene claridad sobre lo que se va a entender por historia como una actividad científica?

M. G. N. Es viable, y es viable porque probablemente, para centrarnos en el caso de El Colegio de México, aunque la figura central sea don Silvio Zavala —si es que la fue—, Ramón Iglesia también fue maestro del Centro de Estudios Históricos, así que ahí hay un contrapeso. Y a mí me parece que sería cosa de examinar los casos pertinentes, hasta qué punto los alumnos o discípulos de Zavala recibieron otras influencias y no sólo la de él; estoy pensando, por ejemplo, en dos de los que más han trabajado —y digo “han” porque uno todavía está vivo, gracias a Dios—, Ernesto de la Torre Villar. Carlos Bosch, que trabajó tan excelentemente la historia diplomática, sobre todo con Estados Unidos en el siglo XIX, aparte de lo que él elabora, rescata una gran documentación, en ese sentido podría estar más cerca de Zavala que el propio Ernesto.

FORMACIÓN UNIVERSITARIA E HISTORIA

G. Z. ¿Qué papel tiene la historia en las universidades en esa época, en los treinta, los cuarenta, cuando están surgiendo estos nuevos centros de investigación, en las universidades de la ciudad de México?

M. G. N. No voy a hablar de la ciudad de México, voy a empezar por recordar mi natal Guadalajara. Terminé el primer año de la preparatoria en la Universidad Autónoma de Guadalajara, recuerdo que me impresionaba mucho que había un hombre lisiado, en su silla de ruedas, un hombre de unos 50 años, cuyo nombre no recuerdo ahora, me impresionaba mucho porque lo veía siempre sentado en su silla de ruedas con unos librotes; alguna vez tuve la curiosidad de ver qué estaba leyendo, y era al padre Mariano Cuevas, lo cual era muy natural. Ahora, cuando gracias a Dios a un compañero y a mí nos expulsaron de la Universidad Autónoma de Guadalajara y pasamos a la Universidad de Guadalajara, muy fresca todavía su tendencia socialista, el profesor de Historia de México era José Cornejo Franco, quien además era el director de la Biblioteca Pública de Jalisco, que se encontraba a espaldas de donde hoy está la estatua de Hidalgo en la plaza de la Liberación en Guadalajara, o sea a unos metros del ábside de catedral. Cornejo Franco era el profesor de Historia de la preparatoria; él en ese momento era el historiador jalisciense más importante, por cierto era muy buen amigo, como de la misma edad de don Agustín Yáñez, quien también fue mi profesor, en el Centro de Estudios Sociales

aquí en El Colegio de México. No olvido una escena muy interesante de cuando un compañero mío, Lamberto Rivasainz, de Arandas, de Los Altos de Jalisco —la tierra de sus ancestros si no me equivoco— un día, ante alguna pregunta que hizo Cornejo Franco, respondió: “Como dice Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, ‘cuando un grupo social de 300 personas’...”. Lo interrumpió Cornejo Franco, quien era muy burlón: “¿Está usted seguro de que eran 300, o está seguro Engels de que eran 300, no pudieron haber sido 299, o no pudieron haber sido 301?”. Así murió este alarde de su marxismo. Creo que es oportuna esta anécdota que responde a la cuestión de qué se enseñaba o cómo se enseñaba la historia. Quiero añadir lo siguiente: Cornejo Franco, a quien yo seguí tratando después de que fue mi profesor, como director de la Biblioteca de Jalisco, y quien fue muy amable conmigo, un poco para justificar ese tipo de respuestas en una universidad que acababa de llamarse socialista, decía: “Bueno, yo ciertamente soy profesor de Historia de México en esta preparatoria, soy director de esta biblioteca, pero yo de ningún modo voy a faltar a la verdad y voy a decir que soy socialista; yo soy burgués, yo vivo, no de mi sueldo de profesor de Historia de México en la preparatoria, ni de mi sueldo como director de la Biblioteca Pública, yo vivo, literalmente, de mis rentas”. Era cínico y le gustaba hacerle al cínico a Cornejo Franco.

G. Z. ¿Cuando usted llega a México se encuentra un ambiente similar en las universidades? Me refiero a la Universidad Nacional.

M. G. N. Quiero recordarle que antes de llegar a México, después de pasar por la preparatoria, yo estudié casi completo el primer año de Derecho. Y casi todos mis profesores eran marxistas, quizá el único profesor no marxista era el de Derecho Civil, Alberto Fernández, quien por cierto había estudiado aquí en México en la Universidad Nacional y era un excelente profesor de Derecho Civil de primer curso. José Montes de Oca y Silva, quien había sido mi profesor de Sociología en la preparatoria, y de Sociología en la Escuela de Derecho, era marxista. José Hernández Arámbula, que nos daba Historia del Derecho, era un caso interesante; él era más o menos marxista, pero enseñaba la Historia del Derecho, nada más y nada menos que con una persona que usted conoce muy bien, Toribio Esquivel Obregón, que es inútil decir que no tenía pero ni la más mínima relación con el marxismo. Es interesante ver cómo un marxista o cuasi marxista enseña con la *Historia del derecho* de Esquivel Obregón, entre otras

cosas. ¿Por qué? Porque no hay otra, no hay otra obra con la que pudiera enseñar. Había un profesor de Historia de las Doctrinas Económicas, el licenciado Carlos Osorio, un expositor brillantísimo, marxista también. De modo que yo vine con una formación de mis profesores marxistas en la Universidad de Guadalajara y me encuentro que aquí, en el Centro de Estudios Sociales, en mis tres años de estudiante, ¿qué nos enseñan?: Max Weber en Sociología, que estaba traduciendo José Medina Echavarría, y que lo tradujo justo cuando fue mi profesor. Él tradujo sólo el tomo primero, el segundo Juan Roura Parella, el tercero Eduardo García Máñez y Eugenio Ímaz y el cuarto y último José Ferrater Mora. Manuel Pedroso, que había sido profesor en Sevilla y había traducido *El capital* de Marx, pero sus malquerientes decían que lo había traducido mal; y Pedroso nos dio cursos de Ciencia Política, los tres años.⁷⁷ También, como Medina Echavarría, se inspiraba mucho en [la teoría política] de Harold Joseph Lasky (1893-1950).

Si no me equivoco es un apellido judío, esto no tiene mayor importancia, sino el hecho de que Lasky escribió un libro pequeñito sobre Marx, con quien simpatizaba, pero no tenía nada que ver con Stalin ni con Trotsky. Mis profesores en Economía fueron Josué Sáenz (Ciclo Económico), y los tres años también Víctor Urquidi (Teoría Económica). Ellos enseñaban inspirados en [la teoría económica] de John Maynard Keynes (1883-1946). En resumidas cuentas, yo paso de una enseñanza marxista o predominantemente marxista en el primer año de Derecho a una formación de Max Weber en sociología, Lasky en ciencia política y Keynes en teoría económica. Aquí me dio clases en El Colegio de México José Miranda, “Instituciones sociales del siglo XVIII”, y Arturo Arnáiz y Freg, “México en el periodo nacional”. A los dos habría que ligarlos con el positivismo, aunque los dos eran talentosos, y en todo caso su positivismo no era dogmático. Habría que pensar cómo se enseñaba la historia en la Universidad Nacional, y de eso yo no tengo una experiencia personal, porque no estudié en la Facultad de Filosofía y Letras. Tampoco tuve una experiencia directa en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

G. Z. Se enseñaba la historia, ¿y qué tanto se investigaba la historia?

⁷⁷ Manuel Martínez Aguilar y de Pedroso (1883-1956), español nacido en Cuba, doctor en Derecho por la Universidad Central de Madrid (1910), diputado a las Cortes en 1936, llegó exiliado a México en ese año. En 1938 se incorporó como profesor a La Casa de España.

M. G. N. Creo que se investigaba la historia documentalmente en El Colegio de México; dentro de una orientación historicista en la Facultad de Filosofía y Letras con O’Gorman, que cada vez adquiriría mayor fuerza. No hay que olvidar que en esos primeros años de O’Gorman hay un grupo de historiadores que se podrían considerar positivistas: Pablo Martínez del Río y Alberto María Carreño. Ellos eran los grandes maestros, incluso por edad, y para usar la expresión clásica, saber y gobierno; eran mayores que O’Gorman, él era más joven. Y es quizá, en cierta forma, contra ellos, en su propia facultad, con quien combate O’Gorman, y contra Zavala y contra Miranda en El Colegio de México. En cierta forma Arnáiz y Freg fue un poco equilibrista. Hay que recordar una cosa interesante de él, y es que empezó a estudiar Medicina, uno o dos años, y luego ya se dedicó enteramente a la historia; estudió Historia en la Facultad de Filosofía y Letras y fue profesor de ella en esa facultad. A él le tocó ser sinodal de O’Gorman, creo que era un poco menor de edad que O’Gorman. Se cuenta una anécdota interesante: cuando Arnáiz y Freg empieza su réplica en el examen doctoral de O’Gorman dice más o menos esto: “Sólo nos falta añadirle a usted una ‘r’” (estaba O’Gorman optando por el grado de doctor). ¿Qué quiere decir esto? Que llama a O’Gorman un hombre doctor. Esos juegos de palabras eran muy del gusto de Arnáiz y Freg, y tenían mucho, pero mucho éxito, sobre todo entre sus alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria.

LA HISTORIA, ¿UN OFICIO DE ARTESANOS?

G. Z. ¿Le satisface pensar que la historia es ante todo un oficio de artesanos?

M. G. N. Yo le quitaría la expresión “ante todo”, diría que la historia es un trabajo artesanal, pero no aceptaría que fuera “ante todo”. Diría que la historia es una reflexión a la que llegamos con una angustia existencial, que le damos salida —unos más, otros menos— con un trabajo artesanal. No sé si así responda a su pregunta.

G. Z. ¿Me podría explicar un poco más lo de la angustia existencial?

M. G. N. Sí. Cuando yo era muy joven y terminaba mis estudios aquí en El

Colegio de México y también en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, fui alumno de José Gaos en el Centro de Estudios Sociales. Y es muy útil para lo que estamos platicando, porque eso me permite recordar que Leopoldo Zea, quien se acababa de consagrar con sus dos libros de *El positivismo en México*,⁷⁸ Gaos nos dio Historia de la Filosofía de los Presocráticos a la Edad Media en el Centro de Estudios Sociales, y Zea Filosofía de la Ilustración.

Para responder a la pregunta, al traducir Gaos al filósofo alemán Martin Heidegger se puso de moda el existencialismo, y como si no tuviera cosas que hacer, me daba tiempo de ir corriendo de mi Facultad de Derecho, en (las calles de) Argentina y San Ildefonso, al Centro Cultural Universitario, raíz de lo que es la Iberoamericana, que estaba en Coyoacán, y escuchaba ahí, martes y jueves, al padre José Manuel Gallegos Rocafull: Filosofía del Derecho del padre Suárez, que embonaba muy bien con mis intereses como estudiante de Derecho, y el existencialismo.⁷⁹ Debo añadir una anécdota: Gaos decía que el único que conocía el existencialismo en México era él; no necesitaba decir que el padre Gallegos Rocafull sólo lo conocía de oídas. Cuando utilicé la palabra “angustia existencial” quizá recogí algo que estaba en el ambiente de mis años juveniles, recogí esa expresión y la hice mía, porque tal vez tuve, por diferentes razones, en determinados momentos, una angustia existencial. Puedo añadir que tal vez me serenó el haber empezado a estudiar al filósofo francés Jacques Maritain, incluso cuando era estudiante de Derecho en la Universidad de Guadalajara; de algún modo cayó en mis manos *Tres reformadores* de Maritain.⁸⁰ A partir de ese momento empecé a estudiarlo, incluso tuve el gusto de conocerlo personalmente en 1947, cuando Maritain (con Bertrand Russell copresidentes de la UNESCO) celebró una reunión en México. Luis Recásens Siches, filósofo del derecho y sociólogo que había conocido a Maritain en Nueva York, en la Escuela Libre de Altos Estudios, lo invitó a dar una conferencia en mi querida Escuela Nacional de Jurisprudencia. Yo traducía bien el francés pero tenía un conocimiento casi nulo de la audición del francés, pero no podía perderme esa conferencia, aunque apenas entendí

⁷⁸ Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1943 y *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1944.

⁷⁹ José Manuel Gallegos Rocafull (1895-1963), miembro del exilio español, publicó en esos años *La doctrina política del p. Francisco Suárez*, México, Jus, 1948.

⁸⁰ Jacques Maritain (1882-1973), *Trois reformateurs: Luther, Descartes, Rousseau*, París, Plon-Norrit, 1925; *El crepúsculo de la civilización*, tr. Agustí Bartra, México, Quetzal, 1944.

dos o tres palabras. La conferencia fue sobre “La persona humana y el bien común”, tema muy del gusto de Maritain.⁸¹

G. Z. ¿Y cómo relaciona usted su angustia existencial de esos años con la historia?

M. G. N. En cierta forma qué bueno que me lo plantea usted así: yo llegué a la historia por la necesidad, por la angustia existencial de saber si Lucas Alamán era, como decían algunos católicos más o menos eminentes de la época, un historiador católico. Por eso lo escogí para mi tesis, canalicé de ese modo mi angustia existencial; gracias a que estaba estudiando a Maritain creo haber entendido quién fue Lucas Alamán.

G. Z. Perdón que se lo diga, pero en este punto usted coincide con O’Gorman, cuando O’Gorman decía que los temas verdaderos del historiador surgen de las entrañas, es decir, surgen de la angustia existencial.

M. G. N. Me alegra que usted me diga eso, porque estoy coincidiendo con un hombre eminente. Quiere decir entonces que los dos éramos atormentados. A mí, gracias a Dios, me serenó Maritain. Me curé de espantos estudiando a Alamán.

ENSEÑANZA, DIVULGACIÓN DE LA HISTORIA E INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

G. Z. Encontré que usted tiene diversas entrevistas que le han hecho a lo largo de los años y pensé que iba a encontrar una en el libro que publica-
ron Enrique Florescano y Ricardo Pérez Monfort, *Historiadores de México en el siglo XX*.⁸²

M. G. N. No conozco el libro, ¿y quiénes son éstos de caballería de la portada?

G. Z. Es un libro sobre los historiadores del siglo XX. En la portada aparece un grupo de zapatistas, creo.

⁸¹ Jacques Maritain, *La persona y el bien común*, Buenos Aires, Desclée de Brouwer, 1948.

⁸² Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE, 1995.

M. G. N. Déjeme ver la lista de los que entrevistaron.

G. Z. Entonces no conoce el libro, porque aparece un texto suyo, por eso quería preguntarle...

M. G. N. No conocía el libro.

G. Z. ¿Y su texto?

M. G. N. Como que quiero recordar, pero tengo que buscar en mi bibliografía: ya ve usted que me expulsaron de la Autónoma y aquí habla de Cornejo Franco, que enseñaba sin libro de texto con criterio liberal pero no jacobino, aquí está lo de la burla que le dije a usted, que le dije a mi compañero Lamberto. Bueno, muy bien.⁸³

G. Z. Entonces no recuerda usted este texto, cuándo lo escribió, cómo lo escribió.

M. G. N. Trato de recordar que sí escribí eso, pero no me acuerdo cuándo fue.

G. Z. Da la impresión de que está hecho con base en un cuestionario.

M. G. N. Debe haber sido así, nos debieron haber dicho qué temas debíamos desarrollar.

G. Z. Me llaman la atención dos o tres aspectos... con lo que cierra su entrega: el primero es en relación a la enseñanza de la historia, lo que usted piensa que se puede esperar de la enseñanza de la historia para los docentes, y escribe: "Considero que como la enseñanza de la historia tiene que ver más con el civismo (adoctrinamiento de los dogmas y valores oficiales), la investigación histórica va a la zaga de la enseñanza, en tanto un grupo tiene el poder de cambiar la política gubernamental". Yo le quería preguntar sobre esta contraposición que usted hace entre la enseñanza de la historia y la investigación histórica. Señala que la investigación histórica va a la retaguardia, podríamos decir, en relación a la enseñanza, en la medida

⁸³ "Moisés González Navarro", en *Historiadores de México en el siglo XX*, op. cit., pp. 383-386.

en que “un grupo tiene el poder de cambiar la política gubernamental”. Hay un factor político que parece interferir en la enseñanza de una historia que se pretendería “objetiva”. Mientras la enseñanza de la historia esté en manos del gobierno...⁸⁴

M. G. N. Tengo la impresión de que esto debió haber aparecido en alguna de las entrevistas que me han hecho y que Arturo, mi ayudante, ha recogido. Porque no me es desconocido lo que ahí digo.

G. Z. Sí, es un pequeño texto que usted seguramente entregó y ahí comenta la relación entre la enseñanza de la historia y la investigación histórica. Parecería que usted dice ahí que mientras la enseñanza de la historia tiene que ver con políticas oficiales, es decir, básicamente está controlada por la Secretaría de Educación Pública, en cambio la investigación histórica va a la zaga en la medida en que no tiene el control político, en el sentido de influir políticamente.

M. G. N. Estoy pensando si podríamos considerar este ejemplo: la Secretaría de Educación le pidió al doctor Javier Garciadiego, presidente actual de nuestra institución, que se escribiera un texto sobre Juárez para repartirlo en las escuelas privadas y desde luego en las oficiales; el profesor Garciadiego le pidió a la doctora Josefina Vázquez que hiciera el proyecto que usted conoce, ¿verdad? Ése es el sentido político de la enseñanza, ahí enseñanza no quiere decir estar en un aula, es enseñanza a través de un libro. Ahora, comparemos con mi libro sobre Juárez que usted tiene por ahí, como un trabajo de investigación básica como se le dice. Me preocupa la palabra que va a la “zaga”, en qué sentido lo dije. Yo estaba pensando en lo siguiente: ¿Cómo podríamos imaginar el impacto de un libro que se publica por cientos de miles de ejemplares con un libro de investigación del que se publican mil ejemplares?

En ese sentido la investigación va a la zaga. La enseñanza, y es natural, puesto que la Secretaría de Educación lo pide, se publica por cientos de miles y se regala. Pensemos una cosa: por pequeño que sea el libro para que pudiera resultar barato, aun publicándolo por cientos de miles, quizá no se vendería tan fácilmente; pero, en cambio, si se regala, es de suponerse que si los profesores, tanto de las escuelas privadas como de las oficiales,

⁸⁴ *Historiadores de México en el siglo XX, op. cit.*, p. 385.

cumplen con su obligación, tendrían que pedirle a sus alumnos que lo lean y preguntarles sobre él, porque el riesgo sería que aunque el libro se regale a cada uno de los alumnos si no les dicen “lo tienen que leer y les voy a preguntar sobre él”, qué puede pasar; yo creo que no es exagerado pensar que algunos de esos libros, aunque regalados, no se leyeron, ¿no cree usted que cabe esa hipótesis? Puede uno pensar que los mil ejemplares del otro libro, el que se compró, sí se van a leer, aunque tampoco es absolutamente seguro, pero sí hay una probabilidad mayor. No sé si algo de eso tenía yo en mente cuando dije eso.

G. Z. Sí, porque usted aquí indica claramente que hay un desfase entre lo que corresponde a la divulgación de la historia y lo que corresponde a la investigación histórica; en ese sentido se podría hablar en la historia, así como en las otras ciencias, que también está esa división entre investigación básica e investigación aplicada, ya ve que en la física, en las matemáticas siempre hacen esa distinción. Cabría pensar que en la historia también hacen esa distinción, es decir, hay investigación básica y luego la investigación aplicada que tendría que traducirse en este espacio de divulgación de la historia y que cada segmento corresponde a tiempos diferentes de elaboración: investigación básica implica más tiempo...

M. G. N. Pensemos en el folleto que escribió Josefina, ella ha hecho investigación básica del tema, si no, no se hubiera aventurado a hacer el folleto. Detrás de la investigación aplicada o como le llamo yo ahí...

G. Z. Le llama investigación histórica.

M. G. N. Hay una investigación básica, Josefina ha estudiado con mayor o menor profundidad ese periodo o el personaje.

G. Z. Hay quien piensa que en México buena parte de lo que producen los historiadores que investigan en un centro de investigación no llega a las aulas. Hay quien tiene la impresión de que los centros de investigación han permanecido relativamente aislados y que buena parte del conocimiento que ellos están produciendo no se conoce, no llega al gran público, que hay una brecha muy grande.

M. G. N. En eso estoy totalmente de acuerdo, esa reflexión es válida; pero

estaba pensando, si sacamos el asunto de los centros de investigación, entonces saquemos el de los que escriben por su cuenta. El asunto de Francisco Martín Moreno, porque en cuanto a lo que se escribe en investigación básica en los centros de investigación no llega al gran público, a mí me parece absolutamente correcto; aun historiadores que publican con tirajes grandes para lo que es normal en este tipo de libros y aun cuando tengan varias reediciones o reimpressiones, es corto; pero estoy pensando en que si no debemos considerar otro tipo de libros de historia. Estoy pensando en Francisco Martín Moreno, él publica sus libros con títulos muy llamativos, con tirajes de 130 mil ejemplares; me parecen altísimos, incluso si no fueran libros de historia, sino que fueran novelas muy consagradas, tendríamos que pensar en la importancia de esos libros.⁸⁵

G. Z. Menciona también la televisión. De que la historia ya no llega fundamentalmente a través de los libros, sino de aquella.

M. G. N. La televisión es otra cosa, incluso estoy recordando que parece que anteaayer veía yo que Enrique Krauze, después de que este domingo hace ocho días publicó un artículo sobre la Constitución olvidada, o sea la de 1857, el domingo anterior publica un artículo ya expresamente sobre la Constitución de 1857 en el (periódico) *Reforma*.⁸⁶ Ahora, el hecho de que éstos sean artículos periodísticos, pero de un periódico como el *Reforma*, que tiene un tiraje alto, se va a quedar corto ante lo que vi ayer o anteaayer, que Krauze iba a hablar sobre la Constitución de 1857 en el canal 2; aunque ahí el inconveniente es que lo va a hacer a las doce de la noche, lo que va a limitar su auditorio. Pero de todos modos hay una diferencia aplastante frente a un tiraje inicial de mil ejemplares; quiere decir que para el gran público lo que Krauze diga sobre la Constitución de 1857 o lo que Krauze escribió sobre la Constitución de 1857 el pasado domingo en *Reforma* o lo que vaya a decir o ya dijo a las doce de la noche en el canal 2, podrá resultar tremendamente aplastante frente a un tiraje de mil. Es probable que ese libro se lo impriman, yo tengo algunos libros de tiraje corto reimpresos, dos, tres, hasta cuatro reimpressiones. En la *Historia documental de México*, segundo tomo, que vamos a reimprimir en

⁸⁵ Por ejemplo, entre las obras de Francisco Martín Moreno, *México mutilado. La raza mal-dita*, México, Alfaguara, 2004.

⁸⁶ Los artículos referidos de Enrique Krauze son "La Constitución olvidada", *Reforma*, 21 de enero de 2007, y "Un crítico de la Constitución de 1857", *Reforma*, 28 de enero de 2007.

la Universidad Nacional y que va a tener la ventaja de que se va a poner al día, porque Stanley Ross en la parte de la Revolución mexicana llegó hasta el año 1960. Hira de Gortari se incorpora a este grupo y va a llegar prácticamente hasta el presente, esto quiere decir que algo se recupera, va a ser la cuarta reimpresión de la *Historia documental*. Yo en la *Historia documental* tengo tres secciones: empiezo con la primera sección que hizo Ernesto de la Torre sobre “La guerra de Independencia”; yo hice sucesivamente “La época de Santa Anna”, “La reforma y el imperio” y “El porfiriato”; “La Revolución mexicana” la hizo Stanley Ross, y para la cuarta reimpresión la que está terminando Hira de Gortari y que debió habernos entregado su borrador en este mes de enero pasado, para llegar hasta el presente. Yo creo que eso sería un caso extraordinario de un libro que empieza con un tiraje limitado, pero que con su reimpresión aumenta su conocimiento. De todos modos muy por debajo, pongo por caso, de los libros de texto gratuitos, que es otra cosa de la que no hemos platicado, porque antes de que la Secretaría de Educación el año pasado hiciera el folletito sobre Juárez, la Secretaría de Educación ha estado imprimiendo el libro de texto gratuito y ahí hay partes que se dedican a la historia y esos son libros para los escolares y ahí sí creo que pueden ser obligatorios. Yo creo que la forma en que se repartió el folletito de Juárez no lo hizo obligatorio, aunque lo hayan repartido. De todos modos es evidente que la distancia entre ese tipo de libros y los libros que salen de los centros de investigación, pues es muy desfavorable para los que salen de los centros de investigación.

A mí me gustaría decir que en este caso de Francisco Martín Moreno no lo he leído directamente, he leído las páginas enteras con las que se anuncia en el periódico *Reforma*; no sé si se anuncie en otros periódicos, pero en el *Reforma* le debe costar bien caro a él o a quien lo imprimió una página entera, que sólo se justifica si hace ese tipo de tirajes, como además los títulos que le pone a sus libros son tan llamativos y como además sus libros son tan polémicos, supongo que es uno de los historiadores...

G. Z. ¿Usted lo conoce a él?

M. G. N. No lo conozco personalmente. Una vez le pregunté sobre él a Josefina Vázquez precisamente, ella parece ser que sí lo conoce.

G. Z. Él no hace investigación histórica.

M. G. N. A eso quiero llegar, sus libros él los llama novela histórica. Naturalmente, en cuanto a novela no está obligado a hacer una investigación propiamente rigurosa, “científica”, con sus fuentes y todo su aparato erudito, pero es evidente que de cualquier modo él llega a un gran público.

ENTRE LA BIOGRAFÍA Y LA OBRA

G. Z. Usted escribe, pasando a otro aspecto, que la historia expresa los intereses del grupo al que pertenece el historiador, que se encuentra su origen en lo más íntimo del autor.

M. G. N. Creo que eso lo podría relacionar con lo que platicábamos hace un rato de la angustia existencial; la angustia existencial me parece a mí que nos lleva a esto que acaba de leer.

G. Z. Y también a la pertenencia de algún grupo.

M. G. N. Si alguien se tomara la molestia de estudiarme a mí, si quisiera explicarme, tendría que empezar por saber dónde nací, cuándo nací, cómo fue mi familia, dónde estudié desde la primaria hasta mis estudios profesionales, quiénes fueron mis maestros, quiénes fueron mis compañeros, quiénes fueron mis alumnos; eso explica que yo en la dedicatoria de mi libro sobre Juárez agradezco la ayuda de mis familiares, mis amigos, mis maestros, mis compañeros y mis alumnos, y no es un capricho que yo hable de esos cinco grupos.

G. Z. En ese contexto de la relación entre biografía y obra, haciendo memoria, ¿en qué obra, en qué etapa de su vida se ha sentido más cómodo?

M. G. N. En el siglo XIX, en mi tesis en El Colegio de México sobre Alamán, en la Facultad de Derecho sobre Vallarta, porque yo escogí los temas y los desarrollé: la tesis de Alamán bajo la dirección de Arnáiz y Freg, la tesis de Vallarta solo, pero me sentí también muy cómodo siete años, los mejores de mi juventud en *El porfiriato: La vida social*, porque lo hice formando parte de un grupo encabezado por un hombre extraordinario y con compañeros extraordinarios; quisiera recoger entre mis compañeros extraordinarios a Luis González, a Francisco Calderón y a Fernando Rosensweig. También

me sentí muy cómodo muy recientemente, cuando escribí *Cristeros y agraristas en Jalisco*, porque ahí me oriento a mi estado natal y ahí estoy haciendo en cierta forma una autobiografía. ¿Por qué escojo a los cristeros? Porque de algún modo, no totalmente, pero de algún modo, representaron la defensa de la Iglesia católica frente a la masonería de Calles y los agraristas; porque representaron la defensa de los despojados de sus tierras por la hacienda; generalmente en la historiografía o se es cristero o se es agrarista, yo soy cristero y soy agrarista y así dedico mis libros, en uno a los cristeros y a los agraristas y en otro invierto, a los agraristas y a los cristeros.

G. Z. ¿Entonces se podría decir que todas las obras son importantes, pero que esta obra en particular es la que más le satisface?

M. G. N. Tal vez sí, porque en cierta forma recoge mis intereses iniciales de Alamán, Vallarta, *El porfiriato: La vida social* y los centra en algo que me llegó tan cerca como que la guerra cristera empieza justo el año en que yo nací, y aunque yo, por supuesto, no participé en ella, sí la sufrí, porque la Guerra Cristera va de 1926 a 1929, pero sí (sufrí) las consecuencias inmediatas.

G. Z. ¿En qué sentido?

M. G. N. En la medida en que yo recuerdo que teniendo cinco años, o cosa así, llegó a celebrarse misa en mi casa en Guadalajara, porque todavía no se regularizaba el culto en las iglesias, y eso sí recuerdo que me dejó una huella muy grande. O pocos años después, ya un poco mayor, cuando mi mamá nos llevaba a mis hermanos y a mí a la iglesia de San Agustín, a dos cuadras de mi casa en Guadalajara, llegábamos a la hora de la misa y estaba cerrada la puerta, pero eso era una ficción, los fieles la empujaban entraban y la cerraban, eso ya debió haber sido en la época de Cárdenas; se mantenía la ficción anticlerical pero de hecho Cárdenas, a diferencia de Calles, suavizó muchísimo la persecución a la Iglesia. A mí me impresionaba cómo era posible que existiera esa ficción, yo me decía: "Si está cerrada, que la cierren de a de veras, y si vamos a entrar, ¿por qué no la abren?". Eso creo que se refleja en alguno de los dos apéndices de un libro que está inédito pero que se relaciona con esto, *Religioneros, cristeros, masones y agraristas*, en los que hago una lista muy precisa sobre las iglesias cerradas al culto y sobre las iglesias abiertas al culto, sobre todo en la época de Cárdenas, porque ya con Ávila Camacho el problema desapareció.

G. Z. Hecho este trabajo de reconstrucción histórica que lo relaciona con una huella, con un recuerdo muy profundo, ¿cuál es el resultado después de haber vuelto a los orígenes? Después de haber vuelto y recreado el motivo...

M. G. N. El resultado fue que yo creo que escogí ese tema precisamente por esa experiencia que tuve de que se hubiera celebrado la misa en mi casa cuando tenía cinco años, allá por el año de 1930 o 1931, o como por el año de 1935, 1936 o 1937 de cuando iba a misa a San Agustín en Guadalajara, de cuando la puerta estaba cerrada y uno tenía que empujar y abrir y la obligación de volver a cerrar, tenía entonces unos diez años y me era incomprendible esa ficción.

G. Z. El trabajo del historiador es un esfuerzo de comprensión, de comprender lo que no tenía explicación. Después de haber explicado qué efecto tuvo ese recuerdo, ¿lo ha transformado a usted?

M. G. N. Es una experiencia muy grata, porque hace poco tiempo estuve, en noviembre de 2006, se celebró en Guadalajara, por el CIESAS Occidente, un coloquio: “A 80 años de distancia del levantamiento cristero”. Me hicieron el favor de invitarme y que yo abriera el coloquio; creo que tiene relación con lo que estamos platicando, que yo haya seleccionado ese libro inédito todavía, *Religioneros, cristeros, masones y agraristas*: el prólogo del libro, el primer capítulo que se llama, creo, “Minirrevolución”, el epílogo y los apéndices, en los que yo explico esta situación de cuántas iglesias cerraron en esos años, cuántas se abrieron, creo que es la mejor manera de responder a lo que usted me pregunta. Ahí se ve muy claro hasta qué grado me impactó esa experiencia de los cinco años y de los diez años; y que yo dejé mi conciencia o mi corazón tranquilo cuando escribí sobre eso.

G. Z. ¿Y con qué situación se ha sentido más incómodo? Usted ha hablado de la etapa, de la obra en donde usted se ha sentido más a gusto.

M. G. N. Es difícil, quizá la respuesta debiera ser así: en la medida en que después de *El porfiriato: La vida social*, obra en la que yo participé invitado, a partir de entonces, todo lo que he investigado lo he escogido, en tal caso podría decir que no hay una obra con la que yo no me haya sentido a gusto por el tema o por el periodo; lo que tendría que intentar es hacer una je-

rarquía de las obras con las que me he sentido más a gusto o menos a gusto; pero por el solo hecho de yo haberlas escogido estoy contento con ellas.

G. Z. Por los libros, pero también se puede hablar de artículos. ¿Hay algunos artículos que usted recuerde especialmente?

M. G. N. Hay un artículo que es muy definitivo en mi vida: “La ideología de la Revolución mexicana”. Rafael Moreno, quien era ayudante de Samuel Ramos en la Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional, organizó un coloquio sobre la Revolución mexicana. Éramos amigos y platicábamos de lo que estábamos trabajando; cuando le dije que estaba empezando a trabajar la Revolución mexicana me hizo el favor de invitarme; me dejó en libertad para que yo escogiera el tema y di una ponencia, porque eso se presentó en conferencias, yo fui uno de los conferencistas y di la ponencia sobre la ideología de la Revolución mexicana, en donde hice un primer intento de sistematizar lo que estaba avanzando en el conocimiento de la Revolución mexicana. No sé si le he llegado a platicar que ese artículo me originó que, por rebote, Emilio Uranga, movido por el secretario de López Mateos, quien por cierto había sido mi compañero en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, para agredir a don Daniel Cosío Vilegas, no por mí, invitó a Emilio Uranga a que me criticara. Emilio Uranga me agredió y le contesté, tuvimos una polémica muy violenta. Hasta me da risa recordar que una vez que caminaba con mi esposa por la calle de San Juan de Letrán, y cuando estábamos a punto de tropezarnos con Emilio Uranga, me dice mi esposa: “Ahí está Uranga, hazte el disimulado”, ella lo conocía; yo, para no tener un enfrentamiento, incluso físico, porque a ese grado habían llegado las cosas, me metí a una tienda, creo que fue muy prudente porque Uranga, con buen sentido, se hizo el disimulado y pasó de largo; eso es para que vea hasta qué grado llegó la violencia en esa ocasión. Ahora, por otro lado, esa ponencia fue bien recibida por otras personas aquí en México; en el extranjero, por ejemplo, Stanley Ross la incluyó en el libro en el que se pregunta si está muerta la Revolución mexicana. Entonces se publica en inglés esa obra, se publica en español y se hacen traducciones al francés y hasta al japonés, y hace escasamente medio año me llamó por teléfono un ayudante de Manuel Bartlett, que fue senador del PRI, en nombre de Bartlett, para que le explicara cómo podía conseguir mi libro. Él lo llamó libro sobre “la ideología de la Revolución mexicana”; le expliqué: “no es un libro, es un artículo” y le dije de qué se trataba.

“Lo voy a hacer fotocopiar y se lo voy a mandar al señor Bartlett”, quien al recibirlo, me llamó por teléfono y me dijo: “Ya recibí su libro, agradezco su envío y veo que es un artículo, pero yo sabía que era una cosa importante por eso se lo pedí, le agradezco mucho”; así que hasta ese grado llegó ese articulito mío, y es una cosa que me llena mucho de satisfacción, porque yo empezaba a estudiar la Revolución.

G. Z. ¿Cuál es el balance que usted hace hoy del fenómeno llamado Revolución mexicana?

M. G. N. Creo que lo primero sería que precisáramos qué fue la Revolución mexicana. Algunos exageran su alcance e incluso sus enemigos pretenden que fue una revolución comunista. Pongo por caso nada menos que a Luis Cabrera, ¡nada menos!, lo cual demuestra que están totalmente equivocados. La Revolución mexicana, me parece a mí, hay que verla como una alianza de clases; una clase media, urbana, muy politizada que tiene una bandera sobre todo, precisamente, política. La bandera que recoge Madero: “Sufragio efectivo, no reelección”; pero otra clase fundamental es la bandera de Zapata: “Tierra y libertad”. Estas banderas chocan, ya que los intereses de un hacendado tan poderoso como Madero, y los intereses de un líder campesino —el cual había sido despojado de sus tierras por las haciendas vecinas— naturalmente son contradictorios y chocan. Y la Constitución de 1917 concilia ambas banderas; la bandera política de Madero y la bandera agraria de Zapata, que había recogido el propio Luis Cabrera en la Ley del 6 de enero de 1915, bajo los auspicios de Carranza, y cuajan esos intereses zapatistas en el Artículo 27. A partir de entonces, en la medida en que había patrocinado la Ley de enero de 1915 como presidente constitucional, aplica de una manera muy tímida la reforma agraria, viene el levantamiento de Obregón de Agua Prieta. Obregón desarrolla una política agraria en la que combina los intereses de la pequeña propiedad agrícola, no sólo los comunales, que se convierten en ejidales de Zapata, y podemos llegar hasta el año 1931, en que la Ley del Trabajo recoge los intereses obreros que ya había establecido el Artículo 123 de la Constitución; pero con la Ley Federal del Trabajo los precisa y los detalla y de ese modo pueden desaparecer varias leyes.

Esto liquida política, social, económicamente a la hacienda, fundamentalmente la vence. Cárdenas crea una situación de mucha intranquilidad entre los hacendados, Ávila Camacho frena un poco la reforma agraria,

pero al mismo tiempo la completa, es ahí donde ya puede decirse que eso nos lleva al terreno de Miguel Alemán, que sucede a Ávila Camacho, en el que ya lo que es propiamente la Revolución mexicana se desequilibra a favor de los intereses que había encabezado Madero, o sea a favor de los intereses de clase media convertida en una burguesía neolatfundista. Es así como nace otro artículo mío que me gusta mucho, que fue una ponencia que llevé a un coloquio que organizó Claudio Veliz, chileno, en Oxford, Inglaterra, sobre “Obstáculos al cambio”; presenté como ponencia un artículo en español, porque yo no tenía la competencia para escribirlo directamente en inglés, pero que tradujo Claudio Veliz como “La Revolución desequilibrada”.⁸⁷ Cuando le enseñé a don Daniel Cosío Villegas la traducción que iba a defender en Oxford me dice: “Esto del ‘lop-sided revolution’ no estoy seguro, pero déjeme, le voy a hablar a Víctor”; Víctor era, como usted puede imaginarse, Urquidí, y don Daniel, que sabía muy bien el inglés, prefirió tener la seguridad de que Urquidí, que lo sabía mejor todavía, le dijera cómo podía traducirse eso, y Urquidí me dijo: “puede traducirse como desequilibrada”. O sea, que los intereses de la burguesía se habían ya sobrepuesto a los intereses zapatistas, campesinos, agrarios, obreros, de la Ley Federal del Trabajo y de ese modo se justificaba el título de “desequilibrada”. Creo que éstos son los dos artículos que más me complacen, tanto como lo que pueda considerar como más satisfactorio de algún libro mío. Por supuesto, esta conferencia fue bien recibida por algunos del coloquio, un coloquio internacional, no sólo éramos latinoamericanos. Se me va ahora el nombre de este historiador de nacionalidad inglesa, me parece que europeo, muy bueno, de los últimos años, que me felicitó por mi ponencia, lo cual naturalmente me complació.

G. Z. ¿Cree que todavía se puede decir algo sobre la Revolución mexicana, o la Revolución está agotada?

M. G. N. Creo que la Revolución está muerta, para utilizar la metáfora que utilizó Stanley Ross.⁸⁸ En la medida en que se desequilibró y se fue crecien-

⁸⁷ “Mexico: The lop-sided revolution”, en Claudio Veliz (comp.), *Obstacles to change in Latin America*, Nueva York, Royal Institute of International Affairs, 1965, pp. 206-229; publicada en español como Claudio Veliz (comp.), *Obstáculos para la transformación de América Latina*, México, FCE, 1969, pp. 196-214.

⁸⁸ Stanley Ross (coord.), *¿Ha muerto la Revolución mexicana?*, México, SepSetentas, 20-21, 1970.

temente desequilibrando; pensemos que de Miguel Alemán, y lleguemos hasta (Gustavo) Díaz Ordaz, que acentúa el desequilibrio; un poco demagógicamente Luis Echeverría trata de equilibrar: demagógicamente, porque no ataca los problemas estructurales. Leía hace dos o tres días que en el repaso que están haciendo los candidatos del PRI a la dirección de ese partido, Beatriz Paredes y Enrique Jackson, alguien dice que ya no debe aparecer en el programa del PRI ninguna referencia a la Revolución mexicana.⁸⁹

G. Z. Cuando aparecieron los libros últimos, los grandes libros sobre la Revolución mexicana, el libro de Alan Knight y el libro de François-Xavier Guerra...⁹⁰

M. G. N. Debo decirle lo siguiente, yo discrepo de ambos. Alan Knight me parece que no añade nada fundamental, pero naturalmente, como es europeo, sobran malinches y lo aplauden. Y debo añadir que con François-Xavier Guerra, una compañera de usted, de la Iberoamericana, Tere Franco, mi queridísima e inolvidable Tere Franco, era la directora del INAH, y organizó en el Museo de las Intervenciones un debate entre François-Xavier Guerra y un servidor. Nos dimos un agarrón, pero de los buenos. ¡Un agarrón intelectual! No como la grosería, la agresión de Uranga. ¡Un agarrón tremendo!, pero de diferente naturaleza; acaso un debate muy duro pero muy directo; le dije a François-Xavier Guerra que aunque su libro fuera útil, discrepaba en el fondo de él, porque de un modo o de otro su libro justificaba el porfiriato. Soy antiporfirista, como le dije, yo he escrito como antiporfirista fundamentalmente, lo que no quiere decir que no reconozca los aspectos positivos del porfiriato. Lo interesante es que, años después, me encontraba en Madrid trabajando en la Biblioteca Nacional de Madrid —no sé si se lo he llegado a platicar—, estaba viendo unos periodicosotes, cuando a mi lado izquierdo una voz me dice: “El Colegio de México”. “¡Ay caramba!”; dije, volteo y era François-Xavier Guerra. Naturalmente, me puse de pie y nos dimos un abrazo ¡muy afectuoso!, platicamos el resto de la mañana de todo lo malo y lo divino. Con esto lo que quiero ratificar es que el agarrón que nos dimos en Churubusco, patrocinado por su compa-

⁸⁹ La entrevista tuvo lugar el 1 de febrero de 2007.

⁹⁰ François-Xavier Guerra, *México: Del Antiguo Régimen a la Revolución*, dos vols., México, FCE, 1988; Alan Knight, *The mexican revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986. Versión en español, *La Revolución mexicana: Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, México, Grijalbo, 1996.

ñera Tere, fue un agarrón estrictamente académico, nada personal, como lo demuestra el hecho de que se haya aproximado a saludarme de manera tan afectuosa.

G. Z. ¿Su antiporfirismo es sinónimo de identificación ideológica con la Revolución, o no necesariamente?

M. G. N. Es sinónimo. Le voy a responder de esta manera: cuando usted me haga el favor de visitarme en mi biblioteca, usted se va a encontrar que al fondo hay una buena pintura de Emiliano Zapata. Y cuando las personas me preguntan: “¿Por qué está Emiliano Zapata presidiendo ahí?” respondo lo siguiente: “Porque el papá de mi esposa fue soldado zapatista y porque yo fui alumno de Antonio Soto y Gama”.⁹¹ Creo que con eso le respondo.

G. Z. Hay una cuestión emocional...

M. G. N. Yo lo expreso emotivamente, pero estoy defendiendo una bandera. Si yo hubiera sido hijo de hacendado porfirista, escribiría de otra manera. Aunque quiero decir que eso no significa que mis ancestros hayan sido desharrapados: un don Cecilio Alba, mi bisabuelo, el que se llamaba Moisés González Alba; mi abuela por el lado paterno era Refugio Alba, ellos eran de Lagos de Moreno, para mi gusto la más bella y la más culta de las ciudades de los Altos. Don Cecilio Alba estaba en el seminario, estalla la guerra de reforma y combate del lado de los liberales, vino la intervención y el fusilamiento de Maximiliano, lo premian dándole unas tierras en lo que puede llamarse “la Siberia de México” en aquel entonces, en la costa de Jalisco, a la mitad, en Tomatlán. ¡Nomás imagínese usted lo que pudieran haber sido esas tierras allá por los años de 1870! Incluso, cuando yo fui por primera vez a Tomatlán estaba casi totalmente incomunicado, ahora se llega por una carretera que va desde Puerto Vallarta hasta la costa de Colima. ¡Excelente carretera! Pero cuando fui por primera vez, era un viaje... pero con todas las de la ley. Ahí le dieron tierras a mi bisabuelo; él era un hombre muy trabajador y muy inteligente y se hizo de una hacienda de beneficio en El Bramador, en la parte más alta de la sierra Madre Occidental.

⁹¹ Antonio Díaz Soto (1880-1967), fundador del Partido Nacional Agrarista en 1920 y profesor de Historia de México y de Derecho Agrario en la UNAM y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia desde 1937.

De ahí mandaba los metales que trabajaba a lo que hoy es Puerto Vallarta, que entonces se llamaba Las Peñas —si usted recuerda Puerto Vallarta, hay tres grandes peñas, son las que le daban el nombre entonces—; por azares del destino, tal vez alguna crisis minera, pierde su hacienda de beneficio, se regresa a Tomatlán y la familia viene a menos, pero no totalmente a menos. Pero como la familia crecía, mi papá se fue a trabajar a Guadalajara —formaba parte de una familia que fueron diez hijos, yo sólo conocí a seis incluyendo a mi papá—, se fue a trabajar con ayuda de algún paisano suyo, trabajó como mozo en el Hotel Francés, que todavía existe a espaldas del palacio de gobierno. Pero como mi papá era un hombre estudioso y con carácter, estudió y se hizo un modesto empleado, pero ascendió un poquito. Con esto lo que le quiero decir es que cuando estalla la Revolución, allá mi bisabuelo —que nunca quiso ir a Guadalajara, después de que prácticamente toda la familia se había ido para allá— subsistía con las tierritas que le regalaron por haber combatido del lado de los liberales. Todo esto lo digo para justificar que aunque no eran unos desharrapados, tampoco estaban en ese momento al nivel que pudieron haber llegado cuando mi bisabuelo tenía su hacienda de beneficio. Con esto vuelvo a lo que empezaba yo a explicar... Me considero antiporfirista porque rechazo la explotación de los obreros, porque rechazo el despojo de las tierras a las comunidades indígenas y, en última instancia, porque rechazo al dictador. Esto quiere decir que primero enarboló la bandera de Zapata y en segundo lugar la de Madero, además de que, por Madero, tengo simpatía y admiración, porque él podía haber vivido el resto de su vida muy tranquilo gozando de las riquezas de su familia, y les sobraba riqueza. Pero era un hombre bueno y se opone a la dictadura de Porfirio Díaz y combate también el despojo de las tierras por la desamortización que habían llevado a cabo los liberales.

G. Z. Aunque pueden parecer dos figuras contradictorias Zapata y Madero.

M. G. N. Y lo fueron, porque aunque hay un momento en que coinciden, cuando empiezan a exigirle a Madero que cumpla a los campesinos despojados de sus tierras, Madero pide que eso se haga, pero con mucha calma y por procedimientos legales —que no son ciertamente revolucionarios y que por tanto son lentos— y Zapata es impaciente, y tiene razón en ser impaciente porque teme que eso no es sino una manera de aplazar, de manera casi indefinida, el cumplimiento de las exigencias de los campesinos despojados. Por eso rompe Zapata con Madero.

G. Z. Eso es opuesto, ¿no?

M. G. N. En un momento coincidieron, por eso le digo a usted: en la Revolución mexicana veo primero a Zapata y en segundo lugar a Madero, no a la inversa. Y quiero recordar que hace muchos años, cuando se planteaba en unas elecciones, en Acción Nacional, invitaron a participar a Emilio Madero, hermano de Francisco. Y pretendían que con eso estaban enarbolando la bandera de la Revolución mexicana. Estaban enarbolando una de las banderas, ellos usaban un artículo definido: la bandera; yo uso un artículo indefinido: una de las dos banderas... Y para mí es importante, pero menos importante que la de Zapata.

G. Z. Volviendo al territorio de los historiadores, ¿dejamos la Revolución mexicana?

M. G. N. ¡La enterramos si es preciso!

G. Z. ¿Cómo valora usted, qué piensa de la crítica? Es decir, usted ha hablado ya de situaciones polémicas, su obra ha sido recibida a lo largo del tiempo, ha tenido una recepción crítica en el sentido de lectores interesados. ¿Cómo ve usted la evolución de la crítica histórica en México, es decir, aquella referida propiamente al gremio de los historiadores?

M. G. N. Voy a empezar por el final a la pregunta que usted me hace: en el último número de *Historia Mexicana*, que es nuestra revista en El Colegio, leí un comentario muy extenso, creo que es de Solange Alberro, muy severo sobre un libro que se acaba de publicar en España, pero muy severo y todo parece que muy correcto; leí una reseña sobre algún otro libro, muy severa, y releí una reseñita que hice sobre el periódico cristero *Peoresnada*, publicado por Alicia Olivera y una persona que yo no conocía y cuyo nombre no recuerdo ahora, en el que digo que Alicia es pionera en el estudio de la guerra cristera y que la otra persona hace una historia, o pretende hacer una historia maniquea de la Iglesia, equivocada por lo que dice, cómo lo dice y por lo que omite. Así que yo no canto tan mal las rancheras en cuanto a severidad en *Historia Mexicana*.⁹² Ahora, empiezo por el final, creo que valdría la pena hacer una buena tesis —y usted que es profesor aquí,

⁹² Ambas reseñas se encuentran en *Historia Mexicana*, vol. LVI, núm. 3, enero-marzo de 2007.

en activo, porque tiene alumnos, porque yo no los tengo desde hace algún tiempo— que usted dirigiera una tesis precisamente sobre lo que me está preguntando ahorita. Se me ocurrió justamente al escuchar su pregunta y creo que sería una tesis que usted debe dirigir.

G. Z. Podría ayudar a entender cómo ha funcionado la historia y su crítica, la forma como se ha escrito...

M. G. N. Creo que hay que pensar a partir de un determinado año. Y quizá un buen momento podría ser el año en que se funda *Historia Mexicana*, porque se sistematiza, y don Daniel Cosío Villegas tuvo entre otras buenas soluciones al fundar *Historia Mexicana*, él la hace para apoyar la *Historia moderna de México*, eso es evidente, y está en su derecho. Pero él dio entrada a críticas de varios temas, incluso tuvo la honestidad de publicar una crítica que me parece que hizo Mario Gil —que me parece que fue un pseudónimo de un hombre de extrema izquierda— contra alguno de sus libros. Eso honra a don Daniel. Creo que son pocos los casos de que una gente en una posición como la de don Daniel hubiera hecho lo mismo. Diría que empezáramos con el año 50, a la mitad del siglo XX; hay que buscarlo en otras revistas especializadas tanto del Distrito Federal como de los estados, y luego no sólo buscarlo en las revistas especializadas, porque hay revistas que no son de historia pero que hacen críticas de libros de historia, estoy pensando, por ejemplo, en la revista de la Universidad de México. Sería una buena tesis, que usted dirigiera ese tema, y me atrevo a sugerir que el punto de partida puede ser ése, porque antes no creo que haya habido una función sistemática de la crítica. Eran más ocasionales; habría que buscarlo también no sólo en las revistas especializadas o en las no especializadas sino en los periódicos. Estoy pensando que sería útil, aunque quizá sea un poquitito atrás, recoger no sólo crítica de libros, sino una cosa como esto que en su momento fue tan importante: cuando, pistola en mano, se le echaron de a montón a (Silvio) Zavala, porque negó la autenticidad de los restos de Cuauhtémoc en Ixcateopan; Eulalia Guzmán, una dama muy respetable, pretendía que eran los restos de Cuauhtémoc, y don Wigberto Jiménez Moreno, que terció en el debate y que era muchísimo más peleonero que Zavala —¡ah!, pues don Wigberto era paisano de usted— dijo que eran “huesos de perro”.⁹³ Con esto, a lo

⁹³ La arqueóloga Eulalia Guzmán (1890-1985) realizó una investigación sobre los restos de Cuauhtémoc en Ixcateopan, Gro., en 1942-1951.

que quiero llegar es que también en la prensa periódica habría que buscar la crítica.

G. Z. Una última pregunta: ¿usted identifica organismos internacionales que hayan fomentado la historia en México, en el periodo moderno, contemporáneo?

M. G. N. Si incluimos entre organismos internacionales a la (revista) *Hispanic Historical Review*, sí. Y habría que trabajar mucho por ese lado, o más recientemente *Latin American Review*, o habría que buscar en los *Annales* en París, donde yo mismo he publicado, o en otras publicaciones francesas y, desde luego, inglesas y españolas.

G. Z. Pero que no son propiamente organismos.

M. G. N. No, no son organismos pero habría que buscar por ese lado también; yo las añadiría a las revistas y a las publicaciones en las que habría que rastrear eso. Ahora, como organismos quizá podría ser la Fundación Hispánica, que entiendo que Lewis Hanke la dirigió con mucho provecho para nosotros, ése sí es un organismo internacional y habría que pensar en organismos de ese tipo.

G. Z. En general, su apreciación sobre la crítica, ¿cómo la expresaría? ¿Ha sido una crítica que ha favorecido el desarrollo de la disciplina?

M. G. N. Creo que ha favorecido, aunque algunas de las veces las críticas han sido violentas —incluso en aspectos personales— o han sido débiles. Yo creo que de cualquier manera es mejor que se publiquen críticas a que no se publiquen.

G. Z. Por el bien de la profesión.

M. G. N. ¡Exactamente! Es mejor que sepamos qué se hace, bueno o malo, rojo o negro.

G. Z. ¡Muy bien, muchas gracias!

CRONOLOGÍA MÍNIMA

- 1926** Moisés González Navarro nace en Guadalajara, Jalisco. Sus padres son Moisés González Alba y Josefina Navarro.
- 1931-1935** Primaria en el Colegio Alcalde.
- 1934 Fundación del Fondo de Cultura Económica.
- 1936 Daniel Cosío Villegas inicia las negociaciones para el traslado de intelectuales republicanos a México.
- 1936-1939** Concluye primaria y secundaria en el Colegio López Cotilla.
- 1938 Por acuerdo del presidente Cárdenas se crea en julio La Casa de España en México.
- 1939 Fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1940-1941** Preparatoria en la Universidad Autónoma de Guadalajara y Universidad de Guadalajara.
- 1940 La Casa de España se transforma en El Colegio de México.
- 1941 Creación del Centro de Estudios Históricos por Silvio Zavala.
- 1942** Estudios de Derecho en la Universidad de Guadalajara.
- 1943-1945** Estudios en el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, fundado por José Medina Echavarría.
- 1943 Creación de El Colegio Nacional por Octavio Véjar Vázquez.

- 1945 Fundación del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM por Rafael García Granados y Pablo Martínez del Río.
- 1947 Daniel Cosío Villegas publica "La crisis de México". Edmundo O'Gorman publica el libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.
- 1946-1948** Bajo la dirección de Arturo Arnáiz y Freg realiza su tesis sobre Lucas Alamán y obtiene el título de maestro en Ciencias Sociales el 17 de febrero de 1948. Se publica en El Colegio de México en 1952, bajo el título *El pensamiento político de Lucas Alamán*.
- 1948-1954** Se incorpora como historiador al Museo Nacional de Historia, dirigido por Silvio Zavala.
- 1949** Obtiene el grado de licenciatura en Derecho por la UNAM con una tesis sobre Ignacio Vallarta (*Vallarta y su ambiente político-jurídico*) publicada ese año por la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas.
- 1950** Ejerce como juez de primera instancia en Cocula y Sayula, Jalisco. Se integra como profesor-investigador en el Centro de Estudios Históricos y es invitado a participar en el seminario de investigación sobre la Historia Moderna de México iniciado por Daniel Cosío Villegas.
- 1951** Daniel Cosío Villegas funda la revista *Historia Mexicana*.
- 1950-1951** Presidente de la Sociedad Mexicana de Historia.
- 1952** Presidente de la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas.
- 1955-1969** Subdirector del Departamento de Bibliotecas de la SHCP.
- 1957-1959** Estancia de investigación en la École Pratique des Hautes Études, París.

- 1959-1960** Se inicia el seminario de Historia Contemporánea. Participan Eduardo Blanquel, Josefina Vázquez, Moisés González Navarro y Enrique Semo. Desde 1963, González Navarro es su director.
- 1961** Publicación del ensayo “La ideología de la Revolución mexicana”. Se inaugura la sede de El Colegio de México en la calle Guanajuato 125, en la colonia Roma.
- 1962** El presidente Adolfo López Mateos decreta que El Colegio sea “escuela de tipo universitario” (7 de nov.).
- 1965** Publicación del ensayo “Mexico: The lop-sided revolution”.
- 1976** El Colegio de México se traslada a su sede actual en Camino al Ajusco, Pedregal de Santa Teresa.
- 1971-1975** Presidente del Comité Mexicano de Ciencias Históricas.
- 1982** Ingreso a la Academia Mexicana de la Historia.
- 1984** Ingreso al Sistema Nacional de Investigadores, nivel III.
- 1991** Homenaje en la Universidad Iberoamericana (“La responsabilidad del historiador”, coords. Shulamit Goldsmit-Guillermo Zermeno), Universidad Iberoamericana, 1992.
Profesor-investigador emérito de El Colegio de México.
- 1993** Premio Nacional de Ciencias Sociales, Historia y Filosofía.
- 1999** Investigador Nacional Emérito del Sistema Nacional de Investigadores.
- 2005** Homenaje en el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (“La fidelidad al oficio”, coord. Alicia Salmerón), México.

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA DE MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO

- (1949) *Vallarta y su ambiente político-jurídico*, México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas.
- (1951) “Jalisco: La historia y sus instrumentos”, *Historia Mexicana*, I/1, julio-septiembre, pp. 143-163.
- (1952) *El pensamiento político de Lucas Alamán*, México, El Colegio de México.
“Alamán e Hidalgo”, *Historia Mexicana*, III/4, octubre-diciembre, pp. 217-240.
- (1953) *Repartimiento de indios en Nueva Galicia*, México, Museo Nacional de Historia.
- (1954) “La política colonizadora en el porfiriato”, en *Estudios Históricos Americanos*, México, El Colegio de México, pp. 185-239.
“Las instituciones indígenas en el periodo nacional”, en *Métodos y resultados de la política indigenista en México*, México, Instituto Nacional Indigenista, pp. 113-169.
- (1956) *Estadísticas sociales del porfiriato*, México, Talleres Gráficos de la Nación.
- (1957) *El porfiriato: La vida social*, tomo IV de *Historia moderna de México*, México, Hermes.
- (1960) *La colonización en México*, México, Talleres de Estampillas y Valores.
- (1965) “The lop-sided Revolution”, en Claudio Veliz (ed.), *Obstacles to change in Latin America*, Londres, Oxford University Press. “La Revolu-

ción desequilibrada”, en Claudio Veliz (comp.), *Obstáculos para la transformación de América Latina*, México, FCE.

(1966) “The ideology of the Mexican Revolution”, en Robert Ross Stanley, *Is the Mexican Revolution dead?*, Nueva York, Knopf, pp. 177-187.

(1968) *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*, México, Costa Amic.

(1970) *Las huelgas textiles en el porfiriato*, Puebla, José M. Cajica Jr.

Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén, México, El Colegio de México.

Sociología e historia en México (Barreda, Sierra, Parra, Molina Enríquez, Gamio, Caso), México, El Colegio de México.

México: el capitalismo nacionalista, México, Costa Amic.

(1971) *La reforma y el imperio*, México, SepSetentas.

(1974) *Población y sociedad en México (1900-1970)*, dos vols., México, UNAM .

(1977) *Anatomía del poder en México, 1848-1853*, México, El Colegio de México.

(1985) *La pobreza en México*, México, El Colegio de México.

(1989) “Modernization and revolution in Mexico: A comparative approach”, en *Modernization and revolution in Mexico: A comparative approach*, Nueva York, The United Nations University, pp. 1-19.

(1993-1994) *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero. 1821-1970*, tres vols., México, El Colegio de México.

(1997) “Racism and mestizaje”, en *Common border, uncommon paths. Race, culture, and national identity in U.S.-Mexican relations*, Delaware, Wilmington, pp. 43-67.

- (2000) *Masones y cristeros en Jalisco*, México, El Colegio de México.
- (2000-2003) *Cristeros y agraristas en Jalisco*, cinco vols., México, El Colegio de México.
- (2006) *Benito Juárez*, dos vols., México, El Colegio de México.
- (2007) *Polifonías sobre Benito Juárez (1872-2005)*, México, El Colegio de México.
- (2009) *Un siglo de luchas sociales en México, 1876-1976*, México, INEHRM.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Aceves, Gabino, 17
Acosta, Consuelo, 99
Agüeros, Victoriano, 76
Aguilar y de Pedroso, Manuel Martínez, 121n
Aguirre Beltrán, Gonzalo, 100
Alamán, Lucas, 22-25, 54, 62, 76, 98, 103, 116, 124, 130, 131
Alba, Cecilio, 91, 137
Alba, Refugio, 91, 137
Alemán, Miguel, 34, 36, 47, 110, 111, 135, 136
Alonso, Jorge, 38n
Altamira, Rafael, 53, 53n, 109
Altamirano, Ignacio Manuel, 16, 77
Álvarez, Juan, 48, 83, 90
Arellano, Juan, 107
Arnáiz y Freg, Arturo, 22, 23, 25-27, 27n, 32, 43, 46, 98, 99, 116, 121, 122, 130
Arriaga, Ponciano, 90
Ascencio Rosales, Pablo, 19
Ávila Camacho, Manuel, 42, 51, 108, 109, 111n, 131, 134, 135

Barragán, Luis, 15n
Barreda, Gabino, 82, 107
Bartlett, Manuel, 83, 84, 133, 134
Bassols, Narciso, 16, 37, 37n, 38, 42, 57, 101, 105
Bataillon, Marcel, 53, 104n
Bergson, Henri, 108
Boas, Franz, 61
Bonfil, Guillermo, 69
Bosch García, Carlos, 31, 43, 104, 119

Boutroux, Émile, 108
Braudel, Fernand, 63, 63n
Bulnes, Francisco, 94, 95, 95n, 98, 110, 114
Bustamante, Anastasio, 24, 25

Cabrera, Luis, 39, 134
Caire, Lourdes, 62
Calderón, Francisco, 36, 43, 60, 61, 130
Calles, Plutarco Elías, 131
Camacho, Joaquín, 17
Camacho, Paz, 17
Camacho, Ramiro, 17
Camacho Solís, Manuel, 64, 64n
Carballo, Emmanuel, 16
Cárdenas, Lázaro, 35, 39, 47, 48, 50, 58, 64, 65, 88, 91-93, 108, 109, 115, 131, 134
Carranza, Venustiano, 134
Carreño, Alberto María, 122
Caso, Alfonso, 43n, 44, 52
Caso, Antonio, 38, 44, 66, 108, 108n
Castillo Nájera, Francisco, 111, 111n
Castro, Fidel, 106
Chávez, Ignacio, 33
Chávez Orozco, Luis, 9, 37, 38, 108, 109
Chevalier, François, 63, 104n
Chevalier, Louis, 66, 66n
Chumacero, Alí, 18
Comonfort, Ignacio, 90
Comte, Augusto, 107-109, 113-115, 118
Cornejo Franco, José, 119, 120, 125
Corona, Ramón, 70
Cosío Villegas, Daniel, 9, 16n, 20, 22,

- 23, 25, 27-29, 33, 34, 36, 36n, 37, 38, 38n, 39-41, 41n, 42, 43, 43n, 44-51, 53-55, 57-63, 65, 67-69, 83, 84, 86-88, 91-93, 96, 99, 102-104, 110-112, 115-117, 133, 135, 140
- Cosío, Emma, 59, 66, 113
- Crescencio Rejón, Manuel, 95
- Cuauhtémoc, 140
- Cué Cánovas, Agustín, 9, 109
- Cuevas, Mariano, 31, 119
- De Gortari, Hira, 129
- De la Cueva, Mario, 57
- De la Torre Villar, Ernesto, 27, 31, 43, 68, 113, 119, 129
- De Paula Arrangoiz, Francisco, 73
- De Zavala, Lorenzo, 101
- Del Río, primo hermano de Lázaro Cárdenas, 35, 47, 48, 58, 91, 93
- Delgado, Rodolfo, 18
- Díaz, Lilia, 60
- Díaz, Porfirio, 40, 69, 74, 78, 93, 138
- Díaz Díaz, Fernando, 48, 48n
- Díaz Ordaz, Gustavo, 35, 102, 136
- Díaz Soto, Antonio, 137n
- Díaz Thome, Hugo, 55
- Díez-Canedo, Joaquín, 16
- Díez-Canedo Flores, Joaquín, 16
- Echeverría, Luis, 31, 136
- Einstein, Albert, 39
- Engels, Friedrich, 120
- Espinosa, Gabriela, 16
- Esquivel Obregón, Toribio, 120
- Fernández, Alberto, 19, 120
- Ferrater Mora, José, 121
- Florescano, Enrique, 124, 124n
- Fox, Vicente, 50n, 65
- Franco, Teresa, 136
- Galeana, Patricia, 64
- Gallegos Rocafull, José Manuel, 123, 123n
- Gamboia, Federico, 24
- Gamio, Manuel, 61
- Gaos, José, 29, 30, 33, 57, 85n, 96, 123
- García Barragán, Marcelino, 35, 35n
- García Cantú, Gastón, 74
- García Granados, Ricardo, 62
- García Martínez, Bernardo, 30n
- García Máynez, Eduardo, 121
- García Ruiz, Alfonso, 27n, 55, 103
- Garciadiego, Javier, 126
- Garro, Elena, 20
- Garro, María, 20
- Gil, Mario, 140
- Giner de los Ríos, Francisco, 20, 30, 30n, 31, 96
- Goldsmid, Shulamit, 9, 145
- Gómez Farías, Valentín, 83, 95
- Gómez Gallo, Jesús, 92, 93
- Gómez Paz, Roberto Iván, 16n
- González Alba, Moisés, 91, 137
- González Casanova, Pablo, 30, 39, 39n, 46, 67, 73, 96, 112, 113
- González Durán, Carlos, 18
- González Durán, Jorge, 18
- González Gómez, Donaciano, 15, 17-21, 28
- González Guevara, Rodolfo, 109
- González Luna, Efraín, 15n, 16, 77
- González Martínez, Enrique, 51
- González Obregón, Luis, 17, 26-29, 36, 43, 59, 60, 66, 69, 104, 113, 130
- González Ortega, Jesús, 69
- González Torres, Víctor, 65
- González Valadez, Carolina, 59
- González Valadez, Josefina, 60
- Guerra, François-Xavier, 136, 136n
- Guerra, Ricardo, 85n
- Guerrero, Vicente, 24, 25
- Guzmán, Eulalia, 140, 140n

- Habsburgo, Maximiliano de, 50, 69, 70, 73, 98, 103, 137
- Hanke, Lewis, 141
- Heidegger, Martin, 123
- Henríquez Ureña, Pedro, 108n
- Hernández Arámbula, José, 19, 120
- Herrero, Vicente, 57
- Hidalgo, Miguel, 50, 119
- Iglesia, Ramón, 29, 30, 66n, 115, 119
- Ímaz, Eugenio, 121
- Jackson, Enrique, 136
- Jackson, Michael, 73
- Jiménez Moreno, Wigberto, 27n, 43, 140
- Juárez, Benito, 40, 50, 51, 63-65, 69-71, 88, 89, 93, 94, 94n, 95-98, 103, 126, 129, 130
- Knight, Alan, 136, 136n
- Krauze, Enrique, 52, 87, 87n, 128, 128n
- Lasky, Harold Joseph, 121
- Le Riverand, Julio, 106
- Lemoine, Ernesto, 60
- León Portilla, Miguel, 68
- Lepidus, Henry, 76, 76n
- Lerdo de Tejada, Miguel, 64, 69, 95
- Lira, Andrés, 29n, 30n, 80, 80n
- Lombardo Toledano, Vicente, 37n, 38, 52, 57
- López Lira, Enriqueta, 55, 56, 67, 112
- López Obrador, Andrés Manuel, 50n, 64, 65
- Loyo, Gilberto, 58
- Lozada, Manuel, 70
- Luis Mora, José María, 22, 24, 25, 83
- Macaulay Trevelyan, George, 41n, 66, 66n
- Madero, Emilio, 139
- Madero, Francisco I., 65, 134, 135, 138, 139
- Madrado, Roberto, 65
- Maritain, Jacques, 123, 123n, 124, 124n
- Martín Moreno, Francisco, 128, 129
- Martínez, José Luis, 16, 18
- Martínez Báez, Antonio, 57
- Martínez Báez, Manuel, 58
- Martínez del Río, Pablo, 122
- Marx, Karl, 121
- Maynard Keynes, John, 121
- Medina Echavarría, José, 19, 27, 28, 31, 33, 55, 57, 112, 121
- Méndez Arceo, Sergio, 84, 103, 103n
- Mendieta Núñez, Lucio, 61
- Menéndez Pidal, Ramón, 52
- Mier y Terán, Manuel, 24
- Miramón, Miguel, 74
- Miranda y Zavala, José, 22, 30, 30n, 100, 121, 122
- Molina Enríquez, Andrés, 66, 66n, 70, 72, 98-100, 100n
- Molina Enríquez, Renato, 99
- Monroy, Guadalupe, 66
- Montes de Oca y Silva, José, 19, 120
- Mora del Río, José, 48
- Morelos, José María, 50, 96
- Moreno, Rafael, 84, 133
- Mörner, Magnus, 72, 72n, 73
- Muriel, Josefina, 27n
- Navarro, Bernabé, 84
- O'Gorman, Edmundo, 9, 27n, 29-32, 32n, 41, 43, 104, 105, 115-117, 122, 124
- Obregón, Álvaro, 134
- Ocampo, Melchor, 64, 83
- Ojeda, Mario, 80, 80n
- Olivera, Alicia, 139
- Orozco, Clemente, 51, 103
- Ortega y Medina, Juan Antonio, 43

- Osorio, Carlos, 18, 19, 121
 Otero, Mariano, 89
- Palomera Ugarte, Luz, 15
 Paredes, Beatriz, 136
 Parra, Porfirio, 44, 66
 Payno, Manuel, 89
 Paz, Octavio, 20, 104
 Pedroso, Manuel, 57, 121, 121n
 Pereyra, Carlos, 31n
 Pérez Marchand, Lina, 30, 96
 Pérez Monfort, Ricardo, 124, 124n
 Picaluga, Francisco, 24
 Portilla, Jorge, 85n
- Quirarte, Martín, 46, 48, 49, 52, 73n
 Quiroz, Rosa María, 83n
- Rábago Cornejo, José Guadalupe Martín, 79
 Ramos, Samuel, 133
 Recásens Siches, Luis, 123
 Reyes, Alfonso, 20, 21, 28, 29, 33, 51-55, 75, 75n, 102, 104, 107, 108n, 112, 115, 117
 Reyes Nevares, Salvador, 85n
 Reyna, Leticia, 83, 83n
 Ripalda, Jerónimo, 92
 Rivasainz, Lamberto, 120
 Rivera, Diego, 16n, 51
 Romero Rubio, Carmen, 74
 Rosenzweig, Fernando, 60, 130
 Ross, Stanley, 68, 83n, 129, 133, 135, 135n
 Roura Parella, Juan, 121
 Ruiz Castañeda, María del Carmen, 76, 76n
 Russell, Bertrand, 123
- Sáenz, Josué, 57, 121
 Sahagún, Martha, 90n
 Sánchez Mc Gregor, Joaquín, 85n
- Sánchez Santos, Trinidad, 76
 Santa Anna, Antonio López de, 22, 25, 48, 69, 93
 Semo, Enrique, 9, 39, 39n, 50, 50n, 51
 Sierra, Catalina, 22
 Sierra, Justo, 53, 98, 98n, 108, 110, 114, 115
 Silva Herzog, Jesús, 16, 45, 45n, 84, 87
 Silva Herzog Márquez, Jesús, 84
 Soto y Gama, Antonio, 137, 137n
 Spencer, Herbert, 98, 108, 109, 113-115, 118
 Stalin, 121
- Topete, Everardo, 18
 Torres Bodet, Jaime, 105
 Trotsky, 121
- Uranga, Emilio, 83-85, 85n, 86, 133, 136
 Urquidi, Víctor, 28, 33, 54, 55, 57, 121, 135
 Urrutia, Rafael, 30, 99
- Valadés, Diego, 23, 63, 64
 Valadés, José, 23, 62, 63
 Vallarta, Ignacio, 26, 93, 94, 99, 130, 131
 Valle, Lorenzo, 55
 Vargas Lugo, Elisa, 27n
 Vargas Pardo, Humberto, 18
 Vasconcelos, José, 51, 61, 86, 108n
 Vázquez, Josefina, 126, 129
 Vega, Fausto, 85n
 Velásquez, Pedro, 84
 Veliz, Claudio, 135, 135n
 Velarca, José, 34
 Villoro, Luis, 85, 85n
- Weber, Max, 121
- Yáñez, Agustín, 15, 16, 21, 43n, 57, 59, 60, 77, 102, 113, 119
 Yáñez, Magdalena, 60

- Zapata, Emiliano, 50, 70, 72, 96, 134, 135, 137-139
- Zavala, Silvio, 9, 16, 23, 24, 27, 27n, 29, 31, 32, 34, 35, 37, 40-43, 52, 52n, 53, 53n, 54-57, 61, 63, 74, 75, 75n, 91, 100-102, 104-107, 109-119, 122, 140
- Zea, Leopoldo, 85, 123, 123n
- Zuloaga, Félix María, 96
- Zuno, José Guadalupe, 15n, 16, 77

La historia y su memoria
se terminó de imprimir en mayo de 2011
en los talleres de Master Copy, S. A. de C. V.
Av. Coyoacán 1450, col. Del Valle 03220 México, D. F.
Portada: Pablo Reyna León.
Composición tipográfica y formación: Maia Miret.
Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México.

TESTIMONIOS

Esta es la historia de un historiador contada por él mismo, fruto de una serie de entrevistas y conversaciones realizadas entre el 12 de agosto de 2004 y el primero de febrero de 2007. Se exhibe la trayectoria de un profesional inseparable de los avatares de El Colegio de México desde sus inicios. De los historiadores queda su obra, pero no sus pormenores; esas pequeñas anécdotas que atraviesan su labor en medio de una red de instituciones y colegas. Al reconocer que el tiempo del historiador tiene también una historia por contarse, se sabe que lo vivido no se corresponde exactamente con el tiempo de la historia relatada en su obra.

En la exposición se mantiene un orden cronológico, sin ignorar que el despliegue de la memoria no transcurre lineal ni progresivamente. Se suele regresar a la escena que da origen al relato, no siempre atisbada en el primer giro. La memoria es tenaz y selectiva, y su emergencia depende de situaciones y momentos específicos. Por eso, en la edición escrita de estos encuentros se respetan las repeticiones, que lo son en apariencia, ya que no hacen sino revelarnos ciertas urgencias y énfasis de quien recuerda. Bajo la apariencia de repetición se revelan así luces inesperadas, líneas de fuga, trazos clave para la recuperación construida. Se quiso por ello ser fiel a la memoria hecha de reiteraciones, de retornos a veces obsesivos al lugar de los primeros encuentros. Se dejó de lado la ilusión de la memoria translúcida y lineal. En su lugar aparece acaso el atisbo más próximo a la trama recobrada, al tocar los linderos donde ocurre el vaivén de recuerdos de eventos fundadores; y surgen entonces, en esos retornos, los momentos estelares de una vocación por y para la historia.

